

Alejandro Fernández Bruña

Azul sobre azul

Primer diario (2022-2023)

While I'm alone
and as blue as can be.

FABIAN ANDRE Y WILBUR SCHWANDT

El azul no tiene dimensiones,
está más allá de las dimensiones.

YVES KLEIN

Estos días azules
y este sol de la infancia.

ANTONIO MACHADO

ESTO NO ES UN DIARIO. 2022.

Lunes, 1 de agosto

Creo que no había empezado un diario hasta ahora porque no tenía un cuaderno adecuado. A veces dependo demasiado del contexto material de las cosas, cediendo a la realidad mi capacidad de decisión para eximirme de las consecuencias¹.

Martes, 2 de agosto

¿Cuál es vuestro primer recuerdo con un diario? Creo que el mío fue en las navidades del 2005, cuando me regalaron un cuaderno vacío por primera vez. Hasta entonces los cuadernos eran para mí material de oficina, libros de texto que venían repletos de frases de otras personas. Fue a partir de ahí cuando empecé a verlo como una herramienta para otra cosa distinta de los apuntes y los dibujitos en los márgenes. Era la primera vez que yo no leía, sino que escribía (aunque no tuviera lectores). El diario tenía en la cubierta un dibujo que no recuerdo bien, o

¹ «Me tengo que comprar una libretita para anotarme que me tengo que comprar una libretita» (Mariano Blatt, *Alguna vez pensé esto*).

quizá era de Harry Potter y me avergüenza decirlo. Pero lo realmente curioso es que tenía una cerradura incluida en el costado, que unía ambas tapas. De este modo, me aseguraba ser el único lector de mis propios textos. Nadie más entraría allí sin mi permiso, a no ser que quisieran forzar la cerradura. Creo que esa fue la única vez en mi vida que escribí sin pensar en que alguien me leería.

Todos comenzamos escribiendo acerca de nuestros sentimientos, llevando un registro caótico de los días de nuestra adolescencia: hoy jugué al fútbol, fui a la playa, comí macarrones... Todo en primera persona del singular. Pero crecemos, y con el tiempo aprendemos que la intimidad debería ser una soledad compartida: fuimos a nadar, merendamos en el parque, vimos la tele antes de dormir... No nos queda otra que aprender el plural. Por eso el diario venía con dos llaves. La segunda llave no era por si perdías la primera. ¿Quién, en su sano juicio, perdería la llave de su propio diario? Sería como perder las llaves de casa.

Esa segunda llave era para entregársela al Lector, para convertir la intimidad en una soledad compartida. Así que aquí tienes tu llave, Lector. Guárdala bien.

Miércoles, 3 de agosto

Todos los escritores que admiro tienen diarios personales. Curiosa tautología esta, como si existieran diarios escritos por una tercera persona. El diario ha de estar enunciado desde la primera persona del singular en su mayoría. No creo en los diarios donde todas las acciones las realizan otras personas. El diario es precisamente el género del yo. Pero de un yo no literaturizado, no mediado, sino directo, literatura y literaturas aparte. Me tranquiliza el hecho de que en muchos diarios no pase nada, que el escenario del artista sea el contexto inmediato y que los

personajes se cifren en una única letra. Toda la trama es interna, mental, si se quiere.

En realidad, solo he leído dos diarios hasta hoy, y uno de ellos es un periódico. El otro es *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Rybeiro. Sé que es el mejor diario que voy a leer nunca. Amigo de la brevedad, me dan alergia los diarios editados en varios tomos. Narrarse exige usar la palabra exacta. Estoy seguro de que mi literatura sucede en los márgenes de la Literatura, en lo que no llega a suceder a pesar de su proyección. Porque pensar una cosa no implica su materialización. Acto, acto, el mundo necesita actos, no ideas.

Viernes, 5 de agosto

Llevaba todo el día pensando en acercarme a la FNAC a por el primer tomo de los diarios de Gidé. Pero, después de tanto pensarlos, visualizando cada parte del proceso (el viaje en metro, el paseo hasta la tienda, subir a la primera planta...) he acabado por no ir. Cuando quiera hacer una cosa tengo que hacerla antes de que se me pasen las ganas. Además, si pienso esa cosa antes de hacerla, la degasto hasta tal punto que la considero hecha, como Charlie Parker cuando dice que «ya lo ha tocado mañana». La imaginación no puede (no debe) ir al encuentro de la realidad.

Sábado, 6 de agosto

Llevo ocho años viviendo solo. Creo que el género del diario tiene mucho que ver con la soledad. De hecho, parece el único

escenario posible², el de una soledad que se llena a sí misma, una soledad elegida libremente cada día del año.

El diario no me parece un lugar para ensayar la vida. No hay hueco para la mentira. Creo que eso es la diferencia entre *memoria* y *diario*: en la memoria se reconstruye el pasado a través del recuerdo, pero en el diario se narra desde un presente estricto. En la memoria, pues, puede haber grandes ausencias de información, ya que entre el recuerdo y el momento de la evocación de ese mismo recuerdo hay una gran elipsis temporal, aunque el acto de recordar trate de eliminar, precisamente, ese hueco. Sea como fuere, en los diarios solo debe haber equivocaciones espaciales o geográficas, puntuales, triviales... que no cambien el curso de la acción. Si en un diario hay algún dato erróneo, este será una incorrección pretendida.

Aunque aquí se nos plantea un problema. Si yo mintiera un día a un amigo, cuando escribiese la entrada correspondiente de ese día en el diario, ¿habría de indicar que estoy mintiendo o debería mentir directamente?

Lunes, 8 de agosto

Primera vez que salgo del paisaje interior al exterior. Si fuera buen escritor haría como Pessoa en *El libro del dessassosego*, donde es difícil distinguir realmente las ideas de las cosas. Todo se hace uno.

Hoy, como todos los días (¿o como cualquier otro día?), he salido a dar una vuelta en bicicleta. Últimamente voy por los mismos caminos cuando salgo de casa, y como siempre hago lo mismo, acabo cansándome rápido y volviendo pronto. Me

² “La mayor parte de los diaristas fueron solteros” (*La tentación del fracaso*, Julio Ramón Rybeiro).

agobia mucho ir por caminos desconocidos, porque a lo mejor me topo con una cuesta. Inmediatamente me doy cuenta de que hay cosas que eliminan las fronteras entre clases sociales, que igualan a ricos y pobres: el amor, por ejemplo, o las cuestas. Aunque, en realidad, los ricos viven en barrios residenciales llanos y tienen chóferes, por lo cual no deben sudar nunca. Entonces, ¿para qué se ducharán? Por aburrimiento, supongo.

La batería del móvil baja rápido al tener activada la ubicación todo el rato. Por lo que, obviando la ingenuidad que da el desconocimiento, Google sabe dónde he estado en cada momento. Sabe que he entrado a ver una exposición, pero no sabe que en realidad he ido al baño, que no estaba mirando cuadros sino leyendo pintadas en la puerta del baño que decían “PLANDEMIA”, “VACUNA = INFARTO DE MIOCARDIO” y más conspiraciones y ofrecimientos sexuales varios. Qué manía tiene la gente con hacer las pintadas con mayúscula. Aunque, bien pensado, son la forma adecuada para esa expresión, pues se trata de que se pueda leer desde lo más lejos posible, que te asalte a la mirada sin que tú quieras mirar, que violenta tu minúscula tranquilidad.

Volviendo al tema, Google también sabe por dónde ando a cada instante: a los establecimientos a los que entro (*¿Te ha gustado el Museo Guggenheim de Bilbao? Deja una valoración*), a los que no entro, si cruzo en verde o si cruzo en rojo porque no todas las personas que están quietas en determinado paso de cebra cruzan a la vez. Incluso es capaz de detectar la duda, pues se percibiría una pequeña desviación en la trayectoria. Pero no sabe a qué estoy mirando mientras ando. Google no conoce a la persona con la que acabo de hablar: como mucho sabrá que hemos estado cerca, siempre y cuando ella tuviera activada la ubicación, pero nada más. Lo que me parece más perturbador es que Google también sepa cuáles son mis últimas

búsquedas del día en Internet. Pero me tranquiliza el hecho de que (aún) no sabe en qué pienso antes de irme a dormir.

Martes, 9 de agosto

Quién pudiera volver a la infancia (si es que estuvimos alguna vez) para saber qué es el no-saber o para volver a no saberlo de nuevo.

Miércoles, 10 de agosto

Idea para un relato. Una persona aparece encerrada en una habitación sin puerta. Únicamente hay un inodoro, un lienzo vacío y un colchón tirado en el suelo. Como no hay una ventana, antes de morir de inanición dibuja una en el lienzo con sus propias heces. El personaje no quiere salir, pues no dibuja una puerta, sino que solo quiere observar sin ser observado, como los grandes narradores omniscientes del siglo pasado. En cualquier caso, ya sea que el personaje dibuje una ventana o una puerta, el arte aparece como un modo de mirar más allá. El arte no debería ayudarnos a amueblar la casa, sino a amueblar el mundo.

Viernes, 12 de agosto

Esta tarde, contra todo pronóstico, he ido finalmente a la FNAC. No tenían los diarios de Plath ni el *Diario de un escritor* de Dostoevski. Iba a comprarme el primero de los cuatro tomos de los diarios de Gidé, pero en octubre DeBolsillo sacará un estuche con los cuatro tomos juntos. También saldrá *Montevideo*, la última novela de Enrique Vila-Matas, y *Circular 22*, la última

versión de la novela *work in progress* de Vicente Luis Mora. Demasiado por leer y poco dinero. No obstante, me cuesta mucho ir a una librería y salir con las manos vacías, sin llevarme nada. Siempre acabo encontrando algo que me interese, que interpele a lo más profundo de mi gusto. Creo que el caso contrario sería preocupante. Salir de una biblioteca sin reconocer ningún título o autor en sus estanterías es como irse de misa sin comulgárt. Como había mucha cola, he cogido los diarios de Cesare Pavese sin pasar por caja, editados en Seix Barral bajo el título *El oficio de vivir*.

Me sigue pareciendo extraño que en un mismo establecimiento pueda comprar un iPhone 13, una lavadora, un juego de mesa, *Motomami* de Rosalía y un libro cualquiera. Aunque creo que en un mismo local pueden convivir muchos públicos y tipos de compradores: la pareja joven que aún está amueblando su casa, el niño comprando su primer smartphone, el grupo de adolescentes hablando en la sección de anime (cada vez más amplia en todas las librerías), el nostálgico comprando un par de vinilos para su colección y, en la esquina de la cola para la caja registradora, contando el dinero para ver si le llega para un libro, yo.

Sábado, 13 de agosto

Siempre he intentado evitar las referencias explícitas a lugares o personas reales en cualquiera de mis textos. Mi intención es que, al describir una ciudad sin aludir directamente a su nombre, el lector pueda identificar su ciudad con la que yo describo y mis sentimientos con los de un ciudadano cualquiera. Pero este miedo es absurdo, pues por mi experiencia lectora me doy cuenta que todas las ciudades son la misma, que todos somos el mismo usuario y que todas los libros hablan de mí, pase lo que

pase. En realidad es mentira. Sí evito nombres propios de lugares y personas es para ocultarme, porque yo vine a la literatura a esconderme, no a mostrarme.

Domingo, 14 de agosto

De un día para otro ha cambiado mi letra. Mi escritura se ha vuelto minúscula. Puede ser que este cambio se deba a que ahora escribo en un cuaderno A5, simplemente.

Martes, 16 de agosto

Ayer llegamos mi madre y yo a Oviedo. Mucho calor, ropa clara, espacios abiertos, piedra vieja y familias paseando. Los museos están a rebosar por el aire acondicionado, escucho que dice alguien a mi espalda. Cachopo, sidra, moscovitas y carballones.

Me sigue resultando extraño viajar de un lado (A) a otro (B). Sé de dónde vengo y a dónde voy, pero no sé qué sucede en medio, transición extraña donde la espera parece suspender el tiempo. La pregunta sería: ¿cuándo empieza el viaje? ¿En el momento en el que lo planeamos o desde que abandonamos A? ¿Y cuándo acaba un viaje? ¿Cuándo llegamos a B? ¿O cuándo regresamos a A? Flaubert decía, me parece, que «la gente que va a viajar se encuentra ya un poco ausente».

Miércoles, 17 de agosto

¿Paseamos para ver o para ser vistos? Pasear implica también pasearse, no nos engañemos, por lo que la contemplación

íntima de la realidad supone también que nuestra intimidad sea contemplada.

En *La revolución de las flaneuses* Anna María Iglesia hace una distinción entre la observación móvil de la *flaneuse* y la observación fija del que mira por la ventana. La desventaja del paseante es precisamente que no tiene un lugar propio para mirar sin ser mirado, sino que este forma parte del paisaje. El que observa desde su ventana, en cambio, no puede ser mirado: está fuera del paisaje.

Nunca me he sentido un flâneur, en realidad, sino un paseante, un peatón, alguien totalmente condicionado por la señáletica de la ciudad: sus letreros, sus cambios de sentido, sus cruces, sus callejones sin salida. Siempre que me he imaginado un flâneur ha sido esperando en un semáforo en rojo, lo que le quita mucha épica. Aún así, adoro la flânerie, *Especies de espacios* de Perec, *Prufrock* de T.S. Eliot, o a Walter Benjamin, Robert Walser y Baudelaire, hombres desocupados cuya única misión era la de ver, pero también la de dejarse ver. Sujeto y objeto al mismo tiempo.

Jueves, 18 de agosto

«Hoy, nada» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

Viernes, 19 de agosto

Llevo horas dando vueltas a una idea que me preocupa. Todo escritor se imagina a alguien al otro lado, a un interlocutor silencioso que lee todo lo que escribe. Bien. Creo que hay dos modos de afrontar esta situación: el autor puede o bien imaginarse a sí mismo como interlocutor (lo que daría como resultado una

obra ensimismada) o bien crear un público imaginario compuesto por tantas personas como quiera. Mis interlocutores imaginarios son con cuatro o cinco críticos machacones de suplemento cultural (que me aseguran un andamiaje conceptual), mis amigos más cercanos (por los que me expongo lo justo para que me reconozcan en el texto), un par de filólogos en prácticas (que me recuerden la pasión y la ilusión de las primeras clases y las primeras lecturas obligatorias) y, sobre todo, mi madre.

Sábado, 20 de agosto

Pasar tiempo con gente quema todas las reservas de mi energía social. No es que se me dé mal, sino que me agota atender las necesidades de mis interlocutores, que suelo anteponer a las mías. No me gusta que alguien se aburra en una conversación (¿o no me gusta darme cuenta de ello?). Todos tenemos algo que decir. La gente que es tímida no suele estar nunca con la mente en blanco; simplemente no se expresa, pero en su cabeza bullen ideas que merecen la pena ser escuchadas. Siempre intento respetar el espacio de cada persona.

Desde que la estética dejó de ser una opción, los lectores no respetan el espacio de la obra. A veces no respetan ni siquiera el espacio íntimo del autor, como hace Villena en *Retratos con flash de Gil de Biedma*. Pero, volviendo a lo que nos interesa, ¿cómo sabemos dónde empieza y acaba el espacio de una obra? Quizá no saliendo de la ciudad lingüística que ha fundado el autor con su texto, no yendo más allá de los límites geográficos que propone, ciñéndose lo máximo posible a la poética del autor. No sacando conclusiones precipitadas. Lo único que sabemos a ciencia cierta es lo que el autor ha dicho, por mucho que podamos hacer conexiones entre obra y autor a posteriori. En

cualquier caso, esos vínculos nunca estarán en la obra, sino en nosotros.

Aquí he de pararme para hacer una apología a toda la literatura marginal que hay en documentales, entrevistas y conferencias, que resultan un testimonio de primera mano sobre la vida y obra de los autores. Son en esos documentos visuales o textuales donde encontraremos las claves para acceder a un autor, nunca en artículos académicos. Ahí es donde los autores hablan directamente de su obra. De donde hemos de extraer las conclusiones. Menos Academia.Edu y más YouTube y RRSS. La poética jamás volverá a ser estética. No en mí, al menos.

La muerte del Autor solo tenía sentido en el siglo XX. Después de la masacre artística del siglo pasado, donde todo arte murió o nació ya muerto, resulta que el hecho de que un arte esté vivo o muerto dejó de ser un rasgo distintivo. Es lo mismo decir que todo está vivo a decir que todo está muerto. Lo realmente interesante es ver la cronología de las distintas muertes y qué tipo de muertes metafóricas fueron, porque hubo tanto suicidios como asesinatos. Siempre dicen que la fotografía mató a la pintura más realista y el cine mató a la novela más narrativa. Pero quizás no fue un homicidio.

Retomando el hilo, este siglo se ajustaría más con la muerte del Lector, último sujeto en perder su mayúscula. Todo el mundo escribe textos, de un modo paralelo a como sucedió en el siglo XVIII, donde toda escritura ya era una especie de literatura. Mis mejores textos están en audios de WhatsApp, seguramente. Lo que sucede es que escribimos más textos de los que leemos, y esa proporción es algo preocupante, pues debemos ser más receptores que emisores.

Se me está acabando la página. Basta por hoy.

Domingo, 21 de agosto

Releyendo la entrada de ayer me doy cuenta de que soy un hipócrita, pues únicamente he leído los diarios de Ribeyro y ya estoy escribiendo el mío propio. La proporción libros leídos/libros escritos en este nuevo género del diario es 1/1. Personas como yo (filólogos, editores, humanistas) deberíamos trabajar el doble para revertir esta proporción global.

Entonces, esto no puede ser un diario al uso. Será mi diario de aprendizaje (¿cuál no lo es?), un lugar para la simulación antes de la escena real. Quiero convertir todo en dato. O no, mejor: quiero revelar todo lo que la realidad tiene de dato computable, sin conversión alguna. Me tranquiliza mucho leer en las entradas del diario de Ribeyro un modo pausado de ver el mundo, un internarse en sus complejidades casi de espaldas y de puntillas para no molestar, esa serena manera de explicar una idea como el que dice «qué buen día hace hoy». En fin, admiro y deseo (porque toda admiración conduce al deseo) ese espacio creado por el autor peruano donde todo es posible y real en tanto que proyectado. Gracias a él comprendo que, pase lo que pase, todo está bien.

No me producen la misma sensación los diarios de Pavese. De hecho, me generan bastante rechazo. Pavese se pavonea en su diario, pues cuando habla de su obra siempre es desde la admiración que se profesa a sí mismo. Aunque la realidad es la contraria, porque mientras que Pavese tiene que aclarar las intenciones de sus relatos por un miedo atávico a la incomprendición (y por una cierta desconfianza hacia su propio texto, en el fondo), Ribeyro únicamente expone sus debilidades. Aún así, voy a continuar con la lectura de los diarios de Pavese hasta acabarlos. No sé abandonar un libro. No puedo dejarlo a medias. Supongo que porque soy consciente de lo que un libro tiene detrás, y porque quiero pensar que valió la pena editarla y pagar

los 20 euros que vale. Espero que el odio que siente por la muchacha que le abandonó se vaya disipando con el tiempo. La esperanza es lo último que se pierde.

Leer a autores desgraciados me vuelve desgraciado. Es muy peligroso tratar con este tipo de artistas, pues generan una atracción rara sobre mí. Se me adhiere su oscuridad al cuerpo como una sustancia pegajosa y tóxica. No me hace bien. Entro en su cabeza. Comprendo por qué ha escrito lo que ha escrito. Hace tiempo que leer es un sinónimo de diseccionar, de abrir, de remover, de cortar... Por ver qué sucede. Sea como fuere, me gusta más el dolor leve de Ribeyro que la gravedad de Pavese. Es el propio Pavese el dice que «la seriedad engendra ingenuidad».

Lunes, 22 de agosto

Tengo pánico a escribir textos largos. Cuando aparece por vez primera un elemento repetido concluyo el texto, debido quizá a cierta manía por cerrar una entrada de modo que su existencia sea autónoma y circular. Aunque un diario se basa en realidad en la apertura: las entradas deberían ser cominatorias, no conclusivas. Una entrada de un diario no es (no ha de ser) un relato.

A pesar de la misoginia, del cinismo corrosivo y de la tendencia constante al suicidio que presentan los diarios de Pavese, tiene algunas cosas reseñables. Como el autor se releea constantemente, el texto está plagado de ampliaciones, contradicciones y aclaraciones, lo que genera: 1) mayor riqueza y profundidad en los temas, pues antes de cambiar de tema se agotan todas sus posibilidades; 2) cierta estructura basada en la repetición; 3) una imagen del autor obsesiva y atormentada pero sincera consigo misma y con el género del diario, pues parece que el autor piensa en el folio, nunca antes de él.

«Porque una sola cosa (entre muchas) me parece insopportable para el artista: no sentirse ya al principio» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

Es curioso cómo no dice *sentirse aún al principio*, y es precisamente esta dislocación lo que genera la sorpresa. Cada vez que escribo lo hago por primera vez, de nuevo. Renovar los votos diariamente, levantarnos cada mañana y repetirnos las mismas consignas hasta acabar creyéndonoslas de verdad³.

Martes, 23 de agosto

«No hay un *ver las cosas por primera vez*. La que recordamos, la que advertimos, es siempre una *segunda vez*» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

Miércoles, 24 de agosto

Idea para un relato. A un profesor de la universidad le llaman para hacer de jurado en un premio nacional de narrativa. El profesor avisa a un amigo suyo para que mande su novela, pero le advierte que tiene que pasar la fase del prejurado por sí mismo, por la calidad de su texto. El amigo acepta. Como estipulan las bases, manda la novela por quintuplicado y le chiva a su amigo profesor el título, pues el premio se rige por el sistema de plica. El título es *Lo que pasa cuando no pasa nada*.

³ «¡Ante todo, no preocuparse nunca por lo que uno haya podido escribir antes! ¡Comenzar ante todo a pensar siempre de nuevo, como si aún no hubiera ocurrido nada!» (Wittgenstein).

Pasan los meses y la novela es una de las cinco finalistas, pero el profesor de universidad tiene mala memoria y no recuerda cuál de todas es la novela de su amigo. Sabe que es un título relativamente largo, pero nada más. Antes de recordar a su amigo tenía un claro ganador, pero ahora duda entre dos títulos largos: *Lo que pasa cuando no pasa nada* y *No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles*. Ante la duda optó por la frase más larga, aunque su novela favorita era la otra. Su voto era el que desempataba el 2-2 que había en el jurado. El profesor estaba nervioso.

El profesor sale corriendo de la sala para llamar a su amigo y darle la buena noticia. Ha salido al baño mientras los otros cuatro jueces abrían la plica y comentaban la biografía del verdadero ganador. En cuanto le llama y menciona el título ganador, su amigo le cuelga. Al menos había sido su novela favorita de verdad. No tenía derecho a enfadarse por un error tan tonto.

Jueves, 25 de agosto

Ni un solo día sin escribir. Esto es lo bueno del verano: el tiempo lento y dilatado de los días. Pero sé que la duda llegará a este diario como ha llegado a todos mis proyectos largos: novelas, amistades y parejas. Concluyo todo antes de tiempo. Y con *antes de tiempo* me refiero al tiempo natural de las cosas, al que siempre me adelanto por mi mala paciencia. Y digo *mala* porque esta es cualitativa, no cuantitativa.

He recuperado mi paciencia con la lectura de los diarios de Pavesi porque: 1) al salir de su psicosis se le entiende mejor; 2) estoy entrando (a regañadientes) en su tempo mental; 3) no tiene miedo al fragmento. Me explico. No hay demasiadas alusiones a la realidad del autor, y cuando las hay no tratan de cosas cotidianas sino plenamente estéticas, en una clara autoreflexión

artística. No se abandona a la fácil estructura de la realidad, de la que podría aprovecharse para dar la sensación de continuidad o coherencia que dan los actos más cotidianos. Aunque también tiene su gracia este inventario de actos y manías que son algunos diarios. Con Ribeyro conecté con su emoción, y por ende, con su corazón. Con Pavese, en cambio, he conectado con su pensamiento, es decir, con su cerebro. Dos órganos bien diferenciados en la literatura global.

Viernes, 26 de agosto

Gran contradicción interna: escribo para reescribir. Es decir, que nunca concluyo algo a la primera. Siempre hay tímidos acercamientos antes de llegar a la cosa en sí, aunque luego no haya registro de ellas en el texto. La teoría del iceberg se basa en que lo que no se ve sostiene aquello que se ve. Está relacionada con la elipsis voluntaria de información, pues nunca narramos la totalidad de una historia, solo escenas sueltas⁴. Pero también se refiere a todo aquello que ha sido desechado a lo largo de la construcción de una obra pero constituye, sin embargo, una base tan sólida como invisible.

El problema es que al reescribir una frase hay que reescribir las todas. Esto se debe a una razón de tono, pues siempre debemos escribir desde el mismo lugar. En caso de movernos, deberíamos atestiguar ese proceso. No puede haber una

⁴ Igual que Borges en sus ficciones, este diario «abusa de algunos procedimientos: las enumeraciones dispares, la brusca solución de continuidad, la reducción de la vida entera de un hombre a dos o tres escenas [...] No son, no tratan de ser psicológicos».

interferencia oculta en el texto, a no ser que se especifique y esa ausencia tenga una función⁵.

Sábado, 27 de agosto

Si la literatura es una búsqueda de la propia voz, o una de nuestras muchas voces, ¿qué pasará el día que la encontremos? Vilamatas dice que el día que nosotros, los narradores jóvenes, encontremos una certeza, cualquier certeza, nos volveremos locos. Pero también puede darse la situación contraria (más probable): que no la encontremos nunca y en algún momento nos cansemos de buscar.

Ahora bien, escribir un diario es una actividad peligrosa para esta empresa de la búsqueda de la voz propia, pues el pensamiento real de un autor es muy similar a la voz que se adopta en un diario, por lo que se pueden confundir o igualar ambos lenguajes. Para hallar nuestra voz última (o primera, lo mismo da) quizás baste con mirarnos y construirnos desde la ficción. Aunque nadie parece interesado en esa primera voz.

Domingo, 28 de agosto

Me da vértigo esta excesiva actividad del diario. No por una posible inactividad posterior, que también, sino porque el hecho de que en los diarios de Ribeyro y Pavese falten entradas me hace replantearme que no sea debido a que no las escribieran tales días, sino porque sí lo hicieron pero las borraron en la reescritura porque no les parecían lo suficientemente buenas. A lo

⁵ Meses después de haber escrito esto, lo releo sin corregir una sola coma del original. No siempre se vuelve a un texto para ampliarlo o corregirlo. A veces, muy pocas veces, los textos tienen razón.

mejor me equivoco y me encuentro con un diario que sea diario de verdad⁶, más allá de los periódicos, diarios masivos. Si hasta hoy falta un solo día de escritura significa que he borrado alguna entrada.

Lunes, 29 de agosto

«Al leer no buscamos ideas nuevas, sino pensamientos ya pensados por nosotros que adquieren en la página un sello de confirmación. Nos impresionan las palabras ajenas que resuenan en una zona ya nuestra -que ya vivimos- y al hacerla vibrar nos permiten encontrar nuevos motivos dentro de nosotros» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

Martes, 30 de agosto

Nublado.

Miércoles, 31 de agosto

«La caza, la pesca, o lo que sea, lo que se haga, nunca es religioso; lo re-hecho con exaltada emoción está en camino de serlo. El elemento de la acción re-hecha, imitada, el elemento de

⁶ «Mientras leo, presto atención a esos detalles. Quien escribe, ¿lo hace todos los días? ¿cuándo sí y cuándo no? ¿por qué de golpe aparece un agujero de meses? En esos espacios se percibe la temporalidad y algo del funcionamiento cotidiano de esas personas. Un reflejo de su vida. Piglia, en su propio diario, cuenta que leyendo el de Pavese en su juventud pudo seguir día a día las duraciones de sus procesos creativos contando con exactitud cuántos le había costado escribir cada uno de sus textos» (Julián Galay, *El libro de las fuerzas*).

‘mímesis’, me parece que es esencial... No el intento de engañar, sino el deseo de re-vivir, de re-presentar» (*Themis*, Jane Ellen Harrison).

Jueves, 1 de septiembre

La felicidad siempre es breve, pues o no sabemos o no queremos explicarla. Es mejor no preguntarse por qué eres feliz cuando lo estás siendo: mejor serlo y punto. En cambio, la tristeza suele ser exhaustiva, deseamos desvelar hasta la última de sus razones para deshacer, de ese modo, el nudo que la forma. O fracasar en el intento, como suele suceder.

Hoy ha salido el sol muy temprano. La luz invade las calles: no hay un solo rincón o esquina que se resista. Los sonidos de los pájaros se escuchan hasta con las ventanas cerradas. Hoy es un buen día. Al menos no hay motivos para que no lo sea. Nota mental: no preguntarse por qué.

Todos empezamos escribiendo por imitación. Cogemos un modelo y lo reproducimos lo mejor que podemos, añadiendo nuestro ADN en esa réplica imperfecta que es toda copia, que acaba por decir más del copiador que del copiado. El primer libro que me compré con mi dinero fue la antología del 27 de Víctor García de la Concha, la edición que tiene una corbata en la portada. Empecé, pues, a través de la simbología española, totalmente influido por el surrealismo francés, por la proximidad geográfica y las conexiones artísticas y políticas entre ambos países.

Después, nos apetece expresar nuestros sentimientos e ideas, pues vemos que si otros lo han hecho antes, nosotros también podemos (y debemos, esa es la ingenuidad infantil). Nos damos

cuenta que podemos expresar a través del lenguaje asuntos que no íbamos a despachar en ningún otro sitio. Descubrimos la escritura como hogar (no como concepto) y nos acostumbramos a la calidez de su espacio. Aparece como un refugio en el que guardar nuestra intimidad. Toda escritura es innecesaria, pero al escribir sobre algo le estamos dando una entidad superior, reconociendo su existencia en otro plano. La mayoría de la gente lo esconde dentro de su cabeza. Yo dentro de un cuaderno, que intento llevarme a todos lados junto a mi cabeza borradora.

Una vez superada la fase psicológica, donde prima la fascinación por uno mismo, empezamos a relativizarlo todo. Todos los hallazgos anteriores son puestos en tela de juicio, pues el *yo* presente y actual ha de ser el más listo de toda la república de *yoes* pasados (en términos de Herman Hesse). Luego, te matriculas en Filología Hispánica y cobras conciencia de la historia de la literatura. Y te sientes pequeño. Cuantos más libros lees menos quieres escribir. O eso piensas.

Más tarde, ves que es imposible abarcarlo todo, por lo que has de elegir y discriminar. Y viene la segunda relativización: la vida es ir matizando el primer porqué. Impedido por la literatura, pasas unos años donde la tradición poética actúa según el modelo-colesterol de Fernández Mallo, taponando la libre circulación de ideas debido a su alta densidad.

Actualmente, escribo para perderme. Empiezo una entrada del diario sin saber a dónde voy a ir, aunque siempre acabo en el mismo lugar: en mí. Todos los escritores hablan de sí mismos. Pero también todos los lectores piensan que los textos hablan de ellos. Ahí reside la magia de la escritura, en el ego inherente de una mirada que se apropiá de todo lo que ve.

Viernes, 2 de septiembre

Mientras que la vida de Ribeyro continúa más allá del diario, pues en su última entrada proyecta su persona hacia un futuro lleno de d(e)udas, Pavese decide concluirla en el espacio que él mismo había inaugurado. Pero, claro, si atendemos al título del volumen, vemos que para el autor el auténtico oficio era el vivir, no el escribir. La verdadera profesión para él era la vida, donde tenía que desplegar todas sus habilidades para no caer. Un hombre que no entiende el amor ni la humanidad, que tejió además una obra que tampoco pudo sostenerle. Quizás esté siendo demasiado duro con él.

El final del diario puede ser imprevisto o planeado. En cambio, un diario es raro que comience con un accidente involuntario, pues el inicio de algo siempre es un movimiento consciente. Ahora bien, si atendemos a las primeras entradas de los diarios, vemos que todos comienzan planteando una idea que le permite a su autor distanciarse de su realidad más cercana. Nunca comienzan reafirmando la realidad sino cuestionándola: parece lógico pensar que *la voz íntima* es una continuación de nuestra voz real. Pero no. Lo que sucede es que la voz escrita es el contrapunto de la real, aunque imite sus tonos y tiempos.

Sábado, 3 de septiembre

«Todo es repetición, rehacer el camino, retornar. En realidad, también la primera es una segunda vez» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

«Lo que parece que empieza tan sólo continúa» (*Autorretrato con radiador*, bobin).

«Para expresar admiración se dice que una cosa se parece a otra. Confirmación del hecho de que no se ve nunca una cosa la primera vez, sino la segunda: cuando se transfiere a otra» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

Miércoles, 7 de septiembre

El lunes empecé a trabajar. Entre la preparación mental del día anterior y el cansancio de estos días, no he tenido ganas de escribir. Hace sol todos los días. Disfruto del fresco de madrugada camino al trabajo. Mi letra ha empeorado, pero por primera vez siento que soy un hombre sencillo y fácil de complacer. Y me encanta. No sé si la escritura empieza o acaba donde empieza la vida. ¿Y qué? No me interesa la respuesta.

¿Hay algún acto que no signifique nada? ¿Incluso algún objeto? La ropa significa y distingue. El léxico empleado significa y separa. Me tumbo en la cama a no significar nada, pero en realidad lo hago porque estoy cansado de mi jornada de ocho horas al día respondiendo correos y atendiendo llamadas con cinco minutos de descanso cada hora y 20 minutos para comer.

Jueves, 1 de septiembre

«El secreto de aburrir es contar todo» (*Montevideo*, Enrique Vila-Matas).

[página arrancada del diario]

Jueves, 8 de septiembre

Ahora entiendo por qué los diarios nunca son diarios del todo. Sé que puede parecer prematuro pensar en un título antes de acabar un libro, pero a mí me gusta apostar todo a una idea, hipotecando el libro hacia una única dirección. Por eso he hecho una pequeña investigación sobre los títulos que otros escritores han dado a sus diarios.

Dentro de los que incluyen la palabra *diario* dentro del título, hay dos subgrupos: los que dejan el sustantivo solo y los que lo acompañan de uno o varios adjetivos. Así, tenemos los *Diarios* de Pizarnik, Kafka, Tolstoi, Gil de Biedma, Woolf, Klee, Zweig, Uriarte o Cheever, del que todos mis amigos dicen que es un gran escritor. Tendré que creerles. El plural *Diarios* parece reservado a aquellos que han practicado más de una escritura y que, al haber usado varias voces, han de resguardarse bajo la idea de conjunto que ofrece el plural.

Luego, tenemos los *Diarios* de Chirbes, cuyo subtítulo reza: *A ratos perdidos*, lo que resta importancia al género del diario, pues parece que se escribe en los ratos muertos, en los intersticios, cuando no sucede nada porque parece que ya ha pasado todo. Y quizás tenga razón y los diarios sucedan en el resquicio que dejan los distintos géneros narrativos, instalándose en casas

abandonadas por otros. Sigue resultando extraño que el diario sea lo principal en la obra de un autor.

También están los *Diarios íntimos* de Teresa Wilms Montt. A título personal, me parece una redundancia especificar la intimidad del diario, aunque puede ser que se me escape algo. Quizás se aporque también se incluye correspondencia privada de la autora. Otra reiteración: toda escritura es privada. Otra cosa es la publicación. Roberto Bolaño da cuenta de esta división al final de *Estrella distante*, cuando el narrador dice: «Esta es mi última transmisión desde el planeta de los monstruos. No me sumergiré nunca más en el mar de mierda de la literatura. En adelante escribiré mis poemas con humildad y trabajaré para no morirme de hambre y no intentaré publicar». Seguiré intentando escribir con la puerta cerrada, hasta que termine, recoja todos los libros, plagios y apuntes y pueda abrir la puerta para que entren otras personas en el texto.

Siguiendo con las escritoras del plural, tenemos los *Diarios tempranos* y los *Diarios de madurez* de Susan Sontag. Además de incidir en esta idea de lo múltiple, vemos aquí una división por edad. Desconozco si a los 31 años le sucedió algo que le cambió la vida o es simple comodidad editorial. Es el siguiente que me he propuesto leer, si el trabajo de teleoperador me lo permite⁷.

Los *Diarios completos* de Sylvia Plath y Fernando Pessoa parecen oponerse a todos los anteriores. El título parece sugerir que todo diario (salvo los tuyos) son y están incompletos. Esta vocación por la totalidad y lo absoluto se ajusta muy bien a ambos autores. Esa manía de codificar el mundo y codificarse en él para superar esa «transición brutal entre el interior y el exterior», que diría Pessoa.

⁷ Alejandro Zambra también trabajó como teleoperador. Y se llama Alejandro. No creo en las casualidades.

En conexión con los *Diarios íntimos* de Teresa Wilms Scott, tenemos los *Diarios amorosos* de Anais Nin. Esta conexión entre títulos no me parece casual, pues generalmente los diarios de escritores hombres rehúyen los temas amorosos. Pero también es el amor uno de los grandes métodos de conocimiento del mundo, si no el más grande. No solo pensarse en la intimidad, sino pensar la intimidad misma, reconociéndose el uno en el otro.

El último ejemplo de pluralidad lo constituye Chantal Maillard con sus *Diarios reunidos*, cuyo subtítulo reza *Arena entre los dedos*. Una vez más el diario como un género que recoge aquello que no estábamos buscando, aquello que se nos escapa. O mejor: el diario como un género que recoge aquello que no sabíamos que buscábamos porque estábamos buscando en vano otras cosas. En cualquier caso, el diario se queda los residuos de otros géneros, aquello que es descartado en el primer filtrado.

Acaban de ser publicados recientemente los *Diarios y cuadernos* de Patricia Highsmith en Anagrama. No entiendo la diferencia que puede haber entre ambos sin leerlo. Quizás aquí *cuaderno* sea más como ‘objeto donde se lleva un registro de determinadas tareas’. En realidad, esta definición también valdría para un diario. «Solo me queda registrar y comentar», decía Ribeyro en su diario. En un diario el orden es cronológico, pero en el cuaderno el orden suele ser temático, va dividido por materias. El diario carece de estructura.

Una vez acabada la sección de *los escritores del plural*, comenzamos con *los escritores en singular*. Así, tenemos el *Diario* de Gidé, Renard o Gombrowicz. Aquí el singular parece referirse a la escritura misma más que a la naturaleza de los textos, como si se refiriesen a la exigencia diaria de escribir. *Diario* en sentido de ‘diariamente’. El que más se acercaría a esto sería Gidé, dada la vastedad de su obra diarística.

Tenemos también la versión en singular de los diarios íntimos en el *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno. Aburridísimo. Una intimidad desquiciantemente ortodoxa y carente de interés. Me quedo con la niebla de Salamanca y *San Manuel Bueno, mártir* a mano para consultar cuando recupero la fe: para volver a perderla.

Como una compilación crítica y personal tenemos el *Diario de un escritor* de Dostoievski, donde se muestran todas las facetas que un escritor ha de desarrollar típicamente: crónica de la vida de su ciudad, artículos publicados en prensa, crítica y apuntes, como si el escritor debiera escribir en cualquier lugar de cualquier manera.

Realmente hay muy pocos escritores singulares.

¿Hay algún *Diario secreto* o es también una redundancia porque todo diario lo es? Parece difícil acotar el terreno añadiendo un adjetivo a *diario* o *diarios*. Si buscas ‘diario secreto’ en Google aparecen dos tipos de diario: el que viene con un candado para evitar la lectura de segundas y terceras personas y el que viene con una tinta invisible que solo puede leerse con una linterna especial. En cualquier caso, ambas vienen vacías. No hay diarios secretos publicados, pues supone una contradicción evidente.

También está la opción del dietario, muy cercana a los apuntes y notas: dispersión agrupada en torno al tiempo. Aunque aquí la raíz es *dieta*, por lo que adquiere un matiz económico de clase baja: los ricos no cuentan el dinero. Escribo esto pensando en *Dietario voluble* de Vila-Matas, uno de los libros más precarios del autor, que utiliza el género a su favor.

Sería interesante hacer una agenda respetando todas sus formas inherentes. Quizá podría cansar el exceso de infinitivos y la

falta de frases medianamente elaboradas. Aunque quizás su condena por un lado sea su salvación por el otro, pues también hay infinitas posibilidades dentro del infinitivo: desde la orden más estricta («no confundir cariño con amor») hasta el deseo más inconsistente («hacer algo que cambie el curso del día»).

Otra opción sería darle un título poético como *El oficio de vivir* de Pavese, *La tentación del fracaso* de Ribeyro o *El libro de las fuerzas* de Julián Galay. Un título que incidiera en la dispersión del diario a la par que continuara con la tradición del fracaso y la dificultad, antecedora una de la otra.

A continuación, una lista con los posibles títulos que estoy manejando para mi diario: *Diario azul*, *Por primera vez de nuevo*, *Diarios prematuros*, *Conciliar la realidad*, *Diario de diarios*, *Lo que pasa cuando no pasa nada*, *Un/El diario*, *Azul sobre azul*. Ninguno me convence del todo, porque esto no es un diario. ¿Esto no es un diario?

Viernes, 9 de septiembre

Esta mañana le ha dado un ictus a mi padre. Por la noche cené MacDonalds. No. Fue Burger King, ahora que lo pienso.

Sábado, 10 de septiembre

«Pensé: de qué tienen cara mis padres. Pero nuestros padres nunca tienen cara realmente. Nunca aprendemos a mirarlos bien» (*Formas de volver a casa*, Alejandro Zambra).

Nunca he tenido una buena relación con mi padre. Supongo que por eso me preocupaban más las formas de quedarme en la calle que las formas de volver a casa. Nunca he sabido volver a casa.

Le preguntan a Vila-Matas: «¿Tiene algún mensaje para la nueva generación? Ningún mensaje -contestó, rotundo-. Tan solo una pregunta que deberían contestarme, si quieren, en la madrugada del 3 de febrero del año 3127 en las afueras de lo que un día fuera París. La pregunta es: ¿ya saben cómo volver a casa?» (*Too late*, Mario Aznar).

Domingo, 11 de septiembre

Primera gran crisis de escritura del diario. Sensación de estar fuera de la literatura, signifique lo que signifique esto. Sin leer y trabajando ocho horas al día es difícil pensar en literatura o hablar de la vida. Decía un profesor de la universidad que la filosofía nace una vez las necesidades básicas están cubiertas, pero para mí el arte es la necesidad misma. Si no escribo no sé cómo estoy, y simplemente vivo: actividad totalmente aburrida y prescindible para mí.

El arte, por otro lado, también surge *antes de la necesidad* en términos históricos, pues las primeras civilizaciones organizaban la sociedad a través de ficciones simples. Incluso yendo un poquito más allá, antes del lenguaje, de cualquier tipo de lenguaje, la comunicación, a medio camino entre lo animal y lo humano, se basaría en gestos y en las intensidades de estos sumados a un gruñido primitivo. Por eso los gestos de las personas son individuales e intransferibles, porque significan en su cuerpo con una fuerza que remite a ese estadio pre-lingüístico.

Miércoles, 14 de septiembre

Cuando no trabajo puedo pensar por la mañana y por la tarde. O no pensar en todo el día. No sé qué me da más placer. A veces tengo la sensación que describe Vila-Matas cuando dice que «a veces escribo para no hacer nada», para tener una justificación para no hacer nada.

Desde que escribo a mano soy más feliz. El hecho de que la mano no pueda seguir la rapidez acelerada del cerebro intentando gestionar una cantidad ingente de inputs, puede provocar dos situaciones: o el cerebro se acompasa al ritmo lento de la mano (deseable) o está constantemente por delante de la escritura. Es decir, que cuando escribo esto ya estoy pensando en esto, lo que permite predecir errores próximos y llegar a sitios nunca previstos. Últimamente no me interesa escribir en teclado por eso, porque los dedos sí pueden seguir el ritmo de mi cerebro, por lo que no hay un diálogo entre escritura y pensamiento: pensar y teclear se fusionan en un solo acto mecánico.

Jueves, 15 de septiembre

El dolor une más que el amor. ¿El dolor une más que el amor? No lo sé, pero llevaba ocho años sin sentirme cerca de mi hermano. Desde que le dio el ictus a su padre se ha visto solo por primera vez. Digo *su padre* porque mi padre fue una ausencia. Bastaba callar para invocarlo. Por eso no me pone triste la idea de la muerte de un ser al que no conozco: porque sería como el último paso lógico de un proceso de desaparición.

No he sufrido grandes contratiempos en mi vida. Quizás mis traumas no sean míos, sino de otros. Quizá nunca hayamos inaugurado un trauma y seamos meros continuadores de los traumas familiares y sociales. ¿Ni mi dolor es mío?

«Después de escribir esta última frase, la leo de nuevo y pienso en borrarla. Sin embargo, debo dejarla tal cual. Es inútil para mí consignar solo las partes de mi existencia que me satisfacen» (*Diario*, Susan Sontag).

Sábado, 24 de septiembre

Lista de libros que he de comprar cuando cobre mi primer sueldo:

- *Diarios y cuadernos* de Patricia Highsmith (Anagrama). Aunque solo sea por tenerlo, pues antes quiero leer los diarios de André Gidé y Anais Nin, ambos citados y admirados por Sontag.
- *Antología* de Pablo de Rokha (Delirio). Prólogo y selección de Raúl Zurita. Otro gran libro de mi amigo y editor Fabio de la Flor. No hace un libro malo. Gusto en la edición, limpieza en la mirada y coherencia en el catálogo.
- *Lo que aprendemos de los gatos* de Paloma Díaz Más (Anagrama). Este es un regalo de cumpleaños tardío para mi ama. Lo estudié en la asignatura de Literatura Actual (así, en mayúsculas) en la carrera. Recuerdo que me interesó que la novela estaba escrita desde el punto de vista de los gatos, que hablaban de una rara enfermedad que asolaba a la humanidad: la razón.
- *Amor y pan*, de Paula Melchor (Letraversal). Aún no ha sido publicado, pero tengo muchas ganas de leerlo. He visto algún poema del poemario en la revista Zéjel y en el perfil de La Bella Varsovia, pues quedó finalista del Premio Ana Santos Payarán. Una escritura con tierra entre las uñas, raíces de tomate entre los dientes y el canto siempre por delante.
- Aún tengo que pagar las *Prosas apátridas* de Ribeyro (Seix Barral). Mi amigo Rafa me fió el libro. No me los he leído aún, pero el otro día fui a una presentación en la librería y me senté justo al lado de Ribeyro. No pude no llevármelos. Me han aparecido

citados demasiadas veces como para desaprovechar la situación. Supongo que empezaré a leérmelas cuando las pague, para no sentirme mal.

- *Cerezas sobre la muerte*, de Mario Obrero (La Bella Varsovia). En dos meses va a venir a la librería a presentar su libro. Aún no me lo he leído, pero le he visto presentar el libro en otras ocasiones y creo que sé por dónde va (o de dónde viene, más bien). El título hace referencia a los cerezos que habían crecido en las cunetas donde descansaban cientos de miles de cadáveres republicanos. Pero no por edificar sobre la historia renuncia a los lirismos del mejor Lorca.
- *Vila-Matas portátil* (Candaya). Conjunto de escritos de otros autores sobre el autor barcelonés. También incluye un CD con el mítico *Café con Shamdy*, documental donde el autor habla con Juan Villoro. Es el único libro que no voy a comprar en Letras Corsarias, porque solo está disponible de segunda mano.

Me encanta hacer listas, y eso que esta está pensada muy a corto plazo. Como dice Fernández Mallo en *Postpoesía*, me interesan las listas porque «permiten obtener información sin tener que recuperar para ello otros fragmentos. Así, hoy la lista es la única unidad coherente a la que podemos aspirar a la hora de organizar el conjunto. Es la propia lista la que va revelando el conjunto al que pertenece. Podría objetarse que toda lista es limitada, pero también es mucho más rica que la información secuencial, pues nos permite leer de izquierda a derecha, de abajo a arriba o a saltos». Siempre tengo que justificar todo lo que me gusta. Por si acaso. Para el que venga. Si viene. Si es que abro la puerta.

Lunes, 3 de octubre

«En relación a la muerte de Gertrude Stein: salió de un coma profundo para preguntar a su compañera Alice Toklas: ‘Alice, Alice, ¿cuál es la respuesta?’. Su compañera respondió: ‘No hay respuesta’. Gertrude Stein continuó: ‘Bien, entonces, ¿cuál es la pregunta?’. Y cayó muerta» (*Diarios*, Susan Sontag).

Viernes, 14 de octubre

Llevo unos días conociendo a una chica. De ahí la ausencia del diario. Quién en su sano juicio querría escribir una sola página pudiendo dar un beso. Hoy le voy a hacer la cena por primera vez. Es un momento importante, pues creo en la comida como una forma de comunicación. Qué comunicación, como una forma de religión, con una ofrenda, un rito y una ceremonia. Voy a hacer una receta sencilla, pero quiero hacerlo todo desde cero, con mis propias manos. El amor no compagina bien con los sabores industriales.

Tengo más ganas de querer a alguien que de ser querido. Cuando (crees que) estás enamorado, parece que cualquier texto te interpela. Nada hay fuera de ese amor. Nada hay fuera de este amor. Me dejé la primera persona del singular en la puerta, junto a los zapatos. Todo lo que leo es como si lo hubiese escrito yo hace media hora y se me hubiera olvidado.

Sábado, 22 de octubre

Actualización de citas del *Diario* de Susan Sontag:

- «Hasta ahora he sentido que las únicas personas a las que podía conocer profundamente o amar de verdad eran los duplicados o

- las versionas de esta desdichada de mí [...] Ahora conozco + amo a alguien que no es como yo [...] y sin que falte intimidad».
- «Hemos estado hablando del alma».
 - «El propósito del amor es la repetición. Su mayor aspiración es la creación de mutuas y sólidas dependencias».
 - «En el amor, cada deseo se convierte en una decisión».

Domingo, 23 de octubre

Noto que ha habido un pequeño giro en la intención del diario. He perdido mis aspiraciones literarias. Solo quiero una vida sencilla, alejada de salas con eco. Estoy perdiendo mi narrativa. Ya no escribo para ser leído. Leo para escribir.

Solo quiero hablar a través de palabras y estructuras ajenas, camuflándolas como mías a pesar de la obviedad de esas copias. De hecho, lo que más me motiva ahora mismo a seguir escribiendo es emular los distintos estilos y argumentos de los diarios que voy leyendo. Además, el diario me parece un género totalmente fluido y cambiante: lo que es hoy no necesariamente será mañana. Quizá si dentro de dos meses, pues el repertorio de ideas y formas es limitado en cada persona, pero el diario admite (e incluso potencia) esa variedad de materiales presentada bajo una sola forma, bajo una sola voz: esta.

Esta semana tuvo lugar en la Facultad de Filología de Salamanca el *III Congreso Internacional Exocanónicos. En los márgenes de la literatura: poder y resistencia*. Por el trabajo solo pude ir a tomarme una caña con algunos ponentes y amigos de Madrid. Como no había estado en el congreso, me sentí un poco fuera de lugar, pues no comprendía sobre lo que hablaban

y me daba vergüenza preguntar. Hay gente que habla en formato ponencia hasta bebiéndose una cerveza, haciendo intervenciones largas y estructuradas que no se pueden interrumpir. Pero no puedes exigir una escucha académica en un bar. Esta gente no habla, argumenta. No tienen recuerdos, sino ejemplos.

Últimamente me fio más de la palabra hablada, de su falta de registro. Por ello, me molesta que la gente hable en formato texto. Y me gusta, por el contrario, cuando alguien escribe oralmente, aunque siempre con la exigencia mínima de la literatura. Porque la literatura es una cosa seria, no una canción pop.

Lunes, 24 de octubre

«Llevar un Diario.

Es superficial entender el diario como mero receptor de pensamientos secretos propios -como un confidente sordo, mudo y analfabeto. En el diario no solo me expreso de un modo más palmario que con cualquier otra persona; me creo a mí misma.

El diario es un vehículo de mi sentido de identidad. Me representa a mí con independencia emocional y espiritual. Por lo tanto (ay) no solo registra mi vida real, diaria, sino que -en muchos casos- ofrece una alternativa» (*Diario* de Susan Sontag).

[página arrancada del diario]

Martes, 25 de octubre.

Notas de una infancia:

- Mi hermano pegándome por llamarle *hijo de puta*.
- La primera vez que copié fue con los Doce Apóstoles para la clase de Religión. Ninguno sabía que había examen. Fui el único

que copió. Metí la chuleta en el estuche y, para mi sorpresa, no pasó nada. Recuerdo el peligro de que me pillaran.

- Siempre he tenido media familia.
- Desde que me besé por primera vez con una chica hasta que me enamoré por primera vez pasaron 5 años.
- La primera noche que pasé solo en Salamanca cuando me mudé con 18 años la pasé entera llorando.
- Empecé a escribir (o me lo tomé como algo más que una herramienta) cuando me di cuenta que no sabía pintar.
- Mi infancia son los recuerdos de un balcón de Getxo, y un parking donde madura el todoterreno; mi juventud, veinte años tras la playa; mi historia, algunas cosas que recordar no quiero.
- De pequeño un profesor me gritó en clase porque me había salido del círculo al pintar un dibujo. Desde entonces, me interesan más las trayectorias y perímetros posibles que los reales.
- Por alguna extraña razón, no sé pronunciar la palabra *alma*.
- La poesía siempre acude a mí para deshacer las pocas cosas que sé.
- Siempre me ha gustado escribir a mano porque no hay ctrl + f. No recuerdo las cosas que he escrito. Pero ya no tengo miedo a la repetición. Incluso la persigo.
- El primer cigarro que me fumé con 14 años en el patio de mi colegio.
- Las lecturas obligatorias en el colegio y la universidad. Spoiler: la palabra *obligatorio* no desaparece después. Casi que se hace más presente.
- Mi escritura siempre ha ido del yo al otro: única dirección posible.
- Yo con mi madre en el sofá viendo *Misión imposible XVIII*. Yo diciéndole: «Qué tedio vital» Mi madre respondiendo: «Creo que es la primera vez que escucho esa palabra en mi vida. Qué raro eres, hijo».

- Un sueño recurrente. Me encuentro en un cruce peatonal mirando desquiciado hacia todos lados porque estoy vigilando que no venga la policía mientras mis amigos hacen *graffitis*. Lo curioso del sueño es que yo soy el único de todos mis amigos que hace *graffiti*. Pero en el sueño soy el que vigila, cuando debería estar pintando. Es la mejor manera de deciros cómo soy.
- Las buganvillas de las casas del barrio de mi abuela en Deusto, Lagunetxea (literalmente ‘casa de amigos’ en euskera).
- La primera vez que pagué algo en una tienda con un billete y me devolvieron unas vulgares monedas. Yo esperaba que me devolvieran la mitad de mi billete cortado.
- La cara de mi abuela cuando ya no podía hablar.
- No quiero crecer.
- Fanfarronear que mi abuelo, Gregorio Vargas, fue uno de los llamados *niños de Rusia*. Con la invasión nacionalista de Bilbao, los republicanos mandaron a sus niños México, Francia, Rusia y algún destino más. Mi abuelo fue a Odessa, en Rusia, y no volvió hasta 16 años después, porque Stalin dijo: «estos niños me los entregó la República y solo se los devolveré a la República».
- Bañarme en un barranco del Pirineo. Allí el agua tenía un azul que no he vuelto a ver nunca.
- Mi madre me compró una Olivetti, pero cuando vio el ruido que hacía, me la quitó y me dio una charla sobre la tecnología y el romanticismo silencioso.
- He vivido en ocho pisos, por lo que me he mudado siete veces. Funciona como los días y las noches cuando viajas. De Basurto a Deusto, de Deusto a Argoños (Santander), de ahí a Las Arenas (Getxo), donde viví en otros dos pisos. Luego, de Las Arenas a Aiboa y de Aiboa a Salamanca. Solo aquí en Salamanca he encontrado mi estabilidad. Una vez abandonado el curso del desorden familiar, por fin puedo crear mi propio caos. Estoy acostumbrado a tener pocas pertenencias.

- Durante una época ganaba dinero comprando y revendiendo libros. Monté un complejo sistema con todas las librerías de segunda mano de la ciudad e IberLibro. Iba todos los días a la sección de recién llegados en Re-Read, que era donde estaban los libros que habían llegado hacia poco y aún estaban sin colocar en su lugar, a ver si cazaba algún Anagrama, Seix Barral o Tusquets reciente que algún despistado hubiera vendido por 25 céntimos. Luego lo revendía más caro o lo cambiaba por otro para revenderlo también. He llegado a revender un libro robado en la misma tienda en la que lo había robado. Vaya despiste, pero no se dieron cuenta.
- Cuando publiqué mi poemario no le importó a nadie. Ni siquiera a mí. No guardo ninguna copia de ese libro.
- El recuerdo no es más que una idea repetida fuera de su tiempo. No se me da bien recordar. Siempre fui más de olvidar.

Miércoles, 26 de octubre

Hoy he ido a la Feria del Libro Antiguo y Usado, donde puedes encontrar libros de segunda a vigesimoquinta mano. Compré *El público* de García Lorca en la edición de Cátedra, por comprarme algo. Sé que es uno de esos libros que hay que tener, aunque también sé que no lo voy a leer en unos meses. No me gustan los libros leídos por mucha gente. Al leerlos, me siento como cuando estoy en una plaza rodeado de gente que habla y habla (*«and so on and so on»*) sin pararse a escuchar.

Sábado, 29 de octubre

Acabando, al fin, los *Diarios tempranos* de Sontag. No me malinterpretéis, su cabeza es un lugar agradable en donde estar,

pero ahora mismo no estoy capacitado para resistir la duda juvenil: hay demasiados tachones (cambiando la palabra *amor* por *deseo*); todo está escrito en presente (sin correcciones pasadas como Pavese ni proyecciones futuras como Ribeyro); aparecen listas continuamente como formato íntimo productivo (recopilaciones de recuerdos, listas de la compra de libros...) así como las enumeraciones (listas sin mínimo común múltiplo). Es la primera vez que leo un diario que está pensado como un cuaderno de notas diversas, sin que por ello tenga que estar la realidad como nexo.

En fin, todo ello forma un mundo cambiante, inestable y discontinuo que, sumado a la represión sexual de la época (aunque también su exaltación en grupos y ambientes selectos y reducidos), forman un espacio incómodo para el pensamiento. Y a pesar de ello el diario es lucidísimo: yo no sabría pensar bajo presión. De hecho, no sé hacerlo. Sigo teniendo fobia a hablar sobre mi vida. Creo que la razón por la que leo diarios es ver qué tipo de historias cuentan los escritores sobre sí mismos.

Martes, 1 de noviembre

No sabía que era tan fácil querer a alguien.

Viernes, 4 de noviembre

«Dejé de ser severa conmigo misma, acepté que mis defectos eran amables porque eran amados» (*Diarios tempranos*, Susan Sontag).

Domingo, 6 de noviembre

Listado de acciones para cuando no tenga cosas que hacer:

- Acción Nº1. Fingir que hablo por teléfono con alguien con los auriculares inalámbricos puestos. Enfadarte conmigo mismo. Insultarte. No perdonarte jamás.
- Acción Nº2. Fabricar una máquina expendedora y colocarla en un pasillo de la universidad. Cuando alguien intente comprar algo, aparecerá en la pantalla la siguiente frase: «Preferiría no hacerlo». Quedarse el dinero.
- Acción Nº3. Ser como Dios, pero al revés. No estar en todos lados sin que nadie te vea, sino que todo el mundo te vea a pesar de no estar en ningún lado. «Yo no soy nadie», que diría Pepín Bello.
- Acción Nº4. Montar una manifestación invitando a cada persona con un mensaje personalizado afín a su ideología. Ser muy emotivo en los distintos mensajes. Que todos acudan. Cuando sea la hora en punto, desplegar unas pancartas gigantes totalmente en blanco. Celebrar juntos.
- Acción Nº5. Hacer un diario de la mera acumulación. No re-leer ninguna entrada antigua hasta concluirlo.

Lunes, 7 de noviembre

«Cuando detienes la lectura y dejas el libro, señala la página de modo que puedas proseguirla en el mismo punto al coger el libro de nuevo en otro momento. Del mismo modo, cuando estás haciendo el amor y te detienes un momento (para orinar, para quitarte la ropa), has de saber dónde estabas exactamente para que puedas continuar en el punto exacto un momento después. Y entonces debes observar con mucho cuidado para saber si

funciona, porque a veces -incluso después de la más mínima pausa- es necesario comenzar todo de nuevo desde el principio» (*Diarios tempranos*, Susan Sontag).

Miércoles, 9 de noviembre

¿Qué tipo de relación mantengo con la literatura? ¿Escribo porque leo o leo porque escribo? ¿Realmente escribo porque me gusta o porque creo que se me da bien? ¿Acaso he pasado al diario, después de mis incursiones fallidas en la poesía y la narrativa porque es el único género que no requiere de lectores? ¿Por qué me sigue costando hablar de mí directamente? ¿Quiero comprender mi vida en mi escritura o imaginar nuevas? ¿Por qué siempre tengo más ganas de dejar de escribir que de escribir? ¿Me motiva más el reconocimiento o hacer bien las cosas? ¿Por qué los mejores escritores no escriben? Creo que la función principal del diario sería proponer más que resolver. Y llevo todo el diario respondiendo preguntas invisibles. Esto no es un diario. No puede serlo.

[página arrancada del diario]

«Hace algunos años me di cuenta de que la lectura me enfermó, que yo era como una alcohólica que, a pesar de todo, sufre una pésima resaca tras cada borrachera. Después de una o dos horas ojeando en una librería, me sentí entumecida, inquieta, deprimida. Pero no super por qué. Y no podía mantenerme apartada de aquello» (*Diarios tempranos*, Susan Sontag).

Jueves, 10 de noviembre

Creo que tengo más cosas por apuntar que por decir. Ahora entiendo que las naturalezas del diario y del cuaderno de notas se crucen. Unos apuntes son como una sombra sin cuerpo, pues se neutraliza la primera persona haciendo impersonal todo verbo. Si las entradas de un diario son el registro de la propia vida, los apuntes de un cuaderno son el historial de la mirada, la intra-historia que nos subyace y conforma.

Sábado, 12 de noviembre

Desde pequeño escribo poesía y relato corto. Luego vinieron la novela y las recopilaciones de cuentos. En ese orden, sí, en ese orden. Las formas de la desesperación son infinitas. Me sé aburrir en casi todos los idiomas.

«Es totalmente cierto que escribo porque estoy desesperado a causa de mi cuerpo y del futuro con este cuerpo. Cuando la desesperación resulta tan definida, tan vinculada a su objeto, tan contenida como la de un soldado que cubre la retirada y se deja despedazar por ello, entonces no es la verdadera desesperación. La verdadera desesperación ha ido, siempre e inmediatamente, más allá de su meta, (al poner esta coma, se ha demostrado que solo la primera frase era cierta)» (*Diarios de Franz Kafka*).

Lunes, 14 de noviembre

Últimamente estoy preocupado por si perdiera el cuaderno donde escribo esto. Por eso no lo saco de casa, y aún así podría perderlo dentro de casa para siempre, o que me lo robaran.

Quizás escribiría más si sacara el diario de casa. Estoy seguro que escribir en el autobús, en el trabajo o en un bar condicionaría mi escritura, y no me interesan ese tipo de interferencias. O quizás, si me lo robaran, el ladrón podría continuar el diario con mayor pericia que yo.

Desde hace unos días estoy leyendo a la vez los *Diarios* de Kafka y *Memorias de debajo* de Leonora Carrington. Un libro breve donde lo realmente relevante y difícil es contar todo como sucedió, sin ningún atisbo ni permiso para la imaginación, pues la historia ya es fuerte *per se*. Nos dice la autora: «Temo caer en la ficción, veraz pero incompleta. Por falta de algunos detalles que hoy no puedo traer a la memoria y que podrían ilustrarnos». Ve la ficción como una perspectiva veraz a pesar de su incompletitud, o quizás gracias a ella, pues no solo la ficción está hecha de fragmentos en cadena.

Sea como fuere, mi miedo es realmente el contrario: contar las cosas tal y como (se) van sucediendo. Si la ficción es veraz pero incompleta, la realidad ha de ser, por oposición, falaz y completa.

Miércoles, 16 de noviembre

«Si una noche he escrito algo bueno, lo quemo al día siguiente en la oficina y no puedo acabar nada. Este ir y venir es cada vez más desagradable. En la oficina cumplo con mis obligaciones externas, pero no con mis obligaciones internas, y toda obligación interna no cumplida se convierte en una desdicha que ya no se aparta de mí» (*Diarios*, Franz Kafka).

Viernes, 18 de noviembre

Ya no quiero ser escritor; me basta con escribir.

Sábado, 19 de noviembre

Me encuentro muy alejado de la escritura de Leonora Carrington. Me siento muy lejano cuando leo a artistas plásticos que escriben. Y como yo no he sufrido ningún gran trauma, me cuesta mucho empatizar con la literatura clínica. Quizá haya sido engañado por la traducción del título, *Memorias de abajo*, cuando el original es *Down below*.

Lo que quiere (o necesita) la autora es redimirse a través de la escritura, transcribiendo la realidad lo más fielmente para trascenderla. Así, dice: «debo continuar con mi historia a fin de salir de mi angustia». Justo después explica cómo le atan a la cama para sedarla. Yo no tengo ninguna realidad de la que huir, ni ninguna a la que acudir. Aunque, como a Ricardo Piglia, a mí tampoco me interesa la narrativa clínica, pues creo que «la enfermedad es problema de los médicos». No vendría aquí a hablar de ello, creo. Llamaría a mi doctora, no a mi editor (o al menos no el primero). Esto dicho desde el privilegio del que su mayor trauma es la pérdida de su abuela o de una partida que nunca se guardó.

Domingo, 20 de noviembre

Son apenas las ocho de la mañana. Aún no he dormido. Ayer salí con ella a dar una vuelta y hemos llegado a casa hace un rato. Escribo esto mientras ella duerme en las nuevas sábanas que

compré porque me daban vergüenza las viejas: el blanco se vuelve amarillo y los dibujos de Hércules se van cuarteando.

Hemos empezado a decirnos *te quiero* hace poco. Aún no salimos del asombro de decirlo en alto, escuchando nuestra propia voz al pronunciarlo. Me acaricia los labios con los dedos mientras lo digo bajito. Me gusta quererla. Y decírselo. ¿No es asombroso? A veces, solo a veces, descubrimos cosas al nombrarlas, pero otras ya preexistían antes del nombre, aguardando su forma definitiva.

Lunes, 21 de noviembre

¿Cómo me está corrigiendo a mí el diario? Intento no vivir más de una experiencia fuerte al día, distribuyéndolas a lo largo de la semana para siempre tener algo para contar y que no se me concentre todo en un mismo día. Esquivo las alusiones a mi vida más personal, pues *intimidad* no es sinónimo de *literatura*, solo una de sus muchas acepciones. Y no siempre. No leo el diario hacia atrás, lo que me hace estar en un presente eterno, que se desborda por sus extremos. Pero sigo sin tomándome demasiado en serio.

«Diarios de Goethe. Una persona que no lleva un diario se halla en una posición falsa ante un diario. Cuando, por ejemplo, en los diarios de Goethe, lee: *Todo el día en casa, ocupado en arreglos diversos*, le parece que él mismo nunca ha hecho tan poco cosa en un día» (*Diarios*, Franz Kafka).

Martes, 22 de noviembre

Es la primera vez que comienzo un proyecto sin vislumbrar o intuir siquiera el final. No paro de descubrir diarios y, con ellos, nuevos modos de narrarme, nuevas formas de dibujarme. Compro más de los que leo. Es imposible leer todos los diarios que existen. Supongo que tendrá que hacer una criba, o el proyecto acabará conmigo.

Miércoles, 23 de noviembre

Y siguen pasando los días. ¿En qué momento el diario se volvió novela?. No, no, mejor aún: cuando desperté, la novela ya estaba allí. Me tranquiliza mucho el hecho de que la vida pueda permitirse el lujo de ser inverosímil. Aunque esa paz me la quita la idea de que la literatura, en cambio, no puede permitirse ese mismo lujo.

Hace tiempo que perdí la fe en mi literatura. Tienes que ser muy bueno y/o tener mucha autoestima para seguir creyendo en algo de lo que no tienes ningún tipo de *feedback*. No es el caso. Para la poesía, demasiado cerebral e infinitivo. Para los ensayos, demasiado poético y condicional. Para la narración, demasiado conceptual e imperativo.

No escribo para vosotros. Pero os tengo un mínimo respeto: tampoco escribo para mí. El autor no es más que el primer lector de un texto (¿ya lo he dicho antes?), el poseedor de la primera interpretación, que, por lo general, suele ser bastante pobre en comparación con las posteriores. No sé por qué ni para qué o quién escribo, y por eso quizás lo siga haciendo, porque es una actividad absurda que no termino de comprender. Escribo para saber por qué escribo. El día que lo averigüe, dejaré de escribir.

Jueves, 24 de noviembre

«No termino nunca nada, porque no tengo tiempo y esto me opprime mucho. Si tuviese todo el día libre y esta inquietud matinal pudiese crecer en mí hasta mediodía y agotarse hasta la caída de la tarde, entonces podría dormir. Pero ahora, para esta inquietud, queda a lo sumo una hora del anochecer; se intensifica un poco, luego es reprimida y me socava la noche de un modo estéril y nocivo. ¿Lo soportaré mucho tiempo? ¿Tiene objeto soportarlo, y podré tener tiempo?» (*Diarios*, Franz Kafka).

Lunes, 5 de diciembre

Nunca he sabido escribir con los ojos cerrados, buceando en lo más interior de mi yo. Necesito estímulos externos, aunque luego estos no estén presentes en el texto. No me gusta que se note de dónde vienen mis ideas. Origen incierto, arte y vida unidos por el canto de una palabra. Así, ¿cómo distinguir la casualidad de la biografía?

Hace tiempo que no escribo. Mala señal. La literatura es el reflejo y la prueba del pensamiento, la sombra que éste prolonga. O a lo mejor es una señal de que mis prioridades están cambiando. Antes buscaba la soledad, ahora me la encuentro de vez en cuando, e intento hacer como si no la conociera de nada. Estoy poco tiempo a solas, aunque me siento más solo cuanto más rodeado de gente estoy. Exijo cuidados y atención a la gente de mi alrededor, pero a mí nadie me exige nada, por desgracia. Siempre cumple antes las expectativas de los demás que las

mías propias⁸. Nunca llegaré a ser lo que quiera, sino lo que yo crea que esperáis de mí.

Admiro mucho a la gente que escribe con los ojos cerrados, a aquellas personas capaces de crear con lo que tienen a mano, dentro de ellos. Hacen el camino o proceso creativo inverso al mío, pues filtran la realidad a través de su ser para luego quedarse con lo que les ha atravesado. Yo, en cambio, quiero saber en qué partes de la realidad me encuentro. Jamás diré: «esto es mío porque lo llevo dentro», sino «ahí estoy yo porque me reconozco en ese exterior». Para mí es la realidad la que debe actuar como filtro. Siempre queremos lo que no tenemos.

Mis peores textos son aquellos que escribo solo con la ayuda de un papel y un boli, intentando indagar en un interior que me resulta opaco y aburrido. Además, parece que la gente solo quiere encontrar cosas, como si las hubieran perdido en un pasado remoto pero aun así no se hubieran acostumbrado a su ausencia. Yo no busco para encontrar, busco por buscar. O incluso para perder.

Me tengo en muy poca estima. La confianza en uno mismo se nutre en gran medida de la confianza que tengan otros depositada en ti. Ya no enseñaré mis textos. Al fin privado. Cada vez le veo menos sentido a hacer pública la escritura, que ha de ir del silencio al silencio.

Martes, 6 de diciembre

«Soy casi siempre el primero que oye la historia y a quien las repeticiones solo producen el escaso placer de confirmar una observación» (*Diarios*, Franz Kafka).

⁸ Ahora, mientras paso las entradas de mi cuaderno al ordenador, me doy cuenta que hay frases que a día de hoy, casi un año después, escribiría de la misma manera.

Domingo, 25 de diciembre

Tres semanas sin escribir. Me da vergüenza no tener nada para contar. O quizá sea miedo porque sí que han pasado cosas. Pero me encuentro cansado todo el rato, actúo sin ningún motivo previo ni intención posterior. La agenda está llena de proyectos que se van posponiendo semanalmente sin ningún tipo de avance. Para Kafka tres días sin escribir ya eran muchos días, pues el 30 de noviembre de 1911 sintió la necesidad de dejar escrita esa falta, como si con esa entrada quisiera o bien castigarse o bien redimirse de cara al futuro. Spoiler: estuvo otros tres días más sin escribir.

«Es seguro que, aunque he pasado un tiempo considerable metido en una literatura que a menudo se me ha caído encima, hace tres días que no siento un deseo espontáneo de literatura, al margen de mi general deseo de felicidad. Asimismo, la pasada semana, consideraba a Lowy mi amigo imprescindible, y he prescindido fácilmente de él durante tres días» (*Diarios*, Franz Kafka).

Miércoles, 28 de diciembre

«Cuando me pongo a escribir después de cierto tiempo, atrapo las palabras como si las sacase del aire vacío. Cuando consigo una, sólo la tengo a ella y todo el trabajo empieza de nuevo desde el principio» (*Diarios*, Franz Kafka).

Es una sensación muy parecida a la frustración que genera leer después de mucho tiempo sin hacerlo: no entiendes nada. Cuesta comprender el orden de las palabras, la relación que guardan entre sí. Solo soy capaz de comprenderlas por aislado, pero no en conjunto, lo que genera una lectura incompleta. Cuando me pasa eso cualquier elemento me descoloca: la

aparición de un personaje nuevo (o uno del que no me acuerdo, lo mismo da); una descripción de un paisaje o una reseña de una obra de teatro demasiado larga; una sintaxis quebrada... De repente no se leer: se me olvidan mis años de Filología, mis lecturas, mi sensibilidad. Mi cerebro se vuelve susceptible porque es como si volviera a leer por primera vez para hacer las mismas conexiones que hice en el pasado y de las que no me acuerdo. Es muy difícil que una misma persona observe dos cosas distintas en un mismo objeto.

Viernes, 23 de diciembre

Me había venido unos días a Bilbao para ver a la familia. Los viajes me ayudan a darme cuenta de cómo estoy en el lugar del que huyo. Porque, no nos engañemos, lo importante del viaje no es a dónde vamos, sino de dónde huimos. Lo verdaderamente relevante es lo que dejamos atrás y por qué, no lo que nos llevamos con nosotros y para qué.

Me he traído a Bilbao mis manías, que me acompañan allá donde yo vaya. No importa si se me olvida alguna fobia porque no me entra en la maleta: consigue viajar en mis bolsillos o en cualquier hueco de mi persona. Es curioso cómo todos los sitios a los que voy tienen las condiciones necesarias para que nada cambie.

«Uno acepta las ciudades desconocidas como un hecho, los habitantes viven en ellas sin penetrar en nuestra manera de vivir, del mismo modo que nosotros tampoco podemos penetrar en las suyas» (*Diarios*, Franz Kafka). Lo difícil es aceptar como un hecho la ciudad en la que creciste y de la que solo tienes viejos recuerdos, pero no generas nuevos. La ciudad que tengo en mi cabeza difiere mucho de la real, y no sé en cuál de las dos creer, la que pienso o la que sufro.

«Ahora siento, y lo sentía ya por la mañana, un gran deseo de arrancarme escribiendo todo este estado de desasosiego y, así como viene de las profundidades, hundirlo en las profundidades del papel, o bien dejar constancia escrita de un modo que me permitiera incorporar lo escrito íntegramente en mi interior. No se trata de un deseo estético» (*Diarios*, Franz Kafka), o no solo.

He fracasado. No encuentro la forma definitiva de mi tristeza, aunque, a estas alturas, me conformaría hasta con las formas temporales. «Nada en el mundo dista tanto de una experiencia -por ejemplo, el dolor por la muerte de un amigo- como la descripción de esta experiencia», dice Kafka más adelante. Y a pesar de ese *gap* que hay entre la realidad y su ficción seguimos confiando en el lenguaje.

«Entre la sensación real y la descripción metafórica, aparece colocada, como un tablón, una suposición incoherente» (Michel Foucault).

Viernes, 30 de diciembre

A veces me pregunto qué quedará de todo esto tras la corrección, si habrá existido este día o no.

Sábado, 31 de diciembre

«Una de las ventajas de llevar un diario consiste en que uno se vuelve, con una claridad tranquilizadora, consciente de las

transformaciones a las que está sometido incesantemente, unas transformaciones que uno crea, presiente y admite generalmente de un modo natural, pero que siempre niega inconscientemente cuando se trata de obtener esperanza y paz con semejante reconocimiento. En el diario se encuentran pruebas de que uno ha vivido, ha mirado a su alrededor y ha anotado observaciones incluso en estados de ánimo que hay parecen insoportables; o sea que esta mano derecha se movió como en este momento, en el que de hecho, gracias a la posibilidad de tener una visión de conjunto del estado anterior -nunca del presente-, nos hemos vuelto más sensatos, aunque por esto mismo debemos reconocer más aún la intrepidez de nuestro esfuerzo de entonces, que sin embargo se mantuvo en una total ignorancia» (*Diarios*, Franz Kafka).

Llevo un par de semanas trabajando en la librería de Re Read en Salamanca, una franquicia de librerías de segunda a décima mano. Algunas veces nos cae algún libro nuevo que el cliente compró en su día y nunca llegó a abrir. También nos entran libros de undécima mano en adelante, pero se trata siempre de clásicos en tapas duras de tono ocre, por lo que aguantan mejor que los best-sellers de tapa blanda que anuncian en la portada los miles de ejemplares que ha vendido en Estados Unidos.

¿Qué implica trabajar en una librería de segunda mano respecto a otras? Las manos siempre llenas de polvo, las estanterías siempre descolocadas, las páginas amarillentas o marrones (y de todos los colores que existen entre el amarillo y el marrón), los lomos cuarteados con estrías, las solapas dobladas del uso, las cubiertas rotas de tanto meter y sacar el libro de los estantes, colecciones y colecciones de novela negra o clásicos universales del siglo XX que en su día regalaba El Mundo o El País, una lista

de Spotify con veintipicos villancicos tristes en bucle (todos los villancicos son tristes), el olor al producto químico con el que limpiamos o los sonidos que hacen los libros cuando los ordenas y se caen de canto al suelo.

En cuanto a los clientes tenemos una gran variedad. Están los que vienen preguntando por un libro nuevo sabiendo que no lo encontrarán, porque es demasiado reciente, pero no quieren pagar los veinte euros que vale nuevo. Otros que vienen de paseo con distintos acompañantes a lo largo de la semana y eventualmente, solo eventualmente compran (nunca solos). Otros que vienen a la sección de poesía para pillar inspiración pero se marchan desilusionados porque lo más reciente que hay es Antonio Machado. Y mis favoritos, aquellos que siempre buscan el mismo libro y que no saben qué harían si lo encontraran, si su vida perdería el sentido o si emprenderían una nueva búsqueda.

A diferencia de las librerías de nuevo, donde es el librero el que decide el criterio de selección, una librería de segunda mano está condicionada por los libros que le vende la gente de la ciudad, por lo que cada una de las franquicias de Re Read tendrá un fondo diferente, pues en cada ciudad se consumen y se revenden unos libros distintos. En Salamanca la gente mayor pregunta mucho por libros relacionados con la monarquía, ya sea actual (biografías de Juan Carlos, Sofía...) o histórica (libros sobre Borbones, la Duquesa de Alba). La gente joven es la que está más atenta a los clásicos y los libros de reciente edición. Realmente se podría hacer un estudio sociológico con los datos de los fondos de librería de las Re Read de España. Yo lo leería con gusto y ayudaría con los fondos de Bilbao y Salamanca. A veces pienso que la mayoría de dueños originales de los libros están muertos, y la librería parece un cementerio.

Escribo todo esto con mi segundo café de la mañana antes de irme a trabajar hasta el mediodía. Tengo que superar mi rechazo

y desinterés por lo no-literario⁹ por mi propio bien, para no abrrecer mi vida, cada vez más llena de obligaciones en lugar de necesidades. He hecho de la necesidad una obligación. Cuando antes era al revés.

⁹ En neolengua orwelliana, por oposición, los elementos pueden tener dos naturalezas en mi vida: literaria o no-literaria.

AZUL. 2023.

Lunes, 2 de enero

El otro día vi entrar en la librería al niño que fui, con una mezcla de curiosidad y timidez a partes iguales para ser un auténtico bicho raro. Le había visto más veces por la librería, pero no me había llamado la atención. Hoy me he fijado porque ha venido con su madre, y me ha reconocido en él. Ella estaba con la vista pegada al móvil cerca de la puerta, para irse rápidamente en caso de no encontrar ningún libro. Pero parecía orgullosa de gastarse su dinero en libros para su hijo. Pasaba el rato ojeando portadas, que no hojeando libros, hasta que le ha puesto en las manos el libro que quería llevarse.

Martes, 3 de enero

Lista de últimas adquisiciones en Re Read (segunda mano):

- *Traducción: Literatura y literalidad* de Octavio Paz.

- *Nocilla Dream* de Agustín Fernández Mallo. Nunca me ha llegado realmente la narrativa del autor, pero era el único que me faltaba de la trilogía y quería tenerlo. Puro colecciónismo¹⁰.
- *Fragmentos de un libro futuro* de José Ángel Valente y *La presencia del verbo* de Jaime Gil de Biedma, ambos editados en Círculo de Lectores, en perfecto estado: sin anotaciones ni subrayados en las páginas, con los lomos y las solapas sin doblar... No es de extrañar teniendo en cuenta que Círculo de Lectores obligaba a sus socios a comprar al menos un libro al mes para no ser expulsados de este pequeño círculo, así que muchas veces compraban por comprar. Mi casa está llena de libros inútiles.
- *Elogio de la pieza ausente* de Andrés Bello. Una novela en la que el puzzle de velocidad es el deporte nacional y tiene unas implicaciones muy similares a las literarias: comenzar siempre por el fondo de la escena (el mar, el cielo, la montaña), aislar los distintos grupos de piezas por colores (la forma a siempre es fiable), la paciencia del autor que intenta reconstruir la escena original, la omnisciencia de ver todo el tablero con sus huecos y sus figuras... A esta novela le iría muy bien el prólogo de Perec en *La vida instrucciones de uso*, precisamente por el carácter tanto lúdico como estructural.
- *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. En la edición que tuve hace tiempo solo había nueve versos en mayúscula en todo el texto. Me sigue pareciendo demasiado invasivo y violento el empleo de las mayúsculas, aunque bien empleadas puedes ser un recurso muy interesante. Las mayúsculas se corresponden con una inscripción que hay en una puerta:

«POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,

¹⁰ Cuando intento añadir alguna frase nueva mientras lo voy pasando al Word, me doy cuenta de que ya estaba escrita en el cuaderno. Siempre pienso lo mismo.

POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS TODA ESPERANZA».

- *De lo espiritual en el arte* de Vasily Kandinsky, un libro que llevaba tiempo persiguiendo pero por el cual no quería desembolsar 20 euros.

Lista de últimas compras en Letras Corsarias (primera mano):

- *La vida interior de las plantas de interior* de Patricio Pron. Un libro que me gustó mucho en su día y que he querido regalar por Reyes a mi pareja, a quien le gustan mucho las plantas. Aún no se lo ha leído, pero la intención y el título es lo que cuenta. He de admitir que me hace ilusión que lo tenga, y más aún si lo leyera¹¹. El título me recuerda a *La vida privada de los árboles* de Alejandro Zambra.
- *El actor y su personaje* de Konstantin Stanislavski. Ha sido el regalo para mi madre, que lleva ya ocho o nueve años haciendo teatro *amateur*¹². Cuando vino a verme a Salamanca hace poco le regalé *El método*, del mismo autor, y lo devoró, así que creo que es un acierto seguro.
- *Surf photography of the 1960s and 1970s* de Leroy Grannis. Este libro es un regalo para Manu, el marido de mi madre, a quien le encanta el surf, pero no los libros. Además, ya tiene

¹¹ No se lo leyó nunca.

¹² Creo que ya no es amateur. Solo no remunerado.

cincuenta años y ningún libro de Taschen: eso no podía seguir siendo así, y menos que ahora trabajo.

- *Lo suficientemente rápido* de Román Aday. Una novela que me mandó el editor del libro y de Ediciones 16, Alejandro Marín. Es la segunda vez que alguien de una editorial me manda un libro. No sé muy bien qué espera que haga al respecto: que lo reseñe, que comparta una fotografía del libro en redes...

La novela es de una lectura ligera porque contiene ideas leves, vidas leves y poco graves, como lo es la de un captador de socios para una empresa disfrazada de ONG. No obstante, está bien escrita y ha conseguido elaborar un personaje que siente y padece. Aunque, tratándose de una autobiografía, deberíamos tipificarlo de otro modo. La portada es una auténtica pasada, y en la contraportada se ha intentado ironizar sobre la novela diciendo que cumple todos los clichés capitalistas: lástima que la ironía no baste para obviarlo.

- *Nada más* de Marguerite Duras. Uno de esos libros pequeños que se colocan al lado de la caja registradora para que piques. Y funciona. A pesar de que el libro se estructura como un diario, se me había escapado del radar, porque creo que aquí prima la ficción. Pero a mí también me interesa el diario como forma. Aunque, en este caso, el libro es horrible: es el testimonio psicológico de una ruptura. No hemos venido aquí a sufrir.
- *El diario* de Virginia Woolf. Volumen I (1915-1919). Lo compré porque en algún momento querré leerlos todos y no quiero comprarlos de golpe.
- *Mi libro madre, mi libro monstruo* de Kate Zambreno. Sobran las palabras. O faltan, más bien. Siempre que sobran es porque faltan.
- *Antología de Pablo de Rokha*, con prólogo y selección de Raúl Zurita. Mi amigo y editor de Delirio Fabio de la Flor me regaló esta maravilla. Fue él y no otro el primer editor de Zurita en España.

- *Las vitalidades*, el último libro de Ángela Segovia en La Uña Rota.
- *Rey de los Sargazos* de Pablo Enguita Fontecilla, poeta lejano y amigo cercano. Me da pena que haya publicado el poemario en una editorial de autoredición, pues creo que podía optar a un premio.

Ahora solo tengo que dejar de comprar libros y empezar a leerlos.

Miércoles, 4 de enero

«Quién me confirma la verdad o la verosimilitud de este hecho: que solo a causa de mi vocación literaria carezco de cualquier otro interés y, por consiguiente, soy insensible» (*Diarios*, Franz Kafka).

Domingo, 15 de enero

La literatura es aquello que suena cuando nada en concreto lo hace, el sonido que hay detrás de todos los ruidos. Por eso quizás los mejores autores son los que escuchan y traducen el silencio.

No tengo nada que decir, pero están sucediendo cosas. Entonces, el sentimiento que me embarga no es el de vacuidad, sino el de inutilidad: tengo el *qué* decir, pero he perdido el *para qué* (y no hablemos del *cómo*). Creo que la fe tiene mucho que ver con el concepto de finalidad, pues nadie depositaría todas sus esperanzas y deseos en la repetición de unos actos inútiles. Por lo tanto, una crisis de fe no es más que la perdida (momentánea o continuada) del sentido de finalidad. Y así me encuentro yo, sin creer del todo en nada, pero sin tener que dejar por ello de hacerlo. Escribo sin ganas, pero escribo.

Antes de ayer cené con Rafa, Fabio y Carlos. Les pregunté cuál sería un buen título para un diario, a lo que me respondieron que los diarios no pueden tener título, o que si lo tienen siempre será una decisión editorial, nunca autorial. Según ellos, un diario no está hecho para ser leído en el momento de su escritura, quitando amigos y familiares, apuntaba Carlos, recalcando así el hecho de que tener un público reducido es similar a no tenerlo. Entiendo su punto, pero me parece que todo acto de escritura lleva dentro la voluntad de ser leído, como una botella lanzada al mar (comparación *vintage* donde las haya). No llevaría este diario si no quisiera ser leído. En tal caso, todas las noches haría examen de conciencia y me iría a dormir sin la necesidad de documentarlo. Es ese acto egocéntrico de registrar el que no me cuadra con la idea de que un diario, por definición, esté escrito para nadie. Gran tristeza respecto a esta labor extraña que mantengo desde el verano pasado.

De esa reunión me llevo dos alegrías. Por un lado, Carlos, editor de La Uña Rota, se va a leer mi poemario *Lorem ipsum*, aunque no guardo ninguna esperanza. Espero haber escrito mal su correo¹³. Por otro lado, Fabio va a leerse el poemario de mi amiga Helena Pagán *Toys are us*, para ver si podemos publicarlo en Delirio. Hemos quedado este miércoles los tres. Me hace más feliz la idea de publicar a mis amigos que la de publicar yo.

Lunes, 16 de enero

Por fin siento que avanzo en los diarios de Kafka. La letra de la edición de Lumen de 1990 es tan pequeña como la que estoy

¹³ Estamos a septiembre de 2023 y sigo sin tener respuesta por su parte. Mandaría mal el correo.

haciendo ahora mismo. Hay gente que escribe para volverse grande, pienso, mientras que otros intentamos hacernos pequeños hasta casi desaparecer.

Hasta la fecha, es el escritor que más me ha costado leer. Y también es el más antiguo, el que más lejos está de mi contemporaneidad. Quizá por eso no conecto con él más que cuando habla de escritura. El resto, una acumulación de reseñas de obras de teatro de la literatura judía, reuniones y tertulias literarias vacías, enamoramientos fugaces, comentarios negativos sobre su propia obra y algún que otro testimonio más que refleja la incomprendición familiar, social y romántica a la que se veía sometido. Me resulta muy fácil introducirme en la cabeza de un autor a través de sus escritos, huellas que debo desandar hasta llegar al origen de la ruta. Por eso es más peligroso para mí leer a personas como Pavese o Kafka, como también supongo que me pasará con Pizarnik y como de hecho me sucedió con Carrington, pues todos tienen una visión rota o dañada de la realidad, cosa de la que me contagio fácilmente. Por eso he de alejarme de estas narrativas. Mi propensión a la literatura y a la enfermedad es peligrosa.

Martes, 17 de enero

«Simplemente, no dar un valor excesivo a lo que he escrito, porque me resultaría inalcanzable lo que he de escribir» (*Diarios*, Franz Kafka).

Miércoles, 18 de enero

Tengo una preocupante seguridad en que mis ideas van a seguir fijas en mi cabeza hasta que las vuelva a recordar de nuevo. Al

hecho de que mi memoria es horrible hay que sumarle que nunca recordamos algo de la misma manera. También hay, en el fondo, una soberbia que hace que piense que cuando quiera, cuando me ponga en serio, ganaré todos los premios y publicaré en todos los lugares posibles, lo que únicamente encubre mi miedo al fracaso. Me he presentado a 46 premios, nacionales y locales. He ganado 0.

Jueves, 19 de enero

«Se ha hecho muy necesario llevar un diario nuevamente. Mi cabeza insegura, F., el derrumbamiento de la oficina, la imposibilidad física de escribir y la íntima necesidad de hacerlo» (*Diarios*, Franz Kafka).

Para mí el diario no tiene que ver tanto con la intimidad como con el compromiso. Lo que motiva mi escritura es el hecho de escribir diaria o casi diariamente. Todos los grandes autores que admiro han pasado por aquí. Además, en los diarios sucede algo que no sucede en ningún otro lugar.

Aunque, después de la conversación del otro día veo esto como un cuaderno, sometido al sentido cronológico del tiempo y cuya forma es más parecida a la de unos apuntes que a la de las entradas prototípicas de un diario. Es que esto no es un diario. Ganas de leer los diarios y cuadernos de Patricia Highsmith, pero no los resistiría. Necesito y ansío la brevedad, único idioma que hablo y conozco, por el momento.

Viernes, 20 de enero

Me relaja muchísimo maquetar un libro, igual que pasar unos apuntes a limpio, copiar citas o diseñar una portada, y creo que sé a qué se debe. Todas estas actividades tienen algo en común: una parte del proceso resulta puramente mecánica, ya sea eliminando pequeñas imperfecciones de la imagen o copiando y pegando un texto para luego adaptarlo al formato de InDesign. Esta parte automática del proceso me permite ir madurando las decisiones futuras e ir reflexionando sobre las pasadas. Por lo tanto, en todo proceso creativo ha de haber una parte mecánica, que permita al Autor y al Lector coger aire. Me doy cuenta que en mi escritura no existen esas partes automáticas, pues mi propósito es evitar todo tipo de inercias aprendidas. Escribir es desescribir(se).

Miércoles, 25 de enero

Tweets que tengo en borradores y jamás publicaré:

- Son los textos los que justifican al autor. El ser humano hace lo que puede con lo que tiene.
- La poesía aspira a la oralidad, pero nunca debe llegar a ella.
- Me gustan los libros enfermos, que sienten y padecen, que reflejan los errores de sus autores o los ocultan torpemente creando nuevos. No hay nada más aburrido que la perfección.
- Hoy es la primera vez que abandono un libro desde hace siete años.
- La poesía ya no es poética, ni la literatura literaria. Nada es lo que era, gracias a dios.

Sábado, 28 de enero

Ilusionado con empezar los *Diarios* de Gombrowicz. En la nota editorial, Bozena Zaboklicka recalca que, «contrariamente a estos escritores ya conocidos y consagrados, Gombrowicz empezó a escribir su diario con el fin de alcanzar la celebridad y no para reafirmarla». Esto me lleva a pensar que los que publican su diario siendo ya conocidos lo hacen por el mero morbo de mostrar su vida privada, no por necesidad. En cambio, Gombrowicz descarta el material más íntimo.

El inicio es asombroso: «Lunes. Yo. Martes. Yo. Miércoles. Yo. Jueves. Yo. Viernes» y comienza la entrada. Hay que entender que esto se publicaba en *Kultura*, una revista polaca. Supongo que se notará al principio, pues es un diario creado para ser leído, con una periodicidad obligada por el medio. No obstante, tengo una fe ciega en la capacidad del autor de hablar de sí mismo hablando de otras cosas, como pudo haberle sucedido a Blanco White en su día, salvando las distancias geográficas y conceptuales.

Realmente no sé qué hago aquí, fragmentando a mi persona en otra voz más cuando aún desconozco mi timbre real. Escribir un diario es imaginar una voz con la boca cerrada. El problema, lo realmente difícil, es reconocer esa voz como nuestra cuando volvemos a hablar.

Domingo, 29 de enero

Me cuesta mucho comenzar un proyecto, pero en cuanto empiezo y recibo un mínimo de satisfacción por hacer las cosas cada vez mejor, no puedo parar. El problema es que no puedo mantener a largo plazo algo que no me emociona. Esa es mi motivación, recibir algo a cambio de lo que estoy haciendo: una

idea, un tono, una imagen... Ese es el *feedback* del que he de alimentarme espiritualmente y no del *feedback* del público. Internet se parece cada vez más a un escaparate, donde te muestras, te ven y siguen caminando. Como en Twitter cada vez se dan menos *likes*, ahora aparece el número de veces que tu tweet ha aparecido en otros *feeds*, para que no nos volvamos locos pensando que no le importamos a nadie, o precisamente para volvernos locos por lo mismo. Pero más de la mitad de esas visualizaciones son falsas, parte del *scroll* infinito de un usuario cualquiera al que, efectivamente, no le importas.

Decía mi amigo Fabio que es muy difícil saber si estás haciendo las cosas bien si no tienes ningún tipo de *feedback*, y que o confías mucho en tu proyecto o este desaparecerá a medio-largo plazo. Pues el diario se sitúa precisamente en esa brecha, en la de no saber qué estás haciendo al ser tú tu propio lector. Si a este hecho le sumamos la norma impuesta de no releer más que lo que tengo a la vista (no vale volver atrás la página), estoy con una brújula en la mano con un norte fijo. Aunque, como no sé lo que busco, el horizonte siempre avanza conmigo.

Viernes, 3 de febrero

«De modo que lo que reina en esta prensa son todas las virtudes cristianas: bondad, humanidad, piedad, respeto hacia el hombre, moderación, modestia, decencia, sentido común, pero sobre todo lo que se escribe en ella es de carácter bonachón. ¡Cuántas virtudes! No éramos tan virtuosos cuando permanecíamos de pie. No me fío de la virtud de los que han fracasado, de la virtud nacida de la desgracia, y toda esa moralidad me recuerda las palabras de Nietzsche: *La moderación de nuestras costumbres es consecuencia de nuestro debilitamiento*» (*Diario*, Witold Gombrowicz).

Leer este párrafo de Gombrowicz me lleva irremisiblemente a pensar en una conversación que tuvo lugar en mi casa hace una semana. Estábamos Jorge, Borja, Marta, José Antonio, Andrea y Rocío. Nos reunimos todos porque Rocío vino a presentar su poemario *Contra el verano* en Letras Corsarias. En algún momento nos pusimos a hablar sobre la serie de audios que estoy sacando: *Audiocríticas y audiolibros*, en donde doy unas pequeñas claves de lectura sobre el autor y el libro del que luego leo unas páginas. Después de hablar sobre ello, Juan Antonio dijo que lo que yo hacía no era crítica, porque no hay una voz que juzgue desde la autoridad si es un buen libro o no, sino mera exposición.

Al principio no lo entendí, y me enfadé por ello. Sus formas tampoco ayudaban, pues hablaba en la sobremesa como si fuera una mesa de un congreso. Sea como fuere, la conversación acabó derivando en que hoy en día, la Crítica (así, en mayúsculas) no existe o no interesa que exista. José Antonio decía que a él le gustaba leer cómo se criticaban y acusaban unos a otros en escritos del pasado, y señalaba que la Crítica que vamos a dejar de cara al futuro será *descafeinada*.

¿Acaso no hay obras malas? Claro que las hay, objetivamente. Entonces, ¿por qué no señalar lo que todos vemos? ¿No lo hacemos porque todos lo vemos, precisamente? Pero es que es una editorial pequeña, pero es que es el primer libro del autor, pero es que le va a sentar mal... Al no haber ejemplos de crítica constructiva negativa, es difícil saber cómo actuar sin referentes. Miedo a hacer daño, a pasarse de severo, a perder apoyo y seguidores... La crítica negativa hoy está adoptando la forma del silencio: no se habla de una obra mala, y el hecho de que no aparezca en determinados espacios es el indicativo de su poca calidad.

No obstante, no hay nada nuevo bajo el mismo sol, y ya se había tenido antes esta sensación de que la Crítica sincera no era posible hoy, y fue a raíz de leer una reseña de Luis Bravo sobre *Azca de Alba Flores*. La reseña era hiriente y parecía escrita desde la rabia, por lo que perdió toda su credibilidad. ¿Cuál fue su error? ¿No ocultarse? No, porque un crítico no se oculta, se muestra. ¿Entonces? Pues que hizo afirmaciones erróneas partiendo supuestamente del texto, aunque en realidad todas estas suposiciones partían de sus prejuicios previos a la lectura del poemario. Y es una pena, porque el libro es malo. Sin estructura, como una *mixtape* de poemas, sin dirección ni origen claro. La autora no profundiza en los distintos paisajes que puede generar ese amor sino un mero transitar esa ingenuidad. No hay modelos de reseñas negativas. Algun día haré una. Crearé un modelo. Sé que es mi misión y que puedo hacerlo bien. Y vendrán otros.¹⁴

Sábado, 4 de febrero

«El arte a mí casi siempre me impresiona más cuando se manifiesta de una forma imperfecta, casual y fragmentaria, como si solo me señalara su presencia, dejándose presentir a través de la torpeza de la interpretación. Prefiero al Chopin que me llega desde una ventana en la calle que al Chopin con todo el oropel de una sala de conciertos» (*Diario*, Witold Gombrowicz).

Creo que hay que hacer del error nuestro único refugio, construir una vivienda allí para habitar sus extensos parajes

¹⁴ Sigo esperando ese día.

extraños. No es un camino agradable, pero sí satisfactorio. Exponer lo que nadie expondría, y no me refiero a hechos o actos, sino a ideas. Romper la sana normalidad con la locura, la enfermedad y el fallo. Ocultar nuestros errores solo nos llevará a eliminarlos de nuestro diccionario.

Lunes, 6 de febrero

«Escribo este diario con desgano. Su insinceridad sinceridad me fatiga. ¿Para quién escribo? Si es para mí mismo, ¿por qué lo mando a la imprenta? Y si es para el lector, ¿por qué hago como si hablara contigo mismo? ¿Hablas a ti mismo de tal manera que te oigan los demás?» (*Diario*, Witold Gombrowicz).

«Cierta persona, muy perspicaz, me advierte en una carta:
- ¡No haga comentarios sobre su propia obra! Limítese a escribir. ¡Es una lástima que se haya dejado provocar y escriba prólogos a sus propias obras; prólogos e incluso comentarios!

Y, sin embargo, debo explicarme en la medida que pueda y hasta donde sea posible. Pervive en mí la convicción de que el escritor que no sabe escribir de sí mismo es incompleto» (*Diario*, Witold Gombrowicz).

Tengo sentimientos encontrados en este debate. No sé cómo ni dónde posicionarme. Estoy un poco de acuerdo con ese lector anónimo, porque creo que toda la fuerza creativa de un autor ha de invertirse en escribir, precisamente. Pero luego leo el prólogo de George Perec a su novela *La vida: instrucciones de uso* y

pienso que ojalá solo hubiese escrito el prólogo. A veces es mejor el cómo del qué que el qué mismo. De hecho, me compré el libro de Perec hace cinco años, pero le arranqué las dos páginas del prólogo y lo revendí. Por ahí un pobre lector piensa que *La vida. Instrucciones de uso* no tiene prólogo.

Pero, volviendo al tema que nos ocupa, hay prólogos de autores que son mejores que el propio libro. Sucede así con *Traumbuch*, de Patricio Pron. Aun así, me da mucha rabia cuando la gente habla más tiempo de sus textos que tiempo pasa escribiendo o leyendo. Todos hemos sido esa persona en algún momento, pero ya pasó. Aunque aún hay personas que están obsesionados con sus textos de una manera enfermiza y nada crítica. Es muy triste que un autor se cite más a sí mismo que a otros autores. Demuestra poco interés por el otro, por lo otro, por aquello que no nos conforma pero de lo cual nos nutrimos aunque sea por mera oposición.

Lunes, 13 de febrero

«Si quieren hablar con eficacia, nunca me hablen directamente» (*Diarrio*, Witold Gombrowicz).

Miércoles, 15 de febrero

Hoy, por primera vez en este diario, vuelvo la página atrás para comprobar lo que dije el pasado 4 de febrero, porque hoy quiero hacer un apunte. Me he dado cuenta de que usé el argumento y adjetivo erróneos. No me gustan los libros enfermos, sino los libros vivos. He caído en la cuenta al leer la siguiente frase de Gombrowicz: «Yo no reclamo la libertad, reclamo una creación natural, aquella creación que sea la realización no premeditada

del hombre». Aquí está el matiz. Me gusta que los autores dejen que sus textos sean, de una manera no premeditada. Si los autores son o están enfermos el libro debería ser o estar enfermo: si el libro tiene que toser y cojear, que lo haga. Lo que me parece mal es ocultarlo, pues se acaba notando la artificialidad del texto, y escribimos para mentir, pero de otra manera. No así. En mi texto no hay grandes sucesos porque no los hay en mi vida. Vivo del detalle, de lo nimio, de lo que nadie ve. No me queda otra.

«Los libros enfermos se escriben para interrumpir, quebrantar, abandonar. Conservan en ellos algo de ese aspecto embrutecido que uno tiene cuando se despierta. Están escritos en una materia de agonía. Su autor libra en ellos un combate contra el mundo, o todavía peor: contra esa mezcla de sí mismo y del mundo que cada uno, pasada una cierta edad, experimenta a partir de un conocimiento íntimo y desgraciado. A los libros enfermos sólo los mantiene en pie su fiebre. Un poco más de fiebre y es la muerte [...] Los libros enfermos llaman a lectores enfermos a su cabecera [...] Los libros enfermos son los últimos en morir» (bobin, *Autorretrato con radiador*).

Jueves, 16 de febrero

He hecho un alto en la lectura de Gombrowicz para viajar un rato con Cortázar y Dunlop y volverme así un *autonauta de la cosmopista* por unos días, viajando intermitentemente con ellos en algunas de sus etapas.

Ahora entiendo por qué la gente tiene miedo de decir sus planes o proyectos en alto: no es por miedo a que no salgan y quedes como un perfecto fanfarrón, sino por miedo a que se

cumplan, precisamente. Leo en *Los autonautas de la cosmopista*: «Pienso que es posible proyectar un deseo y que de alguna manera se cumpla, así como Keats dice en una de sus cartas que siempre es bueno hacer profecías porque estas se las arreglan después para cumplirse por su propia cuenta». Como el título de la última *mixtape* de Dano: «El hombre hace planes, Dios se ríe».

Viernes, 17 de febrero

«Escribir es siempre aceptar el riesgo de decirlo todo, incluso - y sobre todo- sin saberlo [...] Hay que decirlo todo (no en el sentido de *no callar nada*, sino de darle al todo su libertad mientras se escribe» (Julio Cortázar y Carol Dunlop).

¿Esta definición de la escritura afecta también al diario? ¿He de contar todo aún a riesgo de no saber que lo estoy contando todo? «Como Molloy, el personaje de Beckett, tuve de golpe la impresión de decir siempre demasiado o demasiado poco, de decir siempre demasiado creyendo decir demasiado poco o demasiado poco creyendo decir demasiado» (*Too late*, Mario Aznar).

Dejando atrás la duda cuantitativa, me interesa más lo cualitativo. Efectivamente, contar todo no implica únicamente la verdad: la falsedad (me atrevería a llamarla la unidad mínima de toda literatura) también entra dentro de ese todo que tenemos que contar por obligación. Además, sabemos que si a un número positivo lo pones en contacto con un número negativo, el primero adoptará la naturaleza del segundo.

Sábado, 18 de febrero

En *Los autonautas de la cosmopista*, Dunlop y Cortázar redefinen el tiempo y el espacio. Digo *redefinen* cuando en realidad quiero decir *cuestionan*, pero toda pregunta nace siempre de un profundo desacuerdo. Al parar en tantos parkings durante su viaje, el tiempo se congela y el espacio se expande. Esto, sin duda, ha de generar algún efecto en los viajeros, que ven «sucederse el paisaje para sentir la continuidad de nuestro movimiento», que dice Maribel Andrés Llamero.

«Citando a un filósofo indio que no nombra [...], dice: *Cuando se miran dos objetos separados, se empieza a observar el espacio entre los dos objetos, y se concentra la atención en ese espacio, entonces, en ese vacío entre los dos objetos, en un momento dado, se percibe la realidad*» (*Los autonautas de la cosmopista*, Dunlop y Cortázar).

Antes me dedicaba a la compra y reventa de libros para sacarme un dinerillo. No era gran cosa, pero todo sumaba. Compraba libros más o menos bien conservados y más o menos recientes en una tienda y los vendía en la de al lado. No tenía mucha ciencia. También he llegado a robar. De hecho, en la librería en la que trabajo actualmente, porque mi jefa es mala persona. He encontrado el único punto ciego que tienen las cámaras para meter los libros a la mochila. Realmente no se los robo a mi jefa, pues los compro a 25 céntimos el libro, igual que ella. Pero en teoría no debería poder comprarlos, pues no llegaría ningún libro bueno a los estantes. Muchos de los libros que compro o robo los ojeo

antes de revenderlos, lo que contribuye a humanizar el negocio. Por ello, muchos de los libros que me marcaron en primero de carrera no los recuerdo, pues no conservo libros de aquella época.

A veces me olvido que estoy escribiendo un diario. Igual que en la cita del filósofo indio, el 6 de agosto queda tan lejos ya que apenas puede verse. Y, como realmente este es un viaje sin un destino definido, tampoco puedo saber cuál será mi último horizonte. Quizás lo haya dejado atrás para siempre, hace poco. Igual es que tengo que volver como última misión, con la mirada renovada del que ha aprendido a mirar.

Gracias a la escritura del diario estoy empezando a percibir la realidad. Mi realidad. Las cosas que me importan, aquellas que quiero y necesito compartir. Lo que me quita y lo que me da sueño, lo que solo yo podría sentir o pensar, por sublime o banal que sea. Aquello que no cuento nunca o aquello que cuento siempre.

«¿Cuántas veces, bajo el efecto de la sorpresa, se pierde la verdadera sorpresa que ésta encierra? [...] ¿Pero quién nos dice que ese color, que es una sorpresa en sí misma, existe únicamente para alejar al espectador, por la sorpresa misma, de otra cosa, de una clave oculta en el interior de los pétalos, una belleza aún más grande protegida por un peldaño inferior del mismo fenómeno? Esa última mirada, ¿no hubiera debido excitar todavía más nuestra sed, en vez de saciarla? ¿O hay que aceptar ese género de belleza tal como se presenta, como si nada pudiera

sobrepasarla? No sabremos nunca si esa flor perfecta ocultaba una segunda todavía más maravillosa» (Dunlop y Cortázar).

Lunes, 20 de febrero

Qué sensación más odiosa la de estar leyendo una línea de una novela y, repentinamente, entrar en bucle, qué sensación más odiosa la de estar leyendo una línea y, al acabarla, entrar en bucle, qué sensación más odiosa la de estar leyendo una línea y, al acabarla, volverla a empezar de nuevo.

Martes, 21 de febrero

«Quiero escribir, pero todo lo que escribo resulta demasiado «abierto», no puedo publicarlo ni enseñarlo. La labor de un escritor es convertir lo personal en impersonal para que lo que era de uno pase a ser de todos, pero nada de lo que escribía en aquella época trascendía lo personal» (*El amor no muere*, Maitreyi Devi).

Miércoles, 29 de marzo

Mañana cierra el plazo para mandar la propuesta a la Fundación Antonio Gala. Todos los años sacan 18 plazas para creadores de todos los ámbitos y modalidades artísticas. La beca consiste en desarrollar un proyecto durante los ocho meses que dura la estancia en Córdoba. La semana pasada escribí el desarrollo del proyecto de un amigo pintor, pues el proyecto abstracto-figurativo que presentó es increíble, pero había que resaltar también sus años de trabajo por separado en la ilustración (tesis) y la

abstracción (antítesis). Hablo de Alex Martín Casey. Pasado, presente y futuro de la pintura abstracta.

Pues hoy me han dado ganas de mandar mi propuesta. Dada la conexión de mi proyecto *Cerrando sesión...* con el mítico poema *Amor.txt* de David Refoyo, al que conocí hace un par de semanas en Iguanas Vivas, le he pedido a él mi primera carta de recomendación, pues las valoran mucho para la candidatura. Como le mandé una breve selección de poemas que le interesaron, me he atrevido a pedírselo. Copio su carta a continuación:

“A los miembros del Patronato de la Fundación Antonio Gala:

Escribo estas líneas para recomendar el proyecto *Cerrando sesión* de Alejandro Fernández Bruña, un joven poeta que sabe dibujar con precisión los diferentes prismas que habitan entre el *yo real* y el *yo digital*, configurando una voz poética vanguardista e inquieta, también insólita, que busca reconocerse entre el excesivo ruido que aporta la tecnología indagando, para ello, en los mecanismos humanos para expresarlos, con claridad, desde el más radical presente.

En estos tiempos de cambio, de privacidades difusas y de cuerpos en permanente estado de alquiler es necesaria la mirada del poeta para nombrar aquello que no sabemos descifrar y levantar cercas que nos permitan comprender lo fugaz de la vida, la sobreeposición mediática y la digitalización, entre otros, del amor o la muerte.

Alejandro es buen conocedor de la poesía actual escrita en España y Sudamérica. Su labor al frente de Apostasía Revista Literaria y en la organización y coordinación de diferentes eventos al cobijo de la Universidad de Salamanca, dan cuenta de su espíritu creativo y dinámico, tratando de construir puentes que acerquen la poesía a la sociedad.

Yo también soy poeta, he publicado cinco libros de poesía y me considero un lector despierto, con un ojo puesto en quienes vienen, porque son ellos, los jóvenes poetas, quienes escribirán la auténtica poesía: sin complejos, sin academias, sin fórmulas preconcebidas e incluso, me atrevo a decir, con absoluta libertad.

Confío en el carácter creativo y de búsqueda permanente de nuevas voces de este Patronato para que ofrezcan a Alejandro Fernández Bruña la oportunidad de desarrollar su voz poética, una voz latente y en estado embrionario que, como lector y poeta, quisiera disfrutar en plenitud.

Agradezco profundamente su tiempo, con la esperanza de que consideren esta carta y el resto del proyecto presentado.

Se despide, con gratitud, su amigo David Refoyo.
En Zamora, a 29 de marzo de 2023”

Ha tardado poco más de dos horas en mandármela. Y dice que es la primera vez que escribe una, cosa que no entiendo ya que su obra es variada en cuanto a estilo, temas y editoriales. Cuando la he leído esta tarde me ha entrado un poco síndrome del impostor, pues no creo en mi proyecto tanto como David.

Ya con la primera carta de un autor validado y que ha publicado mucho (pero no demasiado) y bien a lo largo de los años, tenía que conseguir una de algún becado que hubiera sido residente en el pasado. Conozco personalmente a tres: Carla Nyman, Juan de Beatriz y María Domínguez del Castillo. Pero realmente Juan de Beatriz es el único que conoce mi proyecto y mi persona: no quiero cartas impersonales. Le he escrito y ha tenido que rechazar mi propuesta dolido, pues tiene el examen de la oposición el sábado. No tendría que habérselo propuesto tan

a última hora, pues intuía que iba a verse obligado a decirme que no. No hay carta de antiguo residente, por desgracia.

Por último, me faltaría una carta de recomendación del mundo académico salmantino. Inmediatamente pienso en Francisca Noguerol, pero hay un problema: su ámbito de estudio es la poesía y narrativa hispanoamericana del siglo XX, y además no te escribe una carta de recomendación sino que firma lo que tú quieras resaltar de tu obra, cosa que creo que se nota. Juan Antonio González Iglesias, María Ángeles Pérez López y Maribel Andrés Llamero son geniales, pero sus poéticas nada tienen que ver con las mías. El único académico al que me siento cercano es a mi tutor del TFG: Daniel Escandell Montiel. Y esa cercanía se debe, en parte, a la publicación de su libro *Mi avatar no me comprende: cartografías de la suplantación y el simulacro*. Pero no solo a eso. Nos unen circunstancias vitales, trayectorias similares y horizontes en común. Al de pocas horas de pedírsela la tenía en la bandeja de entrada. La transcribo a continuación:

“Estocolmo, a 30 de marzo de 2023

Estimados/as miembros del Patronato de la Fundación Antonio Gala:

Mi nombre es Daniel Escandell y soy profesor en el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca, y en el presente curso investigador invitado en la Universidad de Estocolmo. Alejandro Fernández Bruña ha cursado sus estudios universitarios en mi universidad, donde lo he conocido tanto en su desarrollo como estudiante (pues he sido el tutor de su trabajo de fin de grado) como en su vertiente más creativa.

Como estudiante, Alejandro ha evidenciado una destacada sensibilidad e inteligencia a la hora de leer e interpretar los movimientos literarios contemporáneos y tutorizar su TFG ha sido una experiencia positiva que ha alcanzado un resultado a todas luces sobresaliente. Sus estudios filológicos culminarán en tan solo unos meses y surge ante él la oportunidad de explorar territorios donde la creatividad es un valor en sí mismo, pero este proyecto para la Fundación se beneficia, sin duda, de su formación y experiencia.

Sin embargo, las inquietudes de Alejandro van mucho más allá. Ha tenido un papel muy activo en la vida cultural de la ciudad de Salamanca, liderando proyectos como la revista *Apostasía*, organizando encuentros y lecturas poéticas (con otros estudiantes, con docentes, y con autores de renombre), y ha explorado diferentes ámbitos de las industrias culturales consiguiendo con ello una experiencia no solo teórica, sino también real y laboral, inusual a su edad.

Esto avala no solo su capacidad para desarrollar sus objetivos, sino también para ayudar a crecer a quienes le rodean. Pocas cualidades pueden ser más valiosas que el deseo y la capacidad de impulsar a los otros.

Su proyecto está alineado con muchas de las características que definen a Alejandro. Es arriesgado y comprometido y no se pierde en lo simplemente esteticista para sumarse a la ola de experimentación a veces superficial más allá de lo formal que conlleva pensar en la literatura más rompedora. Como investigador que lleva ya casi veinte años trabajando en el espacio de la literatura digital y la identidad en sus múltiples formas, sé bien lo que digo, y en el caso de Alejandro explorar los impactos de esos frentes tan relevantes para nuestro mundo actual es un mérito y una propuesta que nace desde la reflexión y la inquietud creativa reales y honestas. La armonización de la búsqueda de la forma con el fondo es reflejo de su sensibilidad que se

muestra aquí ya no como estrictamente lectora, sino también desde la faceta de la creación.

Confío en que puedan valorar positivamente el proyecto presentado por Alejandro, así como a él mismo. Creo que el apoyo de la Fundación puede ser capital para él y su futuro, por supuesto, pero también creo que la promoción que cuente con él como compañero podrá beneficiarse enormemente de sus cualidades creativas y humanas.

Les agradezco el tiempo dedicado a leer estas líneas y el proyecto de Alejandro y quedo a su entera disposición para cualquier otro tipo de información que puedan necesitar”.

Viernes, 31 de marzo

Es de madrugada y aún no he escrito el desarrollo de mi proyecto. Es raro saber cómo te ven desde fuera. Estoy acostumbrado a no tener ningún tipo de *feedback*. Me refiero aquí a retroalimentación que contenga lenguaje explícito, porque hace tiempo que dar a *like* ya no es sinónimo de *me gusta*, sino de *te veo*. Estoy bloqueado. Ahora sé que mi propuesta es arriesgada, lo que es cierto. El lenguaje 2.0. ha pasado sin pena ni gloria por el panorama poético actual, pero creo que es porque siempre se ha usado desde la distancia y no desde la emoción, salvo en *Amor.txt*. Creo que es posible y necesario retomar ciertas derivas postpoéticas o postpostpoéticas.

Después de cinco horas escribiendo ya tengo al fin el desarrollo del proyecto, aunque aún tengo que imprimirla y enviarlo. Ocupa tres páginas que han sido escritas del tirón y corregidas poco a poco. Ha sido relativamente sencillo, pues llevo dando

vueltas a este poemario cerca de tres años. Lo difícil ha sido poner en palabras todo el torrente de ideas de los últimos años. Transcribo la propuesta a continuación:

“En los últimos años, la poesía se ha ido conformando como un espacio plural donde es difícil distinguir las distintas tendencias que se van acumulando y sucediendo. Y es que hoy en día no hay manifiestos: hay afinidades. Tampoco hay grupos o generaciones: hay comunidades. Esto genera un efecto muy positivo, que es el contacto constante entre personas de todas partes del espectro ideológico, cultural y social. Mi intención no es, por lo tanto, diferenciarme constantemente del resto, sino comprender qué hay de mí en todo lo que está sucediendo y se está escribiendo, porque todo está en todas las cosas: solo hay que saber mirar.

Considero, por ejemplo, que la aparición de ‘lo cursi’ y ‘lo excesivo’ tiene gran importancia para comprender la poesía actual. En este espacio poético podemos encontrar a Jvanpe Sánchez López, Javier Navarro Soto-Egea o Berta García Faet, la que puede considerarse precursora de esa defensa del diminutivo, de lo diminuto, de lo nimio, y que además lo defiende de una manera trivial, insignificante e intrascendente. Una defensa de situaciones, objetos y escenarios cotidianos que hasta entonces habían permanecido fuera de la literatura (pues el lenguaje crea realidad) por no ser consideradas como ‘literarios’ o ‘serios’, términos que habían ido de la mano hasta entonces. Me interesa mucho esta idea de ir contra la seriedad, pues creo que tiene asociada a ella ciertos conceptos rígidos que solo pueden ser superados mediante la frivolidad (¿nueva síntesis?). Recuperando la frase de Eloy Fernández Porta en *Afterpop: la literatura de la implosión mediática*: “no hay que ser frívolamente serios, sino seriamente frívolos”; porque, no nos engañemos, siempre que se intenta ser solemne se acaba pareciendo

superficial. Sucede algo parecido en el mundo del graffiti con el *anti-style*: para hacer algo bonito (en este caso, serio) solo hay que seguir una serie de normas al pie de la letra; pero para hacer algo frívolo hay que conocer dichas normas para revertirlas. Y no relaciono en ningún momento la frivolidad con lo *naïve*, pues es precisamente la seriedad la que engendra ingenuidad, que diría Pavese. Este escenario de absoluta libertad creativa me permite jugar con los conceptos asociados a la poesía más clásica, presentes en el estudio *Postpoesía* de Agustín Fernández Mallo.

Más allá de la inauguración de este nuevo jardín cursi y excesivo, recargado de gnomitos y plantas de colores chillones, yo quiero volver al campo que aparecía en la pantalla de inicio de Windows XP. Todo jardín es un bosque pactado, y yo lo que quiero es la colina de la imagen: sin vallas, territorios ni nada más que la línea del horizonte uniendo el verde del campo y el azul del cielo. ¿Y por qué cito la imagen de Windows XP y no la de Windows 11? Porque siento que no hay tantos ejemplos de poesía contemporánea que se fundamenten en emplear y (re)descubrir el lenguaje 2.0., no como único objetivo del proyecto, pero sí teniéndolo como un pilar fundamental del mismo. Pienso en el concepto de *tecnopoesía* de Juan de Beatriz como una poética parecida a la mía. La diferencia es que él toma a la posmodernidad como prehistoria, mientras que para mí está justo llegando al fin de su sesión. Por lo tanto, ya tengo un enfoque teórico y un tema o escenario: el juego postpoético y el lenguaje de la red.

A través de *Amor.txt* de David Refoyo comprendí (y sigo comprendiendo) que “la era de la comunicación no garantiza el contacto”, que la comunicación es (y seguirá siendo) una simple promesa sin más garantía que el sonido compartido de dos o más personas respirando a la vez. También encuentro entre sus versos esa aspiración y deseo mutuo de ir del mnsj crt al hipervínculo, de la intimidad más absoluta a la publicidad más

extrema: “Quiero huir del SMS / y recrearme en la tecnología 2.0”. Recrearse, regenerarse, reiniciarse después de una nueva actualización. Toda actualización implica un tiempo de espera largo mientras los cambios se van sucediendo detrás de esos tres puntos que se antojan eternos. “*No aceleres más*, dije / nada puede ir ya más rápido”, nos dice David Refoyo en *Amor.txt*. Pero es que la paciencia, la serenidad, la lentitud del liberto no están reñidas con la pantalla: hay en la web 2.0. espacios para la espera, la quietud y la paz. No todos los ejemplos postpoéticos han de ser estrictamente neoliberales (pienso en *Qué hubiese sido de mí sin los velociraptors* de Alejandro Pérez Paredes): hay hueco para otros discursos. Necesito, como Maribel Andrés Llamero, “ver sucederse el paisaje para sentir la continuidad / de nuestro movimiento”. Deseo volver a ver la realidad en CMYK, cambiar la hora del reloj manualmente, darle cuerda y ver cómo giran las manecillas para ser consciente de que el tiempo era solo otro modo de medir el tiempo.

También la asunción de esta concepción postpostpoética (si se me permite) surge como una respuesta personal a la ya histórica poética del cuerpo, presente aún en algunos poemarios, como pueden ser *San Lázaro* de Laura Rodríguez Díaz o *Todos los cuerpos el cuerpo* de Jesús Pacheco. Y, por supuesto, si hablamos de cuerpo hay que hablar de herida. Nos recuerda Ángela Segovia: “La joya de tu herida no la renuncies nunca, dijo mi madre una vez”. El dolor parece la puerta al cuerpo, pero solo hay una habitación vacía, una colección de cables sin enchufar y marcas en el suelo y en la pared del antiguo inquilino. La ausencia también tiene sus formas. A día de hoy sigo sin saber decir *cuerpo*, porque realmente no sé dónde empieza mi cuerpo ni dónde acaba el del otro. Por ende, mi (no)lugar está en otro sitio. Yo veo poesía en el lenguaje informático: en los cables, no en las venas; en el color #EB3B15, no en la sangre; en el puerto USB, no en la herida.

Estamos en una época en la que la poesía ya no es poética (o al menos no tiene por qué serlo). Pienso en *Duende* de Andrea Abello y en cómo su poemario ejemplifica lo que ella define como “el fin de la connotación”, lo que implica el cambio del sentido figurado al sentido literal. No puedo evitar conectarlo con lo que Carlos Catena llama en *Los días hábiles* “la caída de los símbolos”. Al final, como nos recuerda Agustín Fernández Mallo a través de las palabras de John Ashbery, la consecuencia es que “todo es superficie. La superficie es lo que hay allí / y sólo puede existir lo que hay allí”.

Por último, quisiera hacer una breve anotación respecto al título. “La acción de cerrar de sesión puede ser automática. En general, cuando transcurre un determinado período de tiempo sin actividad, la sesión se cierra automáticamente” (alegsa.com.ar). La posmodernidad (o cualquiera de sus infinitos nombres) lleva en *standby* desde hace tiempo, pero eso no implica el apagado total del sistema. En teoría, la sesión debería haberse cerrado por inactividad, pero por algún motivo no lo ha hecho. Por ello, hace falta iniciar sesión dentro de ella para poder cerrarla. “Una sesión también puede terminarse si el sistema de seguridad sospecha del usuario que ha iniciado sesión, especialmente si hace actividades fuera de lo normal” (*Diccionario de informática y tecnología*, alegsa.com.ar). Este poemario aspira a ser ese caballo de Troya o troyano”.

Si hubiese tenido más tiempo para reescribirlo habría cambiado ciertas cosas, como no pararme tanto en ‘lo cursi’, pues mi poemario no tiene mucho que ver con ello, y haberme parado, en cambio, más en lo postpoético y en el título. Pero bueno, ya está hecho. Hacía tiempo que no me presentaba a nada, pero me haría mucha ilusión que me seleccionaran.

Sábado, 1 de abril

Es la primera vez que transcribo las palabras de personas cercanas en el diario. Lo siento más diario que nunca. Pero no me acostumbro a contar las cosas que me pasan. Prefiero habitar en lo que pasaría. El condicional es el tiempo más sencillo en mi lenguaje: pura hipótesis.

«Hay personas que viven en gerundio, sabiendo y sufriendo a cada momento lo que hacen. Estas personas solo ‘son’. Hay también quienes viven en la cerrazón del participio y quienes habitan la indecisión y la posibilidad incategorizable del subjuntivo [...] Y luego están los que viven en infinitivo y no son nunca conscientes de lo que hacen porque sencillamente lo hacen: comer, mentir, morir. Son quienes dejan la tapa del váter levantada, el frigorífico abierto, las luces encendidas y las promesas sin cumplir. El infinitivo, no obstante, es de los que se comen el mundo sin hambre, por inercia, sin poder evitarlo. Y el mundo es suyo» (*Too late*, Mario Aznar).

Domingo, 2 de abril

Ayer fui a una charla entre Alejandro Simón Partal (he tenido que consultar el programa de mano) y Ángela Segovia, autora que sigo desde que leí su primer poemario *La curva se volvió barricada*. Ayer vino a hablar de *Las vitalidades*, su primer poemario con forma de novela. Les preguntaron a ambos cómo era pasar de la poesía a la novela, del verso a la línea y de la estrofa (aún) al párrafo. Ángela respondió que no había notado ninguna diferencia más allá de la forma: los estímulos, la

manera de afrontarlos y sus modos y espacios de escritura no se habían visto alterados.

En la sala de conferencias no había cobertura, no tenía la clave del WiFi (siempre el acceso a lo público tan difícil), no se escuchaba bien, un señor resoplaba todo el rato y la misma señora que se acabó quejando dijo que es una virtud hablar bajito siendo mujer. No molestes, no tosas, no te acerques demasiado ni te alejes demasiado, que te quiero *ahí*, no *aquí*, no *allí*.

Se mueve una silla porque alguien llega tarde, se cae un móvil, se mueve otra silla porque alguien se va pronto, cae el sonido, caen las palabras como cae un programa de mano al suelo (de canto, de canto). Todos cogieron un programa de mano pero lo tiraron a la salida como los folletos que regalan por la calle. O, en el mejor de los casos, lo guardarán para usarlo como un marcapáginas que quedará abandonado en algún libro perdido en la estantería. Un señor preguntó por un tal *yo* y por el porcentaje de autobiografía en sus obras. Se iba acercando el final de la charla. La sala estaba casi llena (o casi vacía) aunque no quedaban programas de mano. Había visto a gente coger más de uno viniendo sola.

Cerraron la puerta de emergencia para que nadie escapara. Es broma. En realidad estamos en Semana Santa y se colaba por la puerta el sonido de los tambores. Cómo a veces el ruido puede ser música por mera repetición.

Lunes, 3 de abril

En poesía, mucha gente confunde la voz poética con tener experiencias personales. Las experiencias personales las tenemos todos, nos guste o no. La voz poética no. La poesía también se está volviendo autobiográfica, llenándose de nombres propios y

lugares reales, pero lo autobiográfico no es una voz sino una forma.

Miércoles, 5 de abril

Vuelves a casa por semana santa. Siete horas de autobús. Lees *Los prodigiosos gatos monteses* de Rodrigo García Marina acordándote de las veces que te has arrodillado ante alguien o algo. ¿La sumisión es una forma de amor? No lo sabes, pero quizás sí que sea una forma de confianza. Una vez leíste que la genuflexión era el máximo gesto de sumisión en la antigüedad, pues al arrodillarse, el vasallo mostraba a su amo la nuca, uno de los puntos más débiles del ser humano en tiempo de espadas. Ahora no sabes cuál es el punto más débil del ser humano, si mostrar la nuca o abrirte de tripas corazón.

Despiertas en la cama en la que hace 8 años que no sueles despertarte. En lugar de recortes y dibujos ves tu foto de la comunión en la pared. Vaya cambio. Desayunas rápido, coges la bici y bajas a la calle. Recorres todos los kioscos de Algorta, Biarritz, Romo y Las Arenas buscando la revista en la que te han publicado un ensayo sobre *Estrella distante* de Bolaño. No sueles subir cosas de estas al feed de Instagram pero estas muy orgulloso del texto que escribiste hace un par de años (porque sabes, además, que tus textos envejecen mal).

Vas a una terraza desde la que se vea el mar, esto es indispensable, y le echas unas fotos para compartirlas en tus redes sin releer tu artículo. Esta bien así. Estaba bien así, al menos. Lees la revista en profundidad, como si alguien te estuviera mirando, mientras bebes lentamente tu vermut. Compartes tu texto en redes con gente que conoces pero también con gente que aún no conoces ni te conoce realmente. Probablemente por tu culpa,

porque últimamente no descubres nada, solo confirmas y re-nuevas tus viejos gustos.

Domingo, 9 de abril

Los hospitales comparten el ruido blanco con los edificios de Hacienda. Pero también la organización interna: mucho espacio libre (pues ambos edificios se hicieron para hacer esperar a grandes masas de gente), pasillos largos y sinuosos para sentir que queda menos para que te atiendan (si fuera una línea recta no se vería el final), cuerdas o cintas para separar, ordenar y dividir a las personas, la voz robótica que te llama por tu número (quise decir ‘nombre’ pero no pude)...

Un edificio que carece de ventanas, pero al que le sobran ventanillas en donde un cristal se interpone entre el funcionario y la persona. Preguntas catequéticas de sí/no. Sede del malentendimiento. *Bienvenido al paro, Alejandro.* Mientras me doy alta me fijo en una de las pocas ventanas que hay. Se ve la catedral de Salamanca de fondo. La cuerda que recoge la persiana parece un rosario.

Martes, 11 de abril

Día del Libro, aunque no he podido participar en la selección de títulos que han llevado los de Letras Corsarias esta mañana a la Plaza Mayor de Salamanca.

Casi dos semanas de pocas revelaciones. Reflexionando, me doy cuenta que los momentos de iluminación se corresponden a momentos en los que vimos por primera vez algo que siempre había estado allí. Por eso nos sentimos transformados, porque hemos puesto nombre a algo que ya existía más allá del

lenguaje. El problema es que al ser conscientes y nombrarlo, impedimos el cambio, deteniéndolo. Es como cerrar un caso policial y archivar todas las pruebas en un nombre hecho de siglas y números.

Lunes, 24 de abril

Son casi las doce de la noche. Me he pasado casi todo el día durmiendo. Lorazepam y *La forma de la multitud* de Agustín Fernández Mallo. Presento el libro junto al autor el próximo 17 de mayo en la librería Letras Corsarias. De todos los libros que he presentado es el más complejo. El autor también. Encima, al día siguiente tengo el último examen de la carrera. No sé cómo ha pasado el tiempo tan rápido desde septiembre.

También hay otras cosas que me quitan el sueño, pero son todas personales, de esas entradas típicas de un diario ausentes en la edición final, como que con veintiséis años sigo jugando a ser escritor y a comer del prestigio simbólico.

Martes, 25 de abril

Presento que voy a desaparecer por una temporada larga. Demasiadas obligaciones como editor, como amigo, como estudiante y, lo que es más importante, como hijo.

Además, desaparecer del texto tiene más implicaciones. No es únicamente dejar de escribir, es no tener tiempo ni fuerza para ello y, por ende, carecer de ese tiempo suspendido que confiere la literatura a la vida. Cuando vuelvo a escribir después de un tiempo sin hacerlo, siento que emerjo del interior de un túnel que solo soy capaz de ver una vez fuera. Aunque he necesitado recorrerlo a ciegas para comprenderlo de verdad, con las manos.

No me gusta hacerme de rogar: si me voy, me voy. Desde verano siempre he tenido este cuaderno cerca, menos en las fiestas y en algún viaje. Pero ahora toca meterlo en el cajón una temporada. Echaré de menos ver su tapa azul con la inscripción *Diario azul* escrito en un azul más oscuro. Cuánto azul en el cielo. Cuánto azul en el boli Bic, en mis sábanas, en la ropa tendida, en la agenda, en la pantalla del móvil, en el subrayador, en la almohada, en el despertador... Cuánto azul, cuánto azul en mis párpados. Cuánto... Cuánto... ¿Cuánto?

Domingo, 30 de abril

Dije que dejaría el diario una temporada, pero he vuelto a leer a Zambra. O mejor: dije que no escribiría durante una temporada pero esto no es escribir y esto no es un diario. O mejor aún: dije que no escribiría durante un tiempo y que metería el cuaderno en un cajón, pero lo he abierto buscando otra cosa (evento que no esperaba que sucediera) y no he podido resistirme. Todas las opciones son correctas. Aquí estoy de nuevo.

«Era imposible que no aprendiéramos algo, pero casi todo lo olvidábamos rápido y me temo que para siempre. Lo que aprendimos a la perfección, sin embargo, lo que nunca olvidaríamos, fue a copiar en las pruebas [...] Creo que gracias a la copia salimos un poco del individualismo y empezamos a convertirnos en una comunidad. Es triste decirlo de esta manera, pero copiar nos volvió solidarios. De vez en cuando nos invadía la culpa, la sensación de fraude, sobre todo de cara al futuro, pero prevalecían la indolencia y la frescura» (*Facsímil*, Alejandro Zambra).

Me vienen a la memoria todas las veces que copié en clase, como aquella primera vez en la que copié los Doce Apóstoles en un papel porque no sabía que había control. Creo que es un acto bastante egoísta, que tiene mucho de orgullo y de ego: no querer ser/parecer como los que suspenden a pesar de ser igual que ellos. Más allá de la negación de la propia ignorancia, también me preocupa la sensación de impostura que me ha generado en ocasiones. Soy consciente de que la capacidad de memorizar no hace mejor a nadie, pero yo he gozado de las mismas ventajas que ellos sin hacer méritos. Y como esas ventajas se basan precisamente en la meritocracia, siempre he tenido una sensación contradictoria. Aunque, no nos engañemos, siempre preferí invertir mi tiempo en pensar un nuevo modo de copiar antes que gastarlo en memorizar. Me parecía más inteligente guardar la información fuera que dentro. Aunque a día de hoy no conservo ninguno de esos papelitos, efímeros por definición. Tampoco creo que ninguno de mis compañeros se acuerde de los Doce Apóstoles. Lo mismo da.

Se podría decir que la vida es un proceso de refinamiento sobre cómo copiamos. Desde el nacimiento, imitamos lo que vemos porque carecemos de referencias, y no es hasta la adolescencia cuando comenzamos a filtrar y modificar el modo en que copiamos, seleccionando unos elementos y descartando otros. Pero nunca dejamos de copiar, aunque la gente (o incluso uno mismo) no se dé cuenta.

Evidentemente, por la naturaleza de este diario, se nota mi vocación por la copia y el apunte. Era muy feliz en clase copiando a la velocidad que hablara el profesor, igualando oralidad y escritura. Nunca supe fingir la oralidad en mis textos. Tenía que grabarme para luego transcribirlo. Creo que es un buen consejo,

pues el cerebro siempre está pensando en algo, aunque sea en lo bloqueado que estás y lo desgraciado que eres.

Miércoles, 3 de mayo

«Esperar también es una ocupación. Lo terrible es no esperar nada» (*El oficio de vivir*, Cesare Pavese).

La vida es hacer tiempo.

Viernes, 5 de mayo

Ayer por la noche me escribí en la mano una serie de tareas que debía cumplir hoy, pero no reconozco mi letra. Alguien me lo ha podido escribir mientras dormía perfectamente: he dormido con la ventana abierta. Pensar en esta posibilidad me produce escalofríos.

Llevo bloqueado ocho años, justo desde el día en que pensé que era un estado del que podría salir cuando quisiera (doble condicional: mal asunto). Aunque luego nunca he podido hacerlo. Esto es lo más sincero que he escrito nunca. Dejar de decir *mañana, futuro*. Debo dejar de proyectarme, de imaginar, de fantasear. Empezar a decir *hoy* y fracasar ya. Fracasar mejor, sí, pero hacerlo ya.

Se me mezclan los temas cuando escribo aquí, pues otras veces lo escribo en las notas del móvil para luego corregirlas después aquí. La expresión espontánea, no calculada. No tener tiempo para pensar las consecuencias a veces puede ser positivo.

No puedo dejar de escribir. Tampoco lo intento. Moriré aquí: escribiendo.

[el texto cambia de color: del azul al verde]

Martes, 16 de mayo

Este es el diario de un hombre solo. Un hombre que no se lee a sí mismo, que nunca vuelve atrás la página para seguir escribiendo, siempre hacia adelante, porque le da igual lo que escribe, solo necesita escribir.

Venir *aquí*, abrir este cuaderno azul por el que ya voy por la mitad para desentender las cosas. No vivo a gusto entre certezas, por lo que esta habitación blanca en la que estamos *ahora* es ideal para desmontar la realidad, mecánica inversa, verano eterno con el ruido del cortacésped colándose por el hueco que deja la ventana abierta.

Ya he tirado la basura, he limpiado el polvo, he cambiado las sábanas y ventilado la habitación: ahora puedo ver las cosas. Nada de lo que era antes es ahora. Mientes: nada de lo que era antes y carecía de anclaje es ahora. Te alegras, porque te reconoces en el orden de las sillas, en cómo apilas los libros cerca de la cama aunque nunca los uses (pero, ¿y si?), en cómo dispones el espacio, en cómo lo habitas.

En este diario-lo-que-sea la repetición aparece constantemente. Insisto: la repetición aparece constantemente. Repetición que en cada nueva vuelta incluye una pequeña diferencia. No hay dos copias iguales, porque hay cosas que no se pueden copiar: el trazo, el gesto. Ahora en mi casa hay cosas repetidas: dos toallas, dos cepillos de dientes, dos cuerpos, dos cuerpos, dos tazas con café, dos intimidades compartiendo la una con la

otra todo lo que tienen, sin miedo. Dos cuerpos, dos cuerpos. Creo que eso es el amor, entregarse al otro con los brazos abiertos en cruz.

Es de noche. Acabo de llegar a casa después de haberte acompañado a la estación. Me encanta poder dirigirme a ti aquí, haberte abierto las puertas de mi diario y darte esa segunda llave de la que hablaba al principio. Tengo pocas cosas, por eso siempre sé dónde está todo.

Este diario nunca volverá a ser lo mismo. Estás en todo lo que escribo.

He perdido pocas cosas en mi vida. Por eso me molesta mucho cuando ocurre, porque siempre pongo todo en el mismo sitio. Ahora mismo estoy perdido, fuera de mi lugar. Aún no reconozco este nuevo escenario tras la puerta, pero siento que ya he estado aquí antes.

Jueves, 18 de mayo

Desde que te conozco escribo en verde (tu color favorito) y tengo mejor letra.

Viernes, 19 de mayo

Últimamente solo leo lo que me pasas, porque me encanta mirar donde has mirado, pero creo que es bueno que mire otras cosas para luego compartirlas contigo. Me fascinas diariamente, y yo quiero hacer lo propio. Ser el interlocutor que deseas. Escribo tu nombre. Voy a leer *Una breve historia del jardín* de Gilles Clement. Escribo tu nombre de nuevo. Me recreo.

Sábado, 20 de mayo

Acabo de encontrar un diario incompleto (¿y cuál no lo es?) de hace tres años. Mi cerebro lo había eliminado por completo. Tiene un tono muy distinto a este, pero la estructura es similar, pues también se intercalan citas de mis lecturas de entonces con las supuestas entradas del diario. En lugar de hablar sobre otros diarios hablaba de listas sobre cómo escribir hechas por otros escritores. Tomaba desde la lista de *Perder teorías* de Enrique Vila-Matas hasta listas de diseño minimalista para adaptarlas, pasando incluso por la de Bukowski aunque sea barata y ridícula. Como su literatura. Ups.

Me gustan las listas porque:

- organizan toda la información de un solo vistazo,
- porque parece que solo existen los elementos que enumeres y que no importa ni se te olvida algo porque nadie lo notará,
- porque facilitan el trabajo al no tener que estar argumentando de mil maneras diferentes
- y porque hacen que me olvide del conjunto y preste atención a los detalles.

Todas las listas inauguran un mundo que ellas mismas concluyen. En el acto de empezar a enumerar va implícito el acabar de enumerar, bien porque no quedan más elementos observables (que no existentes) bien porque queremos dejar la lista incompleta. Aunque toda lista es incompleta por naturaleza. Carecemos de las herramientas del *big data*, por suerte. Aún cuento con los dedos.

Sábado, 20 de mayo (viaje)

Ayer estuve tomando una cerveza con mi amigo Fabio, editor de Delirio. Escribo ahora en tren camino a Madrid con mala letra¹⁵. No estoy acostumbrado a escribir en movimiento. Por eso la necesidad de inaugurar un cuaderno nuevo, que se escribirá cuando esté en movimiento, lejos del reposo desde el que suelo escribir, con un cenicero cualquiera (o un vaso vacío que cumpla su función) y mis libros de siempre a mano.

La conversación de ayer con Fabio fue importante. Lo sé porque gracias a él he adquirido una voz nueva. Tal fue la dislocación que sufrió ayer. Estábamos hablando de lo enamorado que estaba y que al día siguiente (o sea, hoy) iba a Madrid a verte. Me es difícil sacarte de mi escritura. Me hace muy feliz amar a alguien que no vive en Salamanca, porque últimamente no pasa nada. Quiero decir, pasan cosas, pero es como si no pasaran. Se organizan charlas, eventos, presentaciones, pero nadie va a ellas. A nadie le importa nada de lo que sucede en Salamanca. Aquí no hay futuro.

El nombre del bar en el que estuvimos ayer era ‘El otro lado’. Irónico, porque Salamanca está al otro lado de todo. Nunca a

¹⁵ «El tren es el medio de transporte literario por excelencia, si dejamos la droga aparte» (*Circular 22*, Vicente Luis Mora).

este lado, siempre en el lado equivocado: el otro. No obstante, no creo que me mude de Salamanca. Hay algo en ella... O alguien, más bien: Fabio, Rafa y Jorge. Porque el resto van y vienen, y las ciudades sabemos que las hacen sus habitantes y no las calles ni los parques. Hay algo bonito en el acto de quedarte donde fuiste feliz. Quizá también haya algo de negación, de no querer aceptar que las cosas no son como hace ocho años. Pocas cosas quedan del comienzo: mi letra redonda y mis ojeras de siempre.

¿Y cómo era yo hace ocho años? ¿Cómo me ha afectado Salamanca? Cuando llegué no tenía apenas barba, y ahora luzco un pequeño bigote que no me afeito porque mis amigos dicen que me queda bien, He perdido la ilusión en mi cara: ya no abro los ojos cuando me sorprendo, más bien los entorno, desconfiado, poniendo a prueba la validez y legitimidad de esa fascinación.

Fue importante la charla de ayer con Fabio, sí. Ver que más de 20 años editando después, la ciudad sigue igual que cuando no editaba. Es difícil cambiar las cosas aquí, sin nadie mirando.

Pero realmente yo no quiero ser mirado. Solo por ella. Solo por ti. Por eso quizás me guste Salamanca, porque fuera de ella nadie me conoce pero cuando voy paseando por Gran Vía siempre hay gente con la que me podría tomar un café. Me gusta mucho encontrar, pero también me da muchísima satisfacción que me encuentren.

Aun así, Salamanca se queda pequeña a no ser que tu trabajo tenga que ver con el mundo universitario. E incluso en ese caso se quedaría pequeña también. Tan cerca de Madrid (a dos horas en tren) y a la vez tan lejos. Todo en Salamanca se vuelve pequeño, todo lo que entra en esta ciudad pierde peso y volumen hasta morir de inanición o hasta aprender a vivir con lo justo y comer poco.

Es curioso que necesite irme de Salamanca para hablar de ella, pero cuando estoy allí todo es puro presente, no hay evocaciones ni prospecciones, solo un estricto mirar. Ni tan siquiera ser, tan difícil en estas calles estrechas.

Parece que la ciudad evoluciona lentamente pero el paisaje no cambia. Aumenta la población pero las calles siguen siendo estrechas y hay que andar esquivando gente siempre. Los estudiantes vienen y van y se vuelven a ir pero yo soy una piedra pesada en medio de un río, sintiendo cómo el agua se parte en dos para esquivarme y seguir su curso. Cambian las exposiciones del museo pero yo siento que todas las exposiciones son la misma (menos mal que soy de guardar los catálogos de las expos a las que voy y luego puedo comprobar que eran distintas finalmente). Cambian los profesores pero llevan con los mismos apuntes desde el siglo XX. Cuando lo último que ha investigado un académico ha sido en 2005 y desde entonces solo ha hecho revisiones de esa investigación, mala señal. Estamos literalmente al otro lado: al otro lado de lo que importa, de la literatura, de la belleza, del futuro. Somos una ciudad pasada, cuyo momento ya pasó. Y prefieren invertir en mantener el pasado antes que en crear futuro. Hasta que esto no cambie, nada sucederá.

No sabía que estaba tan desilusionado con Salamanca, pero tampoco lo había llevado a la escritura hasta ahora: nada más allá de un par de quejas cuando no hay nadie que conozcas de fiesta o cuando no hay público en un acto que organizas o en el que participas. Se me quitan las ganas de hacer algo en esta ciudad. Aunque me consuela pensar que sería así en cualquier otra ciudad. Salamanca es todas las ciudades.

Ahora mismo estoy en la librería con ella. Le he leído la parte de la entrada anterior en la que hablo de ella. Creo que debo ser uno de los pocos escritores que escribe sonriendo.

Me ha dicho que en toda la entrada hay un interlocutor externo, pues explico quiénes son mis amigos como si la persona que me leyera no me conociera. Pero lo realmente curioso es que cuando hablo de ella cambia la persona verbal, porque siempre que hablo de ella te hablo a ti. Se cuela en mis textos. Te cuelas, siempre, porque desde que te conocí nunca has dejado de estar conmigo.

También te has fijado en que escribo muy fuerte cuando escribo a mano. A ordenador acaricio las teclas como si fuera un piano, pero agarro el bolígrafo hasta cortarme la circulación del corazón (del dedo). Me agarro al boli, más que agarrarlo, porque es una especie de boyo que me mantiene a flote. Me cuesta escribir mucho tiempo seguido, porque se me cansa el brazo al hacer fuerza contra el folio y el antebrazo por apretar el boli entre los dedos. No recuerdo haber escrito de ninguna otra manera antes. Siempre he dejado una especie de relieve en los folios que he escrito.

No puedo compararte a nada. No te pareces a nadie que haya conocido antes. Ahora mismo estoy en la butaca de tu librería a dos metros de ti mientras hablas a unos clientes del fanzine más antiguo de España. Me acabo de enterar de esto. Me pasaría la vida escuchándote hablar.

Después de que salga de trabajar nos vamos al cine Doré a ver ‘Paris nous appartient’¹⁶. Es la primera vez que vamos juntos al cine. Nos quedan tantas cosas por hacer juntos por

¹⁶ Nunca fuimos al cine.

primera vez... Cierro los ojos y oigo cómo te mueves por la librería, el ruido de los libros siendo colocados en una estantería y el crujir del suelo de madera. Levanto la mirada del cuadernito y veo que me estás mirando. Sonrío instintivamente. Te miro de reojo para comprobar que sigues ahí. Sigues aquí.

Me he traído a Madrid 'Fragmentos de un discurso amoroso' de Barthes y 'El libro de todos los amores' de Agustín Fernández Mallo, porque son dos libros que había leído antes sin estar enamorado. Quiero leerlos ahora desde los ojos del enamorado, de alguien que ama y se sabe amado. Aunque, al tratar el amor desde un acercamiento teórico, me están resultando demasiado fríos. El amor de cada uno está en la mirada, no en la realidad externa, y por eso una realidad que es emocional para un autor puede resultar distante a mis ojos. Mi amor por ti está en todo lo que veo. Todo, absolutamente todo, se ha visto afectado por ti. Escribo más, trato mejor a mis amigos, quiero más a mi madre y pienso menos en la muerte. Creo que yo no me siento muerto en vida, como dicen muchos autores al describir su enamoramiento: se ven tan sobrepasados por la emoción que sienten una pequeña muerte en vida que los aleja irremediablemente de todo lo vivo. Pero yo me siento más unido que nunca a mi entorno: siento que estoy vivo en la muerte, que transito unos colores que nadie más puede ver. Igual que hace un mes mi vida era gris y no comprendía el color de otras personas, ahora no comprendo esta total ausencia de color en todo lo que no tiene que ver contigo.

Domingo, 21 de mayo (viaje)

Cielo nublado. Hoy conozco a los amigos de Alejandra. Quizá llueva. AEMET dice que entre las 11 y las 13 hay más de un 50%

de posibilidades que llueva. El resto de horas en torno a un 20%. Pero nunca llueve para siempre.

Nunca había inaugurado un sentimiento sin pensar en cuándo y cómo podría acabar. Ansiedad anticipatoria. Eso era antes. Intento imaginar una discusión con ella. Nada. Intento imaginarme un problema, pero la única imagen que acude a mi cabeza es ella y yo sentados en el sofá pensando en por qué motivos podríamos enfadarnos y acabar por darnos cuenta que no es tan fácil inventarte un problema.

Mi búsqueda en el amor ha concluido¹⁷.

Estoy volviendo de Madrid con Alejandra al lado. ¿Escribiría lo mismo si no estuviera aquí? ¿Y de la misma manera? La respuesta es sí, pues es mi interlocutora presente y ausente. Siempre hablo para ella, esté o no esté.

Me iba a leer una entrada de su diario, pero estaba terminando de escribir el párrafo anterior. Hago tiempo en lo que ella acaba de escribir algo que se le acaba de ocurrir ahora mismo. No quiero interrumpirla. El sonido de dos bolígrafos rasgando el papel a la vez. Yo en verde, ella en azul. Yo mirándola a ella mientras finjo que escribo: ella escribiendo de verdad.. Estás a mi lado. Eres. Eso basta.

¹⁷ Es duro pasar estas frases del cuaderno al Word, sobre todo porque ya no estamos juntos. Es como contemplar los restos de una ciudad totalmente abandonada. Solo se hacen visitas turísticas si se queda con el único guía que conoce la ciudad, un servidor.

Lunes, 22 de mayo

El miércoles pasado estuve en Letras Corsarias presentando el último libro publicado de Agustín Fernández Mallo, *La forma de la multitud*. Me pasa con todos los autores a los que he presentado: siento una distancia con ellos dado que los conozco antes a través del libro que en persona, donde luego confirmo o desmiento mis teorías. Siempre llevo todo escrito a las presentaciones, pero cada vez me doy más libertad para improvisar, para pensar en alto más allá del folio.

Releyendo el diario, cosa que hago desde que ella entró en él, me doy cuenta de que rara vez escribo en un día lo que ha pasado ese mismo día. Necesito un tiempo de asimilación, y eso depende de la intensidad emocional con la que haya vivido una determinada situación. Pero siempre hay un pequeño *delay* entre que experimento algo y lo escribo.

Sí que es verdad que si siento algo intento escribirlo en el momento, porque cuando lo dejo para luego no escribo desde la emoción, sino sobre la emoción. Pero lo curioso es que soy incapaz de escribir sobre algo que me haya pasado hoy. Me pasa como cuando leo en alto, que estoy tan atento a las formas, la pronunciación, la entonación, la respiración y la cadencia, que luego no soy capaz de hablar sobre lo que he leído.

Martes, 23 de mayo

Hoy he ido a vender libros. Los están tasando ahora mismo mientras yo hago tiempo en casa. Es duro este momento. Siento mi casa un poco más vacía, y eso que alguno de los libros seguro que vuelven a casa. Esos libros pródigos, que regresan después de haber sido descartados en la tasación, luego suelen ser mis favoritos. Me doy cuenta que en realidad no quiero

desprenderme de ellos. No entiendo este sentimiento, pero me gustan los libros rechazados, descartados, anotados, doblados, imperfectos, subrayados, dedicados, enfermos... De todo menos un libro mohoso: aquel que ha estado encerrado años en una caja. No hay salvación para esos libros.

Miércoles, 24 de mayo (viaje)

«Dentro de dos o tres años, podré hacer una novela. Gracias a este diario, empiezo a saber lo que hay en un día, en una semana, en varios meses.»

«Es horrible, por lo demás, comprobar que no hay nada. Conviene que se sepa.»

«Verlo estampado sobre el papel es como un decreto» (Henri Michaux, 'Ecuador. Diario de viaje').

Antes viajaba mucho solo, pero últimamente me da ansiedad verme en una ciudad que desconozco y, lo que es más importante, me desconoce. Acabo quedándome quieto en el bar de una plaza tranquila mirando cómo pasa el tiempo. Por eso me he traído para este viaje 'El paseo' de Walser, porque, como él, «si no paseo me muero».

«Un hombre negado para los viajes y para llevar un diario puntual ha compuesto este cuaderno de ruta. Pero, en el momento preciso de estampar la firma, siente súbitos temores y se arroja la primera piedra. Aquí está todo el busilis» (Henri Michaux, 'Ecuador. Diario de viaje').

Nunca había tenido una relación a distancia. Pero tampoco me había sentido nunca tan cerca de alguien. Si tuviera que hacer una dedicatoria sería: A ella, mi libro favorito¹⁸.

Jueves, 25 de mayo

Este es mi diario inmóvil, aquel que escribo tranquilo en la silla de escritorio de mi piso. Con buena letra, sin gente alrededor hablando por teléfono y sin el ruido y el traqueteo del tren. He visto necesario empezar un diario de viajes por dos motivos: porque el espacio de trabajo determina al texto y no se escribe igual en casa que fuera de ella, y porque me da miedo sacar este cuaderno azul de casa por si lo pierdo. Porque si me robaran la mochila, el cuaderno sería lo único que aparecería de vuelta.

Nunca he estado menos solo. Tengo que comprender la vida desde un nuevo lugar de enunciación: la ternura. Hace años que prefiero ser mejor persona que escritor. Quiero hacerme infinitamente pequeño, lejos de toda gravedad y afectación para quedarnos mirándonos a los ojos, sin lenguaje.

Jueves, 25 de mayo (viaje)

«¿Queréis que os sea franco? Tengo un buen mecanismo. Las impresiones más fuertes, las más vitales no me duran mucho tiempo. Las rechazo en provecho de las siguientes y las olvida, y lo mismo hago con las que vienen a continuación. Se dice que

¹⁸ Estoy sustituyendo su nombre por el pronombre de 3^a persona del singular. No es por venganza ni por querer borrarla de mi vida, es por no leer su nombre cada vez que abro el diario.

ya tengo mis años. Nunca he tenido en mi vida más de 15 días¹⁹. De un segundo a una quincena de días, ahí tenéis toda mi vida» (Henri Michaux, ‘Ecuador. Diario de viaje’).

Hay dos elementos que distinguen a un diario de viaje de uno normal: el movimiento y el desplazamiento. Movimiento en el sentido literal: el tren se mueve en mi regreso a Salamanca. Pero saberse en movimiento también condiciona un texto, no solo por la mala letra, sino también (y sobre todo) por el hecho de ver un paisaje en constante cambio. Después de casi una hora de estepa castellana y de ver cómo a un horizonte le sigue otro igual, cruzamos un pueblo entero en apenas un minuto. Todo se mueve, se sucede sin ningún cambio de fase. No hay relación entre los distintos elementos observados.

Otro factor importante es el sentirte desplazado, fuera de tu lugar habitual. Hablar desde otro sitio y atender a qué cosas se mantienen y cuáles se quedan atrás en la ciudad de origen. Yo amo en dos ciudades, escribo en dos ciudades, pero también lo hago en esa zona intermedia, pura transición, que es el viaje. Mi escritura es el resultado de intentar hacer del no-lugar un hogar. Lo estoy consiguiendo.

Cuando llegue a Salamanca escribiré en mi diario de siempre, aquel que no saco de casa por miedo a perderlo. De hecho, ese miedo es la causa de haber empezado este diario de viaje. Aunque, cuando lleve ya unas cuantas páginas escritas en este pequeño cuadernito negro, compraré otro diario que titularé ‘Nuevo diario de viaje para no perder el viejo’.

¹⁹ Volver a ver *15 días* de Rodrigo Cortés, un cortometraje increíble rodado en Salamanca.

Tengo muchas ganas de llegar a casa, de leer y escribir con buena letra. Apenas entiendo mi letra aquí. Pero qué más da, yo quiero escribir, no ser escritor, me recuerdo.

Viernes, 26 de mayo

Escribo con tanta presión que dejo relieve en el folio. Podría leer este diario con los ojos cerrados, solo con el tacto. «Grabar, rascar, esculpir, cavar en una piedra, en un papiro, en un papel, pero, en última instancia, escribir: es la única manera de eternizar la expresión» (Miguel Torga, *Diarios*).

Este fin de semana viene mi amigo Jon de Bilbao a verme a Salamanca. Fue el primero que vino a Salamanca y el primero en repetir en ocho años. La relación que tenemos es muy bonita. No nos une la literatura (por su culpa) ni el deporte (por la mía). Pero él me cuenta sus cosas y yo las mías, y nos escuchamos.

Nos une la levedad, pues creo que nunca nos hemos enfadado. Solo estamos juntos cuando queremos estarlo. Eso ayuda, no tener que quedar por obligación o por inercia. Pero también nos une la ternura, por el hecho de haber forjado una intimidad durante años, con un lenguaje interno, un tiempo propio y una aceptación real de nuestras limitaciones y excesos. Es uno de los pocos amigos a los que digo *te quiero*, porque es de los pocos con los que he logrado normalizar el quererse y decirlo. Qué egocéntrico. En realidad lo hemos logrado juntos.

Domingo, 28 de mayo

«El Paraíso, según San Mateo, es el lugar creado por Dios para los hombres y mujeres donde el dolor no existe y la felicidad reina para todos. El paraíso, según mi madre, es que al llegar a casa después del trabajo alguien te haya preparado algo de cena» (Pablo Gisbert, *Mierda bonita*).

Cuando la conocí y entró en mi diario, pensé en la posibilidad de empezar un nuevo cuaderno, separándolo así de este diario solitario. Pero no puedo. Mi amor por ella está en cada cosa que hago. Ya no soy un hombre que escribe. Soy un hombre enamorado.

Lunes, 29 de mayo

«No puedo escribir nada aparte de este diario. Todo se va al diablo porque cada día durante sus horas cometo el asesinato de mi propio tiempo. Tantos esfuerzos dedicados a la literatura y ella no es capaz de asegurarme hoy un mínimo de independencia material, ni siquiera un mínimo de dignidad personal. ¿Escritor? ¡Qué va! ¡Sobre el papel! En la vida, un cero, un ser mediocre. Si el destino me hubiese castigado por mis pecados, no protestaría. Pero yo he sido destruido por mis virtudes [...] Pero en este diario yo también anoto mi propia historia. Es decir, no lo que es importante para ella o para ustedes, sino para mí. Cada uno de estos monólogos me es necesario²⁰, cada uno de ellos me da un ligero impulso. ¿Les aburre mi historia? Si es así, sería la

²⁰ El monólogo es físicamente imposible. Siempre escribimos con un interlocutor en mente, lo que hace que sea un diálogo con una persona ausente, pero cuya ausencia ocupa un lugar real.

prueba de que no saben leer en ella su propia historia» (Witold Gombrowicz, *Diario*).

Martes, 30 de mayo

No sé cuándo acabaré este diario. Si seré capaz de darle un final, por efectista que este sea. Quizás lo mejor sea acabarlo cuando llene este cuaderno en el que escribo. Aunque queden cosas por decir, el material siempre impone sus limitaciones y posibilidades.

A lo mejor por eso escribo cada vez con la letra más pequeña. En la primera página de este diario hay 24 líneas. En las últimas páginas he contado en torno a 40. Me gusta ir haciéndome pequeño en la escritura. Desconfío mucho de la gente que escribe con una letra cada vez más grande. Yo vine a la literatura a desaparecer.

A Gombrowicz le pasa justo lo contrario que a mí, pues parece rehuir el fragmento. Todas sus entradas llegan a o superan el folio, lo que muestra una absoluta seguridad en sus escritos, en el desarrollo de sus ideas. El exilio polaco hace que el autor tenga que encerrarse en su literatura, escrita desde Argentina pero publicada en un periódico polaco. Pienso que esta distancia es idónea para el autor hasta cierto punto, pues para hablar de tu país es mejor hacerlo desde fuera. No obstante, el autor tiene una fe ciega en su escritura. Y no nos confundamos, no toda fe es ciega, pues los milagros han sido históricamente visuales: los panes y los peces, el agua y el vino, las llamas sobre las cabezas de los Apóstoles en Pentecostés, la subida a los cielos...

Puede ser que este sea el segundo diario que abandono, después del de Kafka. Aunque creo que es por motivos diferentes. Dejé el diario de Kafka a medias por su trivialidad, pues no era el suyo un diario de escritor, sino el diario de un ciudadano burgués con hipocondría y ansiedad social. Lo que hace en sus textos íntimos carece de interés para mí: es frío, distante y naturalista. Parece querer capturarlo todo sin ningún tipo de selección previa. Su diario es un registro de su vida, como si temiera que esta fuera a desaparecer al no escribirla.

A pesar de que tanto Kafka como Gombrowicz tienen en común la preocupación por el arte nacional judío o polaco, pesan más las diferencias. ¿La principal? Que el diario de Gombrowicz fue publicado por entregas en el periódico *Kultur*. Este hecho editorial condiciona toda la materialidad del diario, pues Gombrowicz escribe para toda una nación, la polaca, mientras que Kafka escribe estrictamente para sí mismo. Es cierto que Polonia solo hay una, pero también es cierto que funciona como un interlocutor colectivo: las entradas de su diario están plagadas de gente. La sensación que me produce es parecida a cuando voy paseando y sin querer me meto en una manifestación de la que no sé absolutamente nada y cuyos gritos y banderas me resultan totalmente ajenas.

«Basta por ahora, me duele ya la mano de tanto escribir» (*Diario*, Witold Gombrowicz).

Miércoles, 31 de mayo (viaje)

«No puedo desperdiciar ni espacio ni tiempo» (Robert Walser, ‘El paseo’).

Escribo ahora estando quieto. Estoy leyendo ‘El paseo’ de Walser y siento que estoy desplazándome por los mismos paisajes que el autor. De hecho, leer este libro está siendo el mejor paseo de los últimos meses.

No sé a qué grupo de paseantes pertenezco. Tampoco qué tipo de viajero soy. Soy de esos que al comienzo del viaje saca todos los libros que tiene en la mochila y no los usan en todo el viaje.

Se acaba de morir mi bolígrafo. Es como cuando reeditas un libro, que el color de la portada nunca es el mismo exactamente que el de la primera tirada. No hay dos tiradas igualas. No hay dos bolígrafos iguales. El azul de la tinta de los boli BIC nunca es el mismo. Hay infinitas razones: el papel tiene una humedad distinta, los niveles de tinta en máquina disminuyen paulatinamente, el archivo tiene un formato distinto... Y, sobre todo, el tiempo es distinto, que es lo que causa el desgaste de los elementos. No hay elementos constantes en la realidad: únicamente aparecen en el laboratorio.

No sé de qué estaba hablando, pero permitidme esta interrupción. Me tranquiliza mucho la idea de que no hay dos cosas iguales, aunque intentemos con todas nuestras fuerzas imitar a la perfección un objeto. La copia no existe. No puede existir. No debe existir.

Sábado, 3 de junio

«Un diario no es esto. Un diario es lo que escribió aquel inglés que, para que nadie lo leyera, se inventó una clave. ¡Lo que daría yo aquí si supiera escribir en cifra!» (*Diarrios*, Miguel Torga).

Vaya descubrimiento el *Diario* del portugués Miguel Torga. Hace unos meses fui a ver a Rafa a la librería y justo le llegó un paquete con unos cuantos ejemplares. No tuvo tiempo ni de introducir el libro en el sistema: ya tenía un ejemplar en mi mochila, en el compartimento donde guardo los libros que no quiero que se doblen. Todos los que trabajan en Letras Corsarias son grandes libreros: Rafa, Antonio, Guille, Mercedes y Miguel. Gracias a ellos (o por su culpa) mis estanterías están llenas de libros que me acompañan diariamente. Ahí descubrí a todos mis autores favoritos.

Ya no me interesa la ironía como un modo de implicar al lector haciéndole sentir inteligente, para que señale con la mano las distintas interferencias. Se han acabado ya los Grandes Irónicos: la gente los lee y los valora pero la Escuela de la Ironía tiene muy pocos alumnos y están a punto de cerrar por falta de financiación. Hace tiempo que sustituí la Ironía por la Ternura. No entiendo de mecanismos de implicación al lector. Simplemente escribo. Se acaba el folio. Suficiente²¹.

²¹ “El fin de la página marca a menudo para mí el fin de una idea” (Julio Ramón Rybeiro).

Domingo, 4 de junio

Últimamente me siento muy literal. Me cuesta hablar de las cosas siempre y cuando no sea de un modo directo. Digo muchas frases hechas que no añaden ni un ápice de información a lo que se ha dicho antes. Pero está bien, dedicarse a confirmar y reforzar a tu interlocutor, pues genera una confianza instantánea, ya que repito las palabras de la persona con la que hablo de otra manera.

Cada vez tengo menos ambiciones personales. Soy más feliz preocupándome por el resto que por mí mismo. Estoy hecho de pedazos de otros. Mis momentos más tristes coinciden (qué casualidad) con mis épocas de encierro. Aunque nunca he cortado mis vínculos del todo. Una neurona muere cuando pierde el último enlace que la une a la red neuronal de la que forma parte. Una vez se corta ese axón, la neurona implosiona y desaparece. Me da auténtico miedo ese escenario, pues una vez perdido todo contacto con el mundo, no hay vuelta atrás. No hay vida más allá de esta red. Muchas veces he rozado el límite, pero nunca lo he llegado a traspasar, porque, por muy débiles que sean los lazos que me mantienen unido a la vida, siempre hay gente sosteniéndome en silencio por detrás.

Si buscáis en este diario frases para subrayar, os recomiendo que dejéis de leerme. El tiempo es muy valioso y me sentiría mal si os lo sobara sin daros algo a cambio. Esto no es un diario de un escritor, no es un diario literario, ni un cuaderno, ni un dictario, ni unas memorias. Solo quiero decir cosas que la gente ya sepa, quiero sonar obvio, sincero, bajarme en el primer pensamiento que tenga de algo y no en el decimoquinto. «No tener opinión. Vivir feliz, con un bozal, como un perro en la vida» (Miguel Torga, *Diarrios*).

Pero no puedo. No nací para ser literal. Literalmente, claro. Basta. Es un buen final para hoy. Hay que saber cuando .

Lunes, 5 de junio

No tengo nada que decir. Al menos de momento. Solo esta necesidad de abrir el diario todos los días para sentir el paso del tiempo.

Martes, 6 de junio

«Es curioso cómo esta tradición nuestra de confesarnos no ha ayudado en nada a la técnica literaria de la confesión. Además, parece que el fenómeno es común en toda la catolicidad. Por lo menos así lo indica la penuria de los diarios íntimos escritos en países como España o Italia, donde la ortodoxia es más pura. No parece que exista allí una escritura diarística significativa. El caso de los místicos no puede tenerse en cuenta, porque sus transposiciones son apenas arrobo del alma» (Miguel Torga, *Diarios*).

Miércoles, 7 de junio

Sigo sin palabras. Día nublado. Esta tarde va a llover. Los pájaros están alterados y huele a humedad aunque las nubes sean aún de un gris muy claro. Va a oscurecer pronto. Esto no lo he leído en ningún sitio.

Ayer intenté escribir después de copiar alguna entrada de los diarios de Torga, pero me resultó imposible escribir después de él. Taché todo lo que escribí. No me molesta tanto por haber perdido un buen párrafo sino por haber malgastado media página de espacio. Tengo que escribir seguro, aprovechando el espacio. No debería escribir sin ganas.

Aun así, muchas veces me obligo a escribir, sin saber muy bien qué quiero decir o a dónde quiero llegar, esperando encontrar una sola frase que haga que valga la pena haberme levantado de la cama.. Solo quiero escribir cada día con la letra más pequeña, hasta que mi literatura no ocupe espacio alguno.

[el texto cambia de color: del azul al verde]

Jueves, 8 de junio

Apenas un mes después de haber empezado a escribir en verde, vuelvo al azul. En realidad, estaba empezando a desesperarme la claridad del verde, que me exigía escribir más fuerte. Ahora me canso menos y puedo escribir durante periodos de tiempo más largos.

Ella y yo ya no estamos juntos. Se ha acabado el amor de tanto imaginarlo. El verde era su color favorito, por eso volver al azul implica muchas cosas. No se me ha acabado la tinta del bolígrafo verde. De hecho, le queda mucha tinta aún para escribir cosas igual que me queda todavía mucho amor por darle. Solo falta encontrar la forma adecuada. Aunque ahora mismo no la tengo. Me da miedo que se seque el bolígrafo y no pueda escribir más con él en un futuro. Es el fin de la era verde.

AZUL SOBRE AZUL

Viernes, 9 de junio

Vuelvo a estar solo aquí, de nuevo. No hablaré para nadie más que para mí mismo. Me daba mucho miedo que entrara en este diario, pues nadie lo había leído antes. También es cierto que ni yo mismo me había leído hasta ahora. Creo que es mejor que siga sin leerme. No me quiero acordar de lo que dije, o si lo que digo ahora ya lo dije antes. Seguir hacia adelante sin hacerse demasiadas preguntas, no vaya a ser que acabe por encontrar, de milagro, alguna respuesta.

«Hemos nacido para buscar la verdad; poseerla corresponde a una potencia mayor» (Michel de Montaigne, *Ensayos*).

Sábado, 10 de junio

«Quien lea este *Diario* y se fije en las fechas seguramente se pre-guntará por qué hay tantos hiatos en la sucesión de días. Y la respuesta es sencilla: no tenía nada que decir. No se me ocurría

ninguna idea, no fui capaz de hacer ningún comentario, me quedé mudo ante el espectáculo insólito de la vida» (Miguel Torga, *Diarios*).

Lunes, 12 de junio (viaje)

Estoy en un autobús camino al centro de Salamanca, pues aún tengo que devolverle unos cuadernos a mi antigua jefa. Ahora ya no estoy saliendo con ella. También tengo que devolverle sus cosas, aunque no sé cuándo será porque dice que es mejor que no nos veamos. Quizá tenga razón.

No viajaré a Madrid por una temporada. Me conformaré con mis pequeños viajes en autobús por Salamanca. Mi línea es la 4: Los Toreses – Cementerio. Acaba de empezar a diluir. El ruido que hace la lluvia cayendo sobre la estructura metálica del autobús es atronador. La gente tiene que hablar alto para escucharse. Los pájaros, que hace un rato piaban caóticamente, se han callado de golpe. Solo el ruido que hacen los coches al pasar por los charcos.

Jueves, 15 de junio (viaje)

Estoy en Córdoba, en la Plaza de Jerónimo Paez, tomándome una Alhambra 1925 mientras suenan las campanas de las mezquitas de fondo. Demasiada claridad. Menos mal que me he traído las gafas de sol. La luz del sur duele con tantas casas blancas rebotando la luz.

Acabo de salir de la entrevista de la Fundación Antonio Gala. Todo ha ido según lo esperado. Creo que eso es bueno. Por primera vez en mi vida, lo que pensaba que podía ser quizás

coincida con lo que quería que sucediera. Tengo muy buenas impresiones, y la entrevista ha ido muy muy bien.

El año que viene puede que sea residente de la Fundación como poeta. ¿Realmente quiero esta oportunidad? ¿Y qué más da? No tengo otra opción. ¿Por qué no estoy ilusionado? Parece que la idea le atrae más a mi madre y a mis amigos que a mí. Supongo que para ellos es lo más cerca que he estado de ser escritor. No me quejo. Jugaría a ser escritor durante 8 meses, siguiendo una rutina que no tendría jamás fuera de Córdoba.

Parada en el Área de Servicio ‘Venta el Caldero’, entre Plasencia y Cáceres. Incapaz de mostrar alegría o tristeza. Es casi la una de la mañana. Siempre me he sentido más cercano a un camionero nocturno que a un escritor. Hoy tampoco es una excepción.

Prefiero viajar de noche a escribir de noche. Dicen que escribir es un modo de viajar, pero yo creo justo lo contrario, que escribir es un modo de quedarse en un sitio para siempre. De hecho, la escritura es la forma más perfecta de quietud.

Viernes, 16 de junio

Extraña forma de vida la literatura. Aunque los escritores somos los seres más simples sobre la faz de la tierra. Siempre regalándonos libros que hemos leído (o que nos gustaría leer pero no lo haremos jamás), compartiendo lecturas, enfrentando teorías,

comparando autores... Es como si ya hubiésemos asumido que no le importamos a nadie.

Nunca había tenido tan buena letra ni las líneas me habían salido tan rectas. Mi abuela estaría orgullosa de mí y de lo que me está pasando. Sé que si le hubiera contado un mes atrás que había echado la convocatoria, habría dicho: «Ay hijo, ojalámén²²» y hubiese puesto una fila entera de velas en la iglesia de San Felicísimo de Deusto.

Sábado, 17 de junio

Hoy he tenido una charla sobre edición en el marco del FACYL 23, el Festival Internacional de las Artes de Castilla y León, donde he compartido mesa e intenciones con Fabio de la Flor (Editorial Delirio), Carlos Rod (La uÑa rOtA), Inés Martín (Libero Editorial) y Vladimir Alvarado (Un camino de tierra en medio de la tierra). A continuación transcribo mi intervención:

«Hay cosas que solo suceden en las revistas», decía Calasso en *Cómo ordenar una biblioteca*. Ciertas normas transgredidas, una idea de cohesión textual más leve o simplemente diferente (dado el carácter orquestal de cada número), cierta libertad a la hora de no tener que pensar en colecciones y quizá también cierta magia en cómo se gesta cada número por la cantidad de voces que lo forman, generando así una conversación colectiva que va más allá del diálogo editor-autor. Sí, definitivamente hay cosas que solo suceden en las revistas.

Pero, y también definitivamente, hay cosas que solo se pueden materializar en un libro. Parece obvio decirlo, pero las

²² Mezcla perfecta del deseo de que suceda algo (*ojalá*) con la certeza de lo que ya ha sucedido (*amén*).

revistas nunca son para siempre. Nunca han sido para siempre. O no deberían serlo. Esa conversación colectiva que posibilita (e impone) el formato es generalmente superficial. No puede haber un conocimiento profundo de todos los autores que participan en una revista, dado que la regularidad de la publicación exige unos tiempos de cambio y renovación. Además, la mayoría de autores solo participa una vez en cada revista, pues gustamos mucho de eso de estar en muchos lugares a la vez.

Hay un momento en el que se hace necesario dar ese paso al mundo editorial, pues la revista es más difícil de distribuir, por lo general, y sus posibilidades son más limitadas. Muy poca gente (que yo conozca, ninguna) apuesta todo a una revista. Suelen ser proyectos secundarios, que se nutren de los autores y conexiones de los proyectos principales. Mario Aznar nos llama *proyectos kamikaze*.

Después de haber editado 12 fanzines, 5 revistas y 1 libro, veo que cada formato tiene en realidad su alcance y su gracia. No he explorado mucho las posibilidades del fanzine, pues el nuestro era siempre en tamaño A5 con una portada de cartulina a color y el texto interior en blanco y negro sin ninguna imagen. Muchas veces echo de menos ir a la fotocopistería a doblar y grapar fanzines. Cuando había un error era porque los había doblado mal o porque había puesto la grapa donde no era o porque había doblado al revés los folios y los textos no encajaban. Acabamos de recibir los ejemplares del número 17: el lomo no cuadra en el 50% de los números, el color azul que elegí cambia a lo largo de la tirada como si quedaran sin tinta rápidamente. Me siento muy lejano del proceso de creación.

Aunque también yo cometo errores cuando no centro bien un objeto (al no cambiar 'selección' por 'márgenes' o 'pliego'), cuando copio dos veces el mismo poema en dos páginas diferentes (al no haberle dado bien al ctrl + c y haber pegado de nuevo el texto anterior) o cuando pongo un nombre en la

contraportada cuando ese autor no participa ni en el número. El problema del error aquí es que lo ves cuando ya tienes 100 ejemplares en casa. En cambio, como el fanzine es más manual y se hace de uno en uno, se puede ver el error antes de imprimir todos. En cualquier caso, nunca me libro del error.

Ahora mismo estoy editando un libro para Delirio, pues quiero ver cómo es una casa editorial por dentro, y Fabio está teniendo la generosidad de mostrarme el funcionamiento de su casa. Ayer hablaba con un amigo sobre cómo serían, en caso de existir, las distintas casas editoriales. Delirio, sería claramente una casa cuadrada con jardines, habitaciones, muebles, cucharras y alfombras cuadradas. Todo en la casa sería cuadrado, menos los autores y el editor, que tienen las formas más diversas y colores generalmente únicos. La Uña Rota sería un complejo urbanístico donde cada casa tendría un diseño propio. Aunque es cierto que guardarían una gran unidad arquitectónica, generando tanto espacios privados como públicos. LiberoEditorial sería una casa baja, sin plantas ni distintos niveles, distribuida a lo largo del espacio. Espacios circulares y amplios, con mucho espacio para transitar por ellos. Y luego estaríamos Un camino de tierra en medio de la tierra y Apostasía, que serían hostales o una especie de *airbnbs* en donde los autores invitados conviven temporalmente en la casa con el inquilino o editor hasta que se van a otro *airbnb*. Todos, como autores, queremos una casa en la que quedarnos para siempre. De ahí esa búsqueda.

Por eso mi intención de crear una casa editorial. Probablemente sería alquilada, no tengo muchas cosas de mi propiedad, pero la decoraría personalmente, ofreciendo una habitación privada a cada autor dentro de ese espacio. Quiero alejarme de esa condición de hostal (u hotel, en el mejor de los casos), porque quiero que la gente se quede si quiere. Un hostal no es para siempre. Y, aunque haya cosas que solo sucedan en las revistas, una revista tampoco es para siempre.

Viernes, 23 de junio

«Ahora, en realidad, ¿qué es lo que quiero escribir? Me pregunto, ¿soy menos escritora de lo que solía ser? ¿Es mi necesidad de escribir menos urgente? ¿Me sigue pareciendo natural continuar con esta forma de expresión? ¿Ha sido suficiente el lenguaje? ¿Deseo algo más que relatar, que recordar, que tranquilizarme?» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Jueves, 6 de julio

He terminado de pasar a Word todo lo que llevo escrito del diario, hasta el pasado 23 de junio. Es la primera vez que he cobrado conciencia de cuánto llevo escrito. Y, lo que es más importante: el cómo. Veo varias voces presentes en este diario, cuando este debería tener una sola por definición. Pero esto no es un diario. ¿O sí? Quizá el diario sea únicamente la voluntad de tener una sola voz.

Todos los diarios que he leído hasta ahora, e intuyo que todos en general, tienen en común una sola cosa: en todos ellos hay una reflexión sobre la propia forma del diario. Sus posibilidades, sus limitaciones, las dudas que genera tal empresa, la inutilidad de unos textos sin receptor ni destinatario, como una ventana que no da a ningún lado o una puerta condenada. Sí, el diario es una puerta condenada que no conduce a ningún lugar, porque al arquitecto se le olvidó diseñarlo en los planos. El diario carece de diseño, de estilo: es el lugar cero de la escritura.

Viernes, 7 de julio

«Siento que me espera una nueva vida. Lo creo como lo he creído siempre. Sí, me llegará. Y todo irá bien» (*Diario*, Katherine Mansfield).

«Hoy he colocado una mesa en mi habitación, encarada a la pared, pero desde mi asiento veo los brotes más altos del almendro y se oye muy alto el ruido del mar. Sobre la mesa hay un jarrón con geranios preciosos. Nada más agradable que este rincón, y es tan silencioso y está tan alto, es como estar sentada en lo alto de un árbol. Creo que me será posible escribir aquí, sobre todo hacia el atardecer» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Sábado, 8 de julio

Me resulta tan estimulante el aburrimiento que sin él no sería capaz de escribir. Necesito largos periodos de inacción si quiero escribir algo decente. Como dice Katherine Mansfield el 10 de junio de 1919: «He descubierto que no puedo escribir y vivir a la vez»²³.

Me siento en las escaleras de la Facultad en la que comenzó todo hace ocho años, cuando comencé a escribir y a vivir de verdad. Yo nací a los dieciocho años. No sé cuántas veces habré entrado y salido por esta puerta, pero seguro que he salido más veces de las que he entrado. Esto que acabo de decir no tiene sentido, pero la escritura para mí es el lugar idóneo para

²³ «Una utopía recurrente en los escritores es escribir y vivir a la vez, un modo de ganar tiempo» (César Aira, *Las tres fechas*).

practicar lo imposible, para intentar no decir nada y que sea el lenguaje el que configure el significado. Dejarlo en otras manos que no sean las mías.

Quiero dejar de anotarlo todo. No quiero ser literal. «Quiero observarlo todo», como Woolf. Y ya está.

Domingo, 9 de julio (viaje)

Viajar es muy útil. Hace trabajar la imaginación. El resto no son sino decepciones y fatigas. Nuestro viaje es por entero imaginario. A esto se debe su fuerza.

Va de la vida a la muerte. Hombres, animales, ciudades y cosa, todo es imaginado. Es una novela, una simple historia ficticia. Lo dice Littré, que nunca se equivoca.

Y, además, todo el mundo puede hacer igual. Basta con cerrar los ojos.

Está del otro lado de la vida (Viaje al fin de la noche, Louis Ferdinand Céline).

Jueves, 13 de julio

Me resulta imposible no abrir este cuaderno todos los días. En el diario de Katherine Mansfield, uno de mis favoritos hasta ahora, hay entradas en las que únicamente se cuenta que no hay nada que contar. A mí, personalmente, no me gusta dejar constancia del fracaso más allá de la ausencia de todos los días en los que no escribí. Esa falta de entradas es mi derrota, pues todos los días abro este cuaderno, aunque no haya nada que contar. De hecho, son más las veces que callo que las que hablo.

Viernes, 14 de julio

«Me he pasado la mañana pensando y pensando, pero sin gran provecho. No se me ocurre por qué, pero mi inteligencia me abandona casi por completo cuando quiero bajar a la tierra. Estoy bien en las alturas. E incluso en mi cerebro, en mi cabeza, soy capaz de pensar y escribir maravillas. Maravillas, pero en el momento en que intento de verdad hacerlas bajar, fracaso miserablemente» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Domingo, 16 de junio

Creo que estoy sintiendo un cambio en mi forma de escribir, lo que responde, casi con total certeza, a un cambio en cómo miro el mundo. Aunque aún no tengo dónde mirar: no sé a qué objeto u objetos enfocar. Por el momento la escena entera está borrosa: apenas se pueden distinguir los colores y las formas.

Noto que me está cambiando la letra. Escribo más rápido. Rara vez tengo más de dos días para dedicarme a leer y escribir, y sabemos que la vida interrumpe el arte. Volveré a escribir con buena letra.

No me gusta escribir de noche. Pero me gusta menos no escribir nada. Ya no tengo tiempo para mí. Solo me quedan ratos libres entre las distintas cosas que hago, pero como estoy cansado por lo anterior o nervioso por lo siguiente, no me puedo concentrar en el presente. Más que *ratos libres*, son *ratos muertos*.

¿Alguna vez leerá esto una persona totalmente desconocida y ajena a mí? ¿Alguien que no me conozca de nada y que no tenga contexto con el que llenar las ausencias de este diario? Porque

todos los diarios se erigen sobre esos silencios. Tendrán que usar la ficción para completar esos huecos.

Lunes, 17 de julio

Mi nombre real es Alejandro Vargas Fernández, pero hace años que firmo con los apellidos de mi madre. Es una de las infinitas maneras que se me ocurrieron para matar a mi padre. Quizá la más elegante y la menos sangrienta.

Hubo un tiempo en que no me atrevía a eliminar el todo el apellido de mi padre de mi nombre, por lo que lo ocultaba detrás de una tímida consonante, firmando como Alejandro V. Fernández. Tampoco me lo había planteado seriamente. Pero un día empezó a molestarme la presencia de esa *V* y la acabé borrando. Era lo último que me quedaba de mi padre después del divorcio. No tengo ningún objeto que me recuerde a él ni ninguna fotografía en la que aparezca. Es como si nunca hubiera existido. Hay cosas de las que es mejor no hablar.

«Debo hacer otro esfuerzo inmediatamente. Tengo que volver a empezar. Tengo que intentar escribir de manera simple, plena, libre, con el corazón. *Calladamente*, sin importarme el éxito o el fracaso, tan solo siguiendo adelante» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Martes, 18 de julio (viaje)

He ordenado mis papeles. He roto y he destruido sin contemplaciones. Es siempre una gran satisfacción. Cada vez que me

preparo para un viaje me preparo como para la muerte. Dejo todo en orden por si no volviera nunca. Es lo que me ha enseñado la vida (*Diario*, Katherine Mansfield).

Miércoles, 19 de julio

He encargado un cuaderno nuevo. Es el mismo modelo que este, pero como ya no quedan en azul, he tenido que pedirlo en negro. Espero que mi escritura no experimente cambios por esto. No quiero que mi escritura cambie de color otra vez.

«Y todo esto suena muy agotador y serio. Pero ahora que lo he abordado, ha dejado de serlo. Me siento feliz en lo más profundo. Todo está bien» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Jueves, 20 de julio

Iba a retomar los diarios de Iñaki Uriarte por donde estaba el marcapáginas, pero como no recordaba nada, he releído las primeras treinta páginas. Después de terminar el diario de Mansfield, marcado por una enfermedad que será la constante del libro, me siento muy cómodo con Uriarte cuando dice: «Confirmo que la tranquilidad y la ausencia de dolores me llevan a una especie de pasividad estupenda. A tumbarme en el sofá, mirar el techo, las plantas, las moscas. Hoy ha brotado la primera flor en la buganvilla de la ventana». Y es que la ociosidad se lleva muy mal con la enfermedad. Yo nunca he estado enfermo de verdad. Para mí el silencio es una bendición. Para alguien

enfermo, en cambio, es un castigo, pues le deja a solas frente a su enfermedad.

¿Qué cosas debo contar *aquí*? ¿Las que no comprendo en absoluto? ¿O las que comprendo demasiado? ¿Es mi escritura un acto de aprendizaje o de desaprendizaje? ¿Un proceso aditivo o sustractivo? ¿Escribir es ganar narrativas o perder teorías?

En todas las narraciones hay un punto a partir del cual el autor deja de proponer nuevos caminos y empieza a retomar las que planteó al comienzo para ir concluyéndolas. En las buenas, al menos, sucede esto. He llegado a ese punto en el diario.

Me gusta el hecho de que en los diarios de Uriarte no estén explícitados los días. Esta carencia de marco temporal es interesante: a lo mejor él no quería sentir el paso de los días. Yo llevo este diario justo por lo contrario: porque es el único modo que tengo de percibir el paso del tiempo en estos días que se suceden unos iguales a otros.

Viernes, 21 de julio

Tenía que escribir algo al llegar a casa, pero se me ha olvidado. Quede constancia de esta ausencia. Lo siento.

Domingo, 23 de julio

«Repaso unos cuadernos viejos antes de tirarlos. Casi todo lo que apunté en ellos me parece ahora demasiado patético, ingenuo. Vulgares arrebatos del momento. Lo que me parecerá esto que escribo ahora dentro de diez años. Solo me reconozco en las citas. Sigo siendo el mismo que las apuntó entonces» (Diarios, Iñaki Uriarte).

Lunes, 24 de julio

Es evidente que tengo algún tipo de problema con el pasado. Nunca cierro un libro del todo. Siempre queda un marcapáginas al que acudir o alguna frase para recordar. Con la gente me sucede igual. Quiero a toda persona que me haya querido o me quiera querer. Supongo que debido a cierta ausencia de cariño infantil, lo busco ahora de adulto. Vivir se convierte en llenar los huecos de la infancia. No para reescribirla, sino para completarla.

Me siento menos escritor que nunca.

Jueves, 27 de julio

«Escribir aquí y leerme a mí mismo, dos narcisismos que no sé si serán buenos a la larga, pero que me sirven de momento» (Diarios, Iñaki Uriarte).

Viernes, 28 de julio

Juan de Valdés decía en su *Diálogo de la lengua* que él escribía como hablaba. Ciento es que se refería a que prefería usar el romance antes que el latín como lenguaje culto y medio de expresión literario, pero desde que escuché esa frase hace cinco años no se me ha quitado de la cabeza.

Yo no quiero escribir como hablo. Pero tampoco quiero hablar como escribo. Mi trabajo es otro, otra mi empresa. He de mantener alejadas la oralidad y la escritura, al menos como estructura. El día en que no haya diferencia alguna, dejaré de escribir. O de hablar.

«Comprendemos que, en realidad, el arte y la vida no debían ser mezcladas nunca, que el arte debía ser el sueño, inquietante o conciliador, de una cierta vigilia que sólo debía fantasear con la posibilidad de reunir arte y vida, y que si ambos no habían sido reunidos nunca era porque su reunión era un abismo al que era mejor no asomarse, y al que nosotros nos asomamos solo un palmo antes de retroceder espantados, comprendiendo, digo que la obra de Borrello solo podía terminar de la forma en que lo hizo o del modo en que los rumores decían que lo había hecho -ponía de manifiesto que Borrello había caminado por una vía estrecha, inclasificable, que tenía dos aceras, una en la que estaba el arte y otra en la que se encontraban la locura y la aniquilación, y que, exhausto, había caído en alguna de ellas, y luego había mirado hacia delante, hacia el fondo de la vía, y había descubierto que esa vía no tenía horizonte, que concluía en un telón que imitaba un horizonte y que detrás de ese telón sólo había una pared de roca sólida como aquella al pie de la cual lo encontraron, según me dijeron, o que había un desconocido que se

reía salvajemente de la ignorancia y la inocencia del caminante y tal vez solo había un espejo, un espejo en el que ni Borrello ni ninguna de nosotros hubiese querido mirarse nunca» (*No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles*, Patricio Pron).

Sábado, 29 de julio

En la vida, como en los videojuegos, hay puntos de control. Momentos donde se asegura todo lo conseguido hasta entonces. Esos puntos de control permiten no tener que volver a empezar desde cero si algo fallara: basta con retroceder hasta el último punto de control y volverlo a intentar. Creo que estoy llegando ahora mismo a un nuevo punto de control. Siento que todo lo que he hecho, dicho o pensado está presente en todas las acciones en las que he participado. No me queda nada más que decir. Por ahora, al menos.

Domingo, 30 de julio

«Dejó de escribir: ya no tenía nada que ocultar» (Cuadernos, Emil Cioran).

Lunes, 31 de julio

He comenzado a leer *Dos vidas* de Emanuele Trevi. Recuerdo que varias personas me recomendaron su lectura, pero pensaba que el libro no era para mí, ya que tengo gustos diferentes. Es muy distinto descubrir algo por cuenta propia a que te descubran algo por cuenta ajena. Sé que es injusto, pero necesito sentir que

llego a las cosas por mí mismo, con mis razones únicas e irrepetibles. Cuando alguien me dice que mire algo, lo que suelo percibir es su mirada y no lo que está mirando. Me planteo por qué está mirando eso y de qué manera lo hace. La mirada se superpone e imprima el objeto. Nada queda de un objeto cuando alguien a quien queremos lo señala: lo que quedará será esa escena en la que alguien intenta nombrar algo. Señalar es nombrar sin palabras.

«Era una de esas personas que están destinadas a parecerse, con el paso del tiempo, cada vez más a su nombre». No es lo mismo que te digan que leas esto a leerlo tú. Prefiero encontrarme las cosas. Puede parecer absurdo. No sé si tiene sentido. Disfruto los descubrimientos ajenos, pero para mí tienen un carácter secundario, pues no construyo sobre el terreno de otros. Lo visito encantado, incluso puedo residir durante largos períodos, pero nunca me quedo.

Sé que en alguna ocasión he dicho que mi interlocutora ideal es mi madre. Por eso hay cosas sobre las que jamás escribiré.

Día de limpieza y ordenar la casa. Tirar los papeles que he ido acumulando, fregar la pila de platos y cubiertos, barrer el tabaco del suelo y recoger los calcetines que he ido dejando desperdigados por la habitación. Aunque he cometido un error: confundir ordenar con rebuscar. Al poco tiempo, ha aparecido una carta suya. Es como un resto arqueológico, un trozo desgajado de la historia. Leerla es visitar una ciudad fantasma. No la transcribo aquí por respeto, pero me gustaría, porque fue muy importante para mí, aunque ahora no quede nada.

Martes, 1 de agosto

«Ya es hora de que empiece un nuevo diario» (*Diario*, Katherine Mansfield).

Hoy hace un año que empecé este diario. Me hubiese gustado acabarlo aquí, pero aún me queda espacio para escribir en este cuaderno. Sería un desperdicio no aprovecharlo.

Además, sería la primera vez que acabo un proyecto. Se me da muy bien imaginármelos y empezarlos, plantearlos, proyectarlos, pero rara vez acabo algo que he empezado. Me suelo aburrir antes. ¿Mi Obra? Una suma de proyectos inconclusos.

Creo firmemente en la necesidad de un final para poder avanzar (o retroceder, según) hacia lo siguiente (o anterior).

Miércoles, 2 de agosto (viaje)

Aunque mi cuerpo viaje, yo llevo 8 años atrapado en Salamanca. Mis ideas, mis deseos, mis sueños apenas han cambiado. Solo he cambiado yo, y me encuentro ahora en una situación que no me corresponde. Le correspondería a mi yo de hace ocho años. Tengo que aplicarme el IPC y actualizarme, pues para que algo cambie basta con permanecer igual. Lo estoy haciendo al revés.

Este diario de viajes, caracterizado en un principio por el movimiento y la mala letra, se está volviendo un diario de la quietud y la falta de movimiento. Escribir es lo más cercano a

viajar que puedo hacer ahora mismo. Me han quitado horas en el bar pero el turno partido no me permite que me mueva de la ciudad.

Todos los diarios llevan dentro de sí la imposibilidad de la intimidad que intentan practicar. Para no ir en contra de la tradición, este diario también debe escribirse desde la misma imposibilidad de moverse cuando uno quiere hacerlo, pero no puede.

Domingo, 6 de agosto

Le quedan unas veinte páginas en blanco a este cuaderno. No sé si hacer la letra más pequeña para atrasar la llegada de la última frase o si hacerla más grande para adelantar ese momento. Creo que ya sé cómo acabará este cuaderno. Ya tengo pensada la frase final, pero no es el momento. Todavía no.

Lunes, 7 de agosto

«Espero que funcione esta pluma. Sí, funciona» (*Diario*, Katherine Mansfield).

«Esta lapisera no es buena» (*Escribir en el agua*, Cartas [1930-1992], John Cage).

«¡¡ime cago en el bolígrafo!!» (*Diario de Nueva York*, Iván Zulueta).

«¡Qué mierda es esta pluma!» (Diarios, Byron).

«Furia repentina e incontrolada e inesperada -peligrosísima. Con este bolígrafo también puedo escribir» (*Cuadernos de trabajo*, Ingmar Bergman).

Martes, 8 de agosto

Me he dado cuenta que tengo la hora adelantada tanto en el despertador analógico que uso como en el teléfono móvil. No dejo la gestión del sueño a la tecnología. No quiero que sepan cuándo amanezco. Por este motivo siempre llego pronto a los sitios. Pensaba que era un rasgo importante de mi carácter ansioso y anticipatorio, pero solo se trataba de un error.

Jueves, 10 de agosto

Escribo para que no me importe si algún día me roban todos mis libros.

Acabo de terminar mi lectura de *Ayer*, de Juan Emar, con prólogo de Alejandro Zambra. Prologar a un autor es una manera de avalarlo, de darle una credibilidad de la que carecería sin ese prólogo. Esta novela representa todo lo que no busco en una narración. Personajes planos o nulos, sin una sola arista y siendo

la mujer una extensión del marido, cuya única función es repetir y aceptar lo que propone él. Desviaciones constantes sin ningún tipo de ritmo, rumbo ni horizonte, convirtiendo el texto en un vagar vacío, sin ningún lugar al que llegar. Imágenes dadaístas sin ningún tipo de significado real ni simbólico, metafórico o estructural. Ninguno de los elementos de la narración resulta imprescindible. Un final abrupto, que no se viene desarrollando paulatinamente mientras la cadena de hechos avanza, sino que aparece sin ningún tipo de construcción anticipatoria.

En resumen: escribir por escribir, sin ningún orden ni sentido. Antonio, librero de Letras Corsarias, dijo que le gustaba esa imaginación desbocada. Que hacía mucho que no leía nada así. Yo también hace tiempo que no leía nada así, pero ahora recuerdo por qué.

Sábado, 12 de agosto

Qué sensación tan extraña la de leer agendas antiguas. Son el registro del puro acto: análisis sangre, examen lengua, leer lecturas... Contienen siempre piezas de información breves, con un marcado sentido práctico: elegir lo que queremos recordar esa semana o mes. Lo que queda fuera de la agenda no ha sucedido en absoluto.

Domingo, 13 de agosto (viaje)

«Le dijeron a Sócrates que alguien no se había hecho en absoluto mejor con un viaje: Lo creo, respondió; se había llevado consigo» (Ensayos, Michel de Montaigne).

Lunes, 14 de agosto

Quise escribir una autobiografía, pero me salió un diario.

Domingo, 15 de agosto

Hoy he hecho la limpieza de mi habitación. Suelo hacerla cuando veo que algo no funciona en mi vida. Por eso reorganizo mi habitación semanalmente. Tengo la absurda esperanza de que cambiar lo que me rodea va a tener algún tipo de efecto en mi interior, aunque al final sigo estando igual de perdido en una casa que huele a limpio, ese olor que es ausencia de todo olor personal.

Hasta hace poco había tenido todo a la vista. Los libros apilados de mala manera, la ropa tirada en la silla, las fotocopias sin grapar y mal ordenadas sobre la mesa, las libretas desperdigadas por toda la habitación... Pero desde que empecé a escribir esta especie de diario he desarrollado un miedo extraño a la exposición (paradójicamente). Me he hecho amigo los cajones y las baldas. Cuando dejamos las cosas al aire libre cogen polvo.

Miércoles, 16 de agosto

«Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda su verdad natural; y este hombre seré yo» (*Confesiones*, Rousseau)

«Quiero que me vean en mi manera de ser simple, natural y común, sin estudio ni artificio. Porque me pinto a mí mismo» (Ensayos, Montaigne).

Jueves, 17 de agosto

Últimamente tacho más de lo que escribo. ¿Cómo puede ser eso? Todo me parece un garabato, un ‘rasgo irregular’, un trazo inconcluso y dudoso. Es más, es pintar la pura duda. Nunca concluir, solo esbozar. El equivalente lingüístico sería el balbuceo, esas ‘primeras manifestaciones’ orales a caballo entre el ruido (pura inarticulación) y el lenguaje (sistema articulado por antonomasia).

Me da mucha inseguridad mi poemario *Cerrando sesión*, pues los poemas que lo constituyen fueron escritos hace más de un año. Ahora me siento en otro lugar, escribiendo con otra letra. Me interesa mucho la *postpoesía* de Fernández Mallo, porque convierte la poesía en lo poético. El proceso causante es interesante, pues hay un primer movimiento de adjetivación del sustantivo, lo que lo obliga a posponerse y generar un nuevo sustantivo que precederá a lo poético. Así, en el caso de Mallo tendríamos una especie de ‘teoría poética’. En el caso de Maribel Andrés Llamero tendríamos una *tradición poética*. Berta García Faet sería una *oralidad poética* y así cuantas combinaciones se quiera. Mi problema es doble. Por un lado, carezco de sustantivo. Y por el otro, el adjetivo pospuesto *poético* se halla yuxtapuesto detrás de otros adjetivos desconocidos. *Poético* sería el último adjetivo de una larga lista de adjetivos que aún desconozco. Andrea Abello decía que la poesía ya no es poética. Pero a lo que se refería es que apenas se escribe *poesía poética*, redundante, antigua, cacofónica, vacía y gris. La poesía (como todos los géneros) será híbrida o no será.

Sábado, 19 de agosto

«A veces no soy como el que escribe estas páginas. Incluso me produce extrañeza su autor. Pero releo algo de lo que dice y ya puedo seguir hablando como él» (Diarios, Iñaki Uriarte).

Lunes, 21 de agosto

He estado escuchando una entrevista que hicieron a Iñaki Uriarte hace casi un año para esRadio. El programa se llama *A media voz*, nombre que me parece idóneo para un invitado que empezó a escribir en voz baja, a sus cincuenta y pico años, después de abandonar su labor de crítico en diversos medios por aburrimiento. Sé que hay más gente de su estirpe, pero es la única persona que conozco que ha pasado de la crítica a la creación.

Uriarte dejó de escribir sus diarios cuando vio publicado el primero de los tres tomos: siempre es difícil hacer pública una literatura privada por naturaleza, pues pensamos que, al hablar-nos a nosotros mismos, nadie podría entender o comulgar con ese lenguaje íntimo. Aunque sucede justo lo contrario.

El autor admite que siente una especie de pudor al seguir escribiendo sus diarios, pues su timidez le provoca miedo de hablar ante muchos, ante una audiencia invisible que juzga igual que habla el autor: a media voz (sino en silencio).

A mí me pasó algo parecido cuando pasé las entradas de este cuaderno al ordenador, hace cosa de un mes. No estoy nada acostumbrado a leerme, pues yo escribo por el placer de escribir, sin tener por qué enfrentarme luego a esa obligación tediosa que es el corregir. Me gustaría decir, como Montaigne, que yo

añado, no corrijo. Pero ni siquiera eso. No tengo otro modo de comprender la realidad: necesito escribir para sentirme útil²⁴.

De entrada, escribo rodeado de todos los autores que he leído y que leeré, e incluso de aquellos que no leeré nunca. No hablamos igual solos que en compañía, y yo nunca he sabido ser mi propio interlocutor: siempre he vivido para otros. Y de salida, este diario está repleto de explicaciones y aclaraciones, por lo que, claramente, hay muchas personas en mis textos. Aunque, voces, solo hay una: la mía.

Miércoles, 23 de agosto

Estoy buscando libros de segunda mano en Vinted. Los únicos diarios que he encontrado son los siguientes: *Diario de Greg*, *Diario de Anna Frank*, *Diario de invierno* de Paul Auster, *El diario de Jack el Destripador*, el Diario de Kurt Cobain, el *Diario de un skin*, el *Diario de una ninfómana*, *El Diario de Bridget Jones*, el *Diario de un poeta recién casado* de Juan Ramón Jiménez, el *Diario de Nikki*, el *Diario de una sumisa*, el diario del *Viaje a Italia* de Goethe, el *Diario de J. S. Mill*, el *Diario de Bolivia* del Che, el *Diario de André Gidé*, el *Diario secreto de Ana Bolena*, *Diario de un seductor* de Kierkegaard, los *Diarios de Galeazzo Ciano*, los *Diarios de Arcadí Espada*, *España en los diarios de mi vejez* de Ernesto Sábato, *Los diarios de Emilio Renzi*, parte de los diarios de Wittgenstein y los *Diarios de Lord Byron*. No hay ninguno más. He llegado hasta el fondo del algoritmo. No se puede bajar más. No me he comprado ninguno al final.

²⁴ Me hubiese gustado decir *feliz* en vez de *útil*, pero no me sale. Hay ciertas palabras que no sé pronunciar.

Jueves, 24 de agosto (viaje)

«Dice Ostiz en su diario que lo que busca en sus frecuentes viajes, antes que ver cosas, es un estado de ánimo más alto, más alegre y más vivo. Dice que el sedentarismo induce a la rumia y los estados depresivos. Supongo que tiene razón. Lo fundamental de cualquier viaje es escapar del lugar donde te encuentras» (Diarios, Iñaki Uriarte).

Viernes, 25 de agosto

«Ya llevo diez años con este diario. Hay días en que pienso que podría dejarlo, pero creo que se ha convertido en una adicción. Según Lejeune, existen autores de diarios que el 1 de enero queman lo escrito el año anterior. Los entiendo. Yo tomo estas notas con la certeza de que luego eliminaré gran parte de ellas. A menudo se dice que nadie escribe para no ser leído. Esto es falso. Somos muchos los que a veces escribimos solo para ordenar nuestros pensamientos, guardar memoria de algo, calmar los nervios, o por mil otras razones que no tienen nada que ver con la ambición de ser leídos. Probablemente entre los diaristas neuróticos somos mayoría» (Diarios, Iñaki Uriarte).

Miércoles, 30 de agosto

La semana pasada fue mi última semana de trabajo en el bar. Desde el pasado domingo me encuentro bastante triste. Me cuesta mucho irme de los sitios. Pero era necesario. Y lo sigue siendo, me repito de vez en cuando. Necesitaba descansar. Tener tiempo para no hacer nada, es decir, para practicar la nada. Pero también echaré de menos a mis compañeros de trabajo,

ahora amigos, y a los que alguna vez fueron clientes, ahora colegas y personas con sus aristas y dobleces²⁵. Me es muy fácil generar lazos con las personas. Igual de fácil que perderlos.

Me pasa que mis amistades son geográficas, que dependen totalmente del territorio que habitan. No sé mantener una relación activa con alguien que no esté en mi misma ciudad, lo que no quiere decir que la intensidad de la amistad mengüe durante la ausencia. Es más como un estado de pausa: cuando le doy al *play* de nuevo, después de meses de inactividad, continúo por donde lo había dejado aunque el tiempo externo haya avanzado.

«Creo que llevar un diario es una actividad documental. Encuentro en este formato una tensión atractiva entre libertad y estructura. La forma permite escribir lo que sea y como sea (incluso listas) pero dentro de un marco. El sistema genera contexto. Además, este sistema tiene relación directa con el tiempo. Los días se convierten en unidades de sentido. Aparecen referencias cronológicas. El tiempo (cronológico o no) organiza la forma. Como en la música o en el cine» (*El libro de las fuerzas*, Julián Galay).

Esta es la primera vez que tengo un contexto para escribir, por pobre que sea. No sé caracterizar personajes, pero sí puedo ser mi propio personaje y dedicarme a registrar mis acciones. No sé reflejar los distintos registros lingüísticos de las personas, pero sí los míos. Se me da muy mal hacer una estructura temporal

²⁵ Antes me acordaba de la gente por lo que bebía. «Hoy ha venido Carla». «¿Quién?». «Areúcas Coca Cola Zero sin fruta». «Ahhh, la amiga de JB con Red Bull con un solo hielo, ¿no?».

coherente y proporcionada, pero sé muy bien que un año son solo 365 días. No sé dividir las narraciones en capítulos pero sé lo que dura un día. No sé lo que es el estilo, pero sí que cada día lo que escribo se parece más a lo que pienso.

Jueves, 31 de agosto

Se me está acabando la tinta del bolígrafo azul con el que empecé el diario. Llevo algo más de un año sin pasar por una papelería, pero confío en que me aguante hasta el final de este cuaderno.

Cada vez compro libros de una manera más compulsiva. En teoría debería ser al revés, pues se supone que con el paso del tiempo el gusto se va afinando. No es mi caso. Me compré el diario de Edouard Levé sin saber que no se refería al tipo de diario que me interesaba, sino a un periódico. No volveré a comprarme un libro sin abrirlo y hojearlo antes. Tampoco haré caso cuando un amigo me recomiende su libro favorito. Por el contrario, si mi amigo cree que a mí me gustará un libro que él aburrió, lo leeré con gusto. Soy más reacio a leer textos admirados y queridos por mis amigos, por si a mí no me gustan o no les encuentro valor literario. Otra cosa es su valor histórico, su valor documental, su valor lingüístico... Aunque, lo peor que podría pasar, poniéndonos serios, es que nos gustara a ambos.

Viernes, 1 de septiembre

No siempre escribimos lo que nos gustaría leer, pues, de ser así, solo nos leeríamos a nosotros mismos. Me parece complicado (si no imposible) que el estilo coincida con el gusto. Pero tampoco leo a todas horas aquellos textos que me gustaría escribir.

El estilo ha de nutrirse de nuestros gustos. Igual de peligroso sería solo tener un gusto como tenerlos todos, que sería lo mismo que no tener ninguno.

Aunque prefiera mucho antes leer un diario a un cuaderno, a mí me sale este último género, ya que me cuesta incluirme en mis textos, conjugar los verbos, registrar y generar acciones. Me encuentro más cómodo en la impersonalidad de un cuaderno de apuntes, donde el nombre del autor (o del responsable, más bien, pues la mayoría son citas de otros) solo aparece en la portada o en la primera página, por si se perdiera.

Sábado, 2 de septiembre

«El papel del poeta no es probar, sino afirmar sin suministrar ninguna de las pruebas embarazosas que posee y de las que sabe su afirmación» (*Opio*, Jean Cocteau). Por ese mismo motivo, dirá más adelante que «el poeta no pide ninguna admiración; quiere ser creído». Un poemario (por lo general) no lleva bibliografía: y todos podrían llevarla. Pero el poeta no quiere ser preguntado, no quiere demostrar. Tan solo quiere mostrar.

«Porque soy un mero matemático, un perseguidor de conexiones y un recolector de pruebas» (*Circular 22*, Vicente Luis Mora).

Podría asegurar que Mauricio Wacquez, el traductor de *Opio* para Bruguera, ha leído *El libro del desasosiego* de Pessoa. La expresión «tránsito brutal del interior al exterior», extraída del escritor portugués, me parece demasiado compleja como para

que aparezca en dos lugares distintos. Quizá fue Cocteau el que leyó a Pessoa. O al revés.

«En esta época ingrata me gustaría escribir un libro de gratitud. Entre otros perfeccionamientos que me aportó Gidé, estuvo el de cambiarme la letra. Por estupidez de extremada juventud, me había confeccionado una letra peculiar. Esta falsa letra, reveladora para un grafólogo, me falseaba hasta el alma. Cerraba con un pequeño rizo la gran vuelta de mis *j* mayúsculas. Un día en que Gidé salía de mi casa, me dijo en la puerta, conteniendo su apuro: ‘Le aconsejo que simplifique sus jotas’.

Comencé a comprender la gloria lastimosa que se funda sobre la juventud y sobre el brío. La ablación de aquel rizo me salvó. Intenté recuperar mi verdadera letra y, mediante ella, rescaté la naturalidad que había perdido» (*Opio*, Jean Cocteau).

Pienso, leyendo este texto, que si alguna vez diera un consejo, lo daría también justo antes de irme. No por evitar una posible conversación incómoda, que también, sino por procurarle a mi amigo una situación en la que él fuera la medida de todas las cosas. El que pregunta y el que responde ha de ser la misma persona.

También pienso en cómo sería el análisis de un grafólogo de mi diario. ¿Qué diría del progresivo empequeñecimiento de mi letra? ¿Qué diría del exceso de presión que ejerzo con el bolígrafo? ¿Diría que tacho mucho, poco, o que estoy en la media? ¿Repararía en el orden de las líneas y en el hecho de que no sé escribir torcido?

Según la escuela simbólica, mi escritura es directa, pues la inicial de mi letra es corta, lo que indica que la decisión es más breve (no se duda al escribir). Como la parte final de mis letras son cortas o nulas, indicaría una voluntad de control y perfeccionamiento por mi parte, pues suelto el bolígrafo cuando no hay nada que escribir, no lo dejo correr. El cuerpo de mi caligrafía reflejaría una evidente timidez, dado el pequeño tamaño del mismo, pero también revelaría una rapidez del pensamiento, un ansia por escribir más en una determinada cantidad de tiempo. El estrechamiento de las crestas indica una falta brutal de imaginación y/o entusiasmo, con especial énfasis en el carácter. Por último, el pie estrecho de mis letras indicaría una censura moral que está reprimiendo el deseo sexual del autor, o sea, yo. En cuanto a mi distribución clara y lineal, indica un predominio de la razón, claridad de espíritu, equilibrio, sencillez y rectitud. Aunque la irregularidad y la rapidez de mi escritura (propia de un temperamento nervioso) indica sensibilidad al entorno, juicio rápido e intuitivo.

Tampoco hago demasiado caso de este análisis, pues si el cuaderno fuera tamaño A4 en lugar de A5 mi letra no sería tan pequeña, pues sería imposible llenarlo. También he observado una cosa curiosa. Cuando escribo mis textos, lo hago siempre en una letra minúscula. Pero cuando copio citas de otros escribo en una letra normal (enorme en comparación con esta). Supongo que esto también significará algo. Todo significa, queramos o no. Lejos queda mi deseo de ser literal.

Domingo, 3 de septiembre

Si no tuviera libros en casa, no sabría qué hacer con tanto espacio. No tengo nada más para poner sobre la estantería. Probablemente las dejaría vacías o exhibiría algún recuerdo en forma

de pequeño objeto. ¿Podría soportar el vacío de mis estantes o los tendría que llenar a toda costa? El horror vacui del mobiliario. Qué gran tema.

Lunes, 4 de septiembre

Con el paso del tiempo recuerdo que esto no es un diario. Si yo fuera editor de este texto, lo llamaría ‘cuadernos’ y no ‘diarios’, sin duda. Aunque no tendría tanto tirón. Es cierto que constan todas las fechas en las que se escribieron las entradas, pero son pocas o nulas las menciones a sucesos contemporáneos. Es más, como autor descarto todas aquellas ideas que vengan de mi entorno más cercano. No es que borre todos los nombres de personas, calles o ciudades: es que no los llevo a escribir.

Como que Getxo es un buen lugar para vagabundear, dados los infinitos miradores que hay orientados a la playa. En cambio, en Salamanca apenas hay parques. Ni fuentes. Lo que complica un poco la estancia. Getxo entero es una zona verde. Aunque, ahora que lo pienso, la lluvia del norte impide el buen descanso en zonas abiertas.

O como que ayer por la noche pasé por delante del kioskero de mi barrio, que también vende libros, y tuve que encender el flash del móvil para ver los libros del escaparate, pues no hay dinero para dejarlo iluminado toda la noche. A su lado, una franquicia de perfumes iluminaba toda la parte correspondiente de su acera. Da igual qué franquicia fuera. Son todas la misma. En general, todos somos el mismo sustantivo, a falta de un adjetivo que nos matice y distinga.

O como que, nadie sabe por qué, los jubilados prefieren acostarse temprano para pasear por la mañana en lugar de hacerse con las calles de noche. Serían completamente suyas. Los

jóvenes ya no las reclamamos. Nadie las reclama. Y los cajeros están disponibles 24 horas al día para actualizar las cartillas.

O como que he vuelto a casa y me he dado cuenta que hasta ahora no tenía a nadie que me mandara a comprar el pan. Soy feliz, literalmente, con un pan debajo del brazo.

O como que he comprado esta mañana *El Cultural* yendo en contra de una de las pocas normas que tengo: no usar versalitas, no hablar gritando, no comprar suplementos culturales. Porque sé cómo hacer tanto una buena reseña como una reseña rápida. Y en los suplementos abundan más de las segundas. Hacen de la casualidad un juicio y de la despreocupación una estética. No hay frases memorables en una reseña. Esas las dejan para sus propios textos de creación, lo que revela una terrible despreocupación por la Crítica por parte de los críticos.

O como que he ido al kioskero de mi barrio a comprarme un libro (*Te di mis ojos y miraste las tinieblas*, de Irene Solà) y me he escondido el ejemplar de *El Cultural* debajo de la chaqueta porque me daba vergüenza que viera que le he puesto los cuernos.

O como que la sociedad del espectáculo ha conseguido que actuemos como si estuviéramos siendo grabados en primer plano. Pero nadie está viendo esa película, ni siquiera tú.

O como que estoy mental y anímicamente destrozado después de haber trabajado tres meses como camarero y que tengo el filtro de la escritura roto. No sé qué escribir y qué no. Porque ya no, ya no quiero registrar todo.

O como que en casa de mi madre mi cepillo de dientes es el único que está separado del resto, en un vaso en el que solo está mi cepillo. Ni siquiera comparte espacio con la pasta de dientes. El otro vaso está lleno. Realmente no hay hueco para mí aquí. He de tener un vaso propio.

O como que no me gusta hablar de mí mismo pero en esta enumeración hay más verdad que en el resto del diario. No quiero

conjugar el verbo en 1^a persona del singular. Quisiera hablar en infinitivo, como en las agendas.

O como que no hago excesivas alusiones al presente porque eso solo tiene valor cuando se lee muchos años después, cosa que no va a suceder.

O como que no hablo de la naturaleza verde de los bosques, sino de la gris de la ciudad. Un pájaro es un pájaro. Un árbol me sigue pareciendo un árbol, por mucho que lo mire. En cambio, ver cómo se enciende una farola o asistir al momento en el que se activan los aspersores son imágenes bellísimas que no sucederán jamás en un bosque. Una ciudad sigue siendo una ciudad, pero aquí me refiero a *la ciudad*, conjunto y síntesis de todas las ciudades.

O como que me aburre, en general, dedicarle mi tiempo y mi lenguaje escrito a todo este tipo de pensamientos y situaciones que constantemente pasan por mi cabeza. Que no quiero ser literal. Que quiero ser literario. Que siempre lo quise.

Martes, 5 de septiembre

Me estoy empezando a cansar del azul del bolígrafo.

Miércoles, 6 de septiembre

«Quizá a quien lea esto le sorprenda mi silencio sobre mi vida íntima. Hay una razón ética. Tras haber leído muchos diarios, autobiografías, autoficciones y libros de memorias, he llegado a la conclusión de que el silencio es la única e incontrovertible muestra de respeto absoluto hacia la otra persona, que quizás no quiera, o no quiso, aparecer aquí, o que quizás no siempre quiera. No hay, por tanto, olvido; lo que hay es salvaguardia, respeto,

puesta a salvo, garantía de cuidado» (*Circular 22*, Vicente Luis Mora).

Es raro, pero el paseo no me está dando ningún fruto últimamente. Ningún texto que llevarme a la boca. Estoy frente al mar escuchando cómo rompen las olas y me doy cuenta que no sé pensar la naturaleza. Y que cuando digo que no quiero es porque en realidad no sé.

Creo que estoy enfocando mal el tema de la naturaleza. No debería pensarla como algo autónomo. Preguntas como ‘¿qué significa un árbol?’ o ‘¿qué significa el mar?’ serían preguntas de tipo simbólico, propias del surrealismo del siglo pasado. No me interesan ese tipo de asociaciones plásticas: prefiero las conceptuales. Estas respuestas pueden producir imágenes o metáforas, pero rara vez generan ideas o conceptos, materia prima de este diario. No considero un concepto la explicación de tal asociación.

El camino correcto, creo, es pensarse en la naturaleza, incluyéndome en ella como sujeto activo. No enfocar un escenario vacío desde la oscuridad de un patio de butacas, pues no he pagado ninguna entrada, sino ver el escenario desde el escenario, desde la luz de las tablas, cegado, en parte, por la intensidad de los focos (lo que oculta al público y la oscuridad del patio de butacas). Ser el actor y no el director, pues tampoco nadie me está pagando nada (como a la mayoría de actores).

Sigo sin saber cuál puede ser mi relación con la naturaleza, más allá de algunos estampados con flores que llevo en algunas camisas.

Cuando trabajaba en el bar, pasaba todos los días por el mismo parque al volver a casa (los caminos del ir y del volver son distintos). Sobre las cinco de la mañana, después de haber

limpiado el bar y rellenado las cámaras y botelleros, se escuchaba en ese parque el murmullo de unos pájaros. Sin detenerme a mirar, me dedicaba a escucharlos mientras atravesaba la hierba. Ese murmullo, al que no puedo llamar canto porque era ruido sin ningún tipo de armonía, no era un símbolo de nada. Simplemente me gustaba escucharlo, formaba parte de mi paisaje y me alegraba la vuelta a casa²⁶.

Poco antes de venir a Bilbao pasé por ese mismo parque, pero esta vez era de día. Me paré a escuchar el murmullo de los pájaros, pero no se escuchaba nada. Sería por la diferencia horaria. Quizás fueran aves nocturnas, quién sabe. Me fijé en las copas de los árboles, ahora iluminados por el sol y movidas por el viento, y vi una mancha negra en el tronco de alguno de los árboles. Me fui acercando para ver qué era, y cuando estaba justo debajo de uno de ellos, no podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Un altavoz. El mismo que durante las madrugadas emitía el murmullo que yo escuchaba, que resultó ser una grabación del depredador natural del estornino, que poblaba antes ese parque. ¿Esto es natural? ¿Una naturaleza simulada, quizá? Nos vamos aproximando.

Los caminos de la escritura son imprevisibles. El día que me siente a escribir y acabe escribiendo lo que tenía pensado, dejaré de hacerlo. «Cuando el párrafo anterior se haya convertido en verdad permanente, la escritura dejará de ser necesaria» (*Diarrios reunidos*, Chantal Maillard).

²⁶ La sensación de pertenencia a una ciudad se basa en las repeticiones: zonas comunes, los bares de siempre, mismas rutinas...

Volviendo al tema del paseo. Vicente Luis Mora no se identifica con la figura del turista ni del viajero, sino con el nómada. A mí, en cambio, me gusta dormir todas las noches en la misma cama. Además, estas categorías solo se aplican cuando estás fuera de casa.

Me interesan más las categorías de flâneur o paseante. Aunque, bien mirado, hoy deberíamos hablar de peatones, ¿no? El peatón como un flâneur atrapado entre las distintas señales de la ciudad. Acabaremos por tener un camino para nosotros, como los coches. Pero más estrecho y con más flechas, como el recorrido de Ikea, del que no puedes salirte.

Creo que el peligro para el peatón contemporáneo es no perderse con tanta señal, que no se le olvide el motivo por el que bajaba a la calle, que vaya a donde quiera ir y no donde quieran las señales. Porque, no nos engañemos, las señales (más allá de las de tráfico) están puestas por alguien y para algo. Negar u obviar esto sería ingenuo. Por eso solo hago caso a una de cada tres señales que veo. Stop²⁷.

Jueves, 7 de septiembre

«Hojeé algunas entradas del año posterior a la pandemia y comprobé con cierta irritación que tengo pensamientos recurrentes, ideas fijas que, sin embargo, parecen originales cuando me llegan. Es como si hubiera escrito antes esto mismo que ahora redacto» (*Circular 22*, Vicente Luis Mora).

²⁷ “Una ciudad sin señalética sería un laberinto perfecto, dijo el loco” (*Circular 22*, Vicente Luis Mora).

Sábado, 9 de septiembre (viaje)

Hacía tiempo que no viajaba. El autobús está medio vacío, y los pocos que viajamos estamos del lado de la ventana. Nadie elige el pasillo voluntariamente. No voy a Donosti. Vuelvo a Donosti, como todo el que ha estado alguna vez allí.

De paseo al Peine de los Vientos, encuentro por el camino una escultura en miniatura de Chillida. No lleva leyenda ni ninguna clase de placa identificativa. Pero se sabe que es suya. De quién si no.

Me siento en La Perla, el bar que está situado en medio de la Playa de la Concha. Escribo en este diario A6 con la esperanza de que aparezca Iñaki Uriarte, rezando para que esté en Donosti y no en Benidorm.

Claramente, no apareció.

Lunes, 11 de septiembre (viaje)

Amanezco en Sanlúcar de Barrameda, en la casa de mi amigo Juan de Beatriz. ¿Por qué sigo escribiendo el apellido de mis amigos si, en teoría, soy el único interlocutor y destinatario del diario? Sea como fuere, escribo su apellido por si alguien quiere buscarlo en Google. Nadie, absolutamente nadie escribe en un diario con buena letra si nadie lo va a leer.

Compro el primero de los tres tomos de los diarios de Chirbes y le pregunto al librero si tiene algún diario más. Poco de pendiente y le digo que el de Anna Frank no, señalándolo con el

dedo en el expositor de DeBolsillo. Me dice: «Ya, ya lo sé». No sé qué imagen proyecto, pero, por lo visto, no tengo cara de leer a Anna Frank.

Empieza a rebuscar entre las ediciones de Impedimenta, Sexto Piso, Nórdica, Anagrama y entre los distintos Seix Barral, Acantilados y Alfaguara repartidos por el local. Nada. Aún así, me sorprende la selección editorial de la librería.

Vuelvo al mostrador y me dice que diarios no tiene, pero que sí que tiene agendas vacías para que yo escriba. Me quedo sorprendido. ¿Estaba diciendo que pusiera un poquito de orden en mi vida? Pienso que quizás sea esa la diferencia entre una agenda y un diario: la mala letra. Una agenda sí que está escrita para uno mismo. Una vez más, no sé qué imagen proyecto, pero por lo visto la de un escritor que habla para sí. Os puedo asegurar que no es cierto. Si no, no escribiría (si escribiera).

Martes, 12 de septiembre (viaje)

Son las nueve de la mañana en el museo de Bellas Artes de Sevilla. Fuera de este edificio, no sé qué hora es. Entrar en un museo es parar el tiempo.

Todos los guardias del museo están sentados en sus sillas, mirando el móvil. Soy el primer visitante del día. La chica de la entrada me dice que la mayoría de cuadros expuestos fueron en su día encargos de iglesias, conventos y otras instituciones católicas. Demasiadas imágenes religiosas. Me empieza a picar el cuerpo.

En los cuadros, Dios está en todos lados: en las columnas, en el color de las telas, la posición de las manos y los objetos que albergan... Todo significa algo, pero es necesario conocer el código para distinguir a San Mateo de San Lucas. Qué agobio.

Cuando salgo, el tiempo se reanuda. Las personas siguen caminando donde las dejé al entrar. Las conversaciones continúan, no empiezan. La vida sigue su curso.

Me siento un cateto cuando viajo. He necesitado salir de casa para darme cuenta. Está bien. No tengo muchas ciudades con las que comparar el lugar a donde voy. Esta sensación sería más fuerte si viajara fuera. Cómo comparar Salamanca con París. Aún París, que diría Piglia.

Pero creo que es importante viajar. Aunque sea al pueblo de al lado. El viaje permite que te alejes de tus problemas más cercanos, aquellos problemas contextuales, generados por o en tu entorno. Es ahí donde descubres cuáles son tus verdaderos problemas, aquellos que te llevas a cuestas, como un caracol. Si no te mueves no puedes sentir el peso de tu caparazón.

Mirando a una chica sonreír pienso que la escritura es un gesto consciente. La escritura no es una sonrisa, no se nos escapa. Tampoco se nos cae.

Voy de camino al aeropuerto de Sevilla en autobús. Durante el trayecto me fijo en el interior de los coches que nos adelantan por la izquierda. Las caras de los conductores y sus

acompañantes son de incomodidad. Me provoca la misma sensación de voyeurismo que cuando miro a través de la ventana de una casa.

Ya en la cafetería del aeropuerto. La única que hay antes de los controles de seguridad. Me doy cuenta de que los precios desorbitados no se deben a la calidad de la comida. Tampoco a lo acogedor del sitio o a la comodidad de su mobiliario. Ni a la rapidez del servicio. Los precios altos se deben a que estas sentado en una terraza de un bar dentro de un aeropuerto, que es crear un espacio dentro de otro. Sus leyes confluyen y se confunden.

La napolitana está seca y dura pero contemplo a todos los que hacen cola desde un lugar privilegiado: un espacio real dentro de un no-lugar. Finalmente, se imponen las normas del no-lugar: no puedo fumar, aunque esté en una terraza.

El aeropuerto de Sevilla está construido sobre unos arcos circulares que interseccionan entre sí, dividiendo el espacio en dos galerías. Los sonidos se amortiguan gracias a la extraña acústica del lugar. Parece que alguien ha bajado el volumen al mínimo. Las conversaciones que se mantienen a escasos dos metros de mí parecen de otro lugar. Incluso de otro tiempo.

El estilo es la cristalización de todos nuestros traumas.

Los lugares en los que la gente es capaz de leer revelan mucha información sobre su escritura. Soy incapaz de leer en un bar. ¿Ergo mi poesía no es ruidosa ni verborreica? Pero sí que puedo leer en un aeropuerto. ¿Ergo mi escritura es aséptica? ¿Ordenada, quizá?

Miércoles, 13 de septiembre

Después de buscar en todas las librerías, papelerías y locales dedicados a la venta de cualquier artículo de oficina, puedo afirmar que ya no existen más cuadernos azules como este en el que escribo. Tenía que haber comprado más en su día. Ya no se fabrican más ni tampoco queda ninguno en ningún sitio. No existen.

Dije hace tiempo (soy consciente) que ya me había comprado el mismo modelo de cuaderno en negro. Y que había aceptado la imposibilidad de escribir siempre desde el mismo lugar. Pero mentí. Nunca dejé de buscar el cuaderno azul en cada librería a la que entraba. Pero ya es hora de ir abandonando el azul. Así, en gerundio, poco a poco, para aprovechar las pocas páginas que le quedan a este cuaderno. Esta entrada está escrita con la mejor letra que he hecho nunca: decidida, redondeada, pausada, con unas líneas tan rectas que alguien podría decir que uso un guáburros. Pero no. El orden y la rectitud vienen de dentro. Casi ni reconozco mi letra.

Viernes, 15 de septiembre

«¿Por qué tener pudor también aquí en la intimidad de un cuaderno escrito para nadie? ¿Es que se puede escribir para uno mismo? Me digo que sí, que se puede escribir para recordar y

comprenderse uno mismo, pero no acabo de creérmelo del todo. Entonces, ¿pienso que estos cuadernos acabará leyéndolos alguien que no sea yo?» (*Diarios I y II*, Rafael Chirbes).

Sábado, 16 de septiembre

Para ser buen escritor es imprescindible caminar despacio, sentir cómo se van sucediendo uno a otro los distintos paisajes de los que formas parte.

El texto es la basura del pensamiento, lo que genera como desperdicio. Una cáscara vacía que algún día contuvo al pensamiento en su interior.

Martes, 19 de septiembre

«Mientras los demás llevan adelante sus trabajos, están pendientes de sus tareas, tú chapoteas en el laboratorio de sentimientos, eso que antes llamaban el espíritu, o el alma, y tú ya no te atreves a llamar de ninguna manera (es tu almacén, tu provisión de madera). Ese es el oficio de escritor, su extraña forma de vida» (*Rafael Chirbes, Diarios I y II*).

Miércoles, 20 de septiembre

Estoy ahora mismo en la cola para entrar al Guggenheim, rodeado de alemanes, ingleses y japoneses, sobre todo, ya que la expo de la planta baja es de Yayoi Kusama. Últimamente utilizo

las entradas de los museos a los que voy como marcapáginas. Sale caro el marcapáginas.

El hecho de que yo pueda escribir en las notas del móvil mientras la cola avanza es, sin duda, un gran adelanto de la escritura del siglo XXI. Me cuesta mucho imaginarme a Gidé, a Woolf, a Sontag o a Rybeiro escribiendo en sus libretas mientras andaban. Antes era necesaria cierta quietud para escribir un diario; en cambio, hoy, el tiempo de la experiencia y el de la escritura puede ser el mismo, no tiene por qué haber un *delay* entre lo que queremos contar y lo que, de hecho, contamos. En algún momento del inicio de este diario decía que me costaba escribir sobre lo que me había pasado ese mismo día, pero me doy cuenta que no me cuesta escribir sobre lo que me está pasando en este mismo momento. Esa es la manera de escribir desde la emoción y no sobre la emoción, supongo.

Cualquier vasco que se precie debería volver al Guggenheim. Digo *volver* en lugar de *ir* porque todos hemos ido alguna vez en la escuela. ¿Quién no se acuerda de cuando éramos pequeños y pasamos a través de las esculturas gigantes de Serra? Eso sí que es la materia del tiempo, recuerdos revividos y reconstruidos una y otra vez desde el más absoluto de los olvidos. Hay un señor dando golpes con los nudillos a las distintas piezas, no sé si para comprobar el material de la obra o porque intenta tumbarlas. Yo me limito a acariciar el tacto metálico de las paredes. Pensaba que las obras se mantenían de pie por cómo habían sido apiladas unas sobre otras, puro equilibrio, aunque ahora me fijo en que están soldadas en algunos puntos de la base y la parte alta de las uniones. Sería peligroso si no fuera así, en realidad.

Están preparando una exposición sobre el Picasso escultor, por lo que la segunda planta está cerrada. En la planta baja hay ahora una exposición de Yayoi Kusama. No tiene mucho sentido la distribución en el espacio de sus obras. El criterio de selección

de las obras parece basado en el exceso y el más absoluto caos entre los distintos estilos y pantones que ha transitado la artista. No veo valor artístico en obras cuyo único valor es la monumentalidad del medio. Queremos mensajes grandes.

Al menos he visto un par de Basquiats y un Rothko, pienso, mientras salgo por la puerta una vez he pasado por la tienda de regalos. Aunque habría preferido ver los Basquiat en la pared de un callejón cualquiera como a Muelle en Montera y el Rothko en una habitación vacía donde solo estuviera ese cuadro (*Sin título*, 1952-1953). Me habría quedado horas mirándolo, pero aquí, como compartía espacio con otros artistas, las interferencias me han impedido disfrutarlo como me hubiese gustado.

Viernes, 22 de septiembre

Leyendo todas las citas que copié ayer del primer tomo de los diarios de Chirbes, me doy cuenta de que me gustó más de lo que había pensado. No recordaba haber subrayado tanto.

Más allá de las cuestiones sobre el estilo o sus distintas reflexiones sobre el carácter público del diario, se me había quedado grabada una sola imagen del diario: que Rafael Chirbes bebía Larios con tónica cuando se quería emborrachar. Gracias a mi experiencia como camarero puedo decir que todos los que beben Larios tienen algo en común: la nostalgia de un pasado que nunca volverá. Suelen ser bebedores únicos, fieles a Larios, que es, con toda seguridad, el primer alcohol que tomaron en su vida. Beber es para ellos un intento de rememorar qué sintieron esa primera vez que la probaron. Por ello, todos los tragos que dan son el mismo desde hace años. Dicen que el olfato es uno de los sentidos más estimulantes, pero no podemos elegir qué olores cuando andamos por la calle. Simplemente nos van llegando olores, los vamos recibiendo. En cambio, nos podemos

tomar un Larios con tónica en cualquier bar de España. Una manera fácil y barata de revivir el pasado a través del gusto.

Dejando de lado el alcoholismo intermitente del autor, he disfrutado (también intermitentemente) del diario de Chirbes. Se me han hecho muy pesadas algunas de sus reseñas sobre libros y películas. Me hubiese gustado saber más sobre su vida, sobre su día a día: qué desayunaba, en qué se fijaba al pasear, que me hablara de sus amigos, de su familia... Justo todo de lo que yo no hablo aquí. Aunque no siempre leemos lo que nos gustaría escribir. Yo no quiero que quede mi vida, quiero que queden mis ideas, biografía oculta, río subterráneo, materia prima de cualquier escritor.

Jueves, 28 de septiembre

El verano se acaba, la noche se acaba, los libros acaban. ¿Por qué un diario no? El verano ha durado una cantidad determinada de días. La noche ha durado una cantidad determinada de horas (¿depende del cielo o del sueño?). El diario ha durado una cantidad determinada de hojas. 96, en concreto. 89 en realidad, si quitamos las hojas arrancadas. 83 si quitamos las hojas en las que he pegado alguna imagen o dibujo, Bueno, 80 contando con los tachones y los espacios en blanco, aunque el 50% de cada texto es silencio (alguien dijo esto). Ya decía yo que tenía la letra minúscula. Que escribo en pequeño, como cuando alguien habla sin apenas mover los labios.

Todos los finales son bruscos. Cuando menos te lo esperas, empieza a llover. O mejor: cuando menos te lo esperas, llueve. O se acaban las páginas de un cuaderno. Aunque no es del todo cierto. Siempre hay señales o presagios que anticipan lo que vendrá, como cuando va a llover: un aumento de presión, un cierto olor a humedad, los pájaros que pían nerviosos, un cielo

casi opaco que apenas deja pasar la luz... Solo hay que descifrar ese código, que, en cualquier caso, ya está allí.

Tanto los veranos como los diarios crean un microcosmos dentro de sí. Generan un tiempo suspendido donde ni estás mirando el calendario ni contando las páginas que has escrito o te quedan por escribir. Pero así ha de ser el verano, así ha de ser la escritura: repentina, inconsciente, imprevisible. Cuando te quieras dar cuenta estás en octubre, escribiendo en la tapa dura que cierra el cuaderno.

Lunes, 2 de octubre

«En cada momento uno anota lo que le parece que da respuesta a los interrogantes que lo acucian, a lo que cree que ayuda a construir un amago de respuesta. Las citas que uno elige son las palabras que lo electrizan porque intuye que miran desde donde él querría empezar a mirar. Uno está ajustando el tono del libro que algún día, con un poco de suerte, empezará a escribir. El maestro de orquesta lo hace así, toca un silbato, pone en marcha un metrónomo, un diapasón, para marcarles a los músicos el tono, el ritmo, el compás» (Rafael Chirbes, Diarios I y II).

Miércoles, 4 de octubre

No sé qué significa *libertad*, ni *bondad* ni *fortaleza*. Siempre tengo que buscarlas en el diccionario cuando alguien se refiere a ellas. No saber definir una palabra quiere decir que no la has aprehendido, que no te ha atravesado su forma, dejando su significado dentro de ti como un recuerdo. Libertades conozco muchas. Libertad, en cambio, ninguna. El problema del singular.

Viernes, 6 de octubre

¿Cuál es la principal diferencia entre la escritura y el pensamiento? La velocidad, es decir, el tiempo. Para hallar la velocidad hemos de dividir la distancia recorrida entre el tiempo empleado para ello. La escritura requiere un tiempo mayor, por lo que tendrá menos velocidad. No obstante, tanto en la escritura como en el pensamiento ocurre un desplazamiento, sucede el movimiento. Al terminar un pensamiento o un texto (eventos con un principio y un final, en cualquier caso), nos encontramos en otro lado. Al otro lado. Ahí está el desplazamiento, una vez hemos dado forma (lingüística) al hecho abstracto. En cualquier caso, el lenguaje no debería llevarnos al otro lado. No hay otro lado. Solo hay uno: este.

Sábado, 7 de octubre

«¿Los diarios? Un signo de los tiempos. ¡Se publicaron tantos! Es la forma más cómoda, la más indisciplinada [...] No es arte. No debe serlo. ¿De qué sirve escucharse ahí?» (Robert Musil, *Diarios*).

«Estoy decidido a liquidar de una vez por todas este diario. No puedo escribir una página más en él. Ha sido una ocupación inútil. Basura, como todo lo que he escrito fuera de él. No me ha de servir a mí ni ha de servir a nadie» (J. R. Rybeiro, *La tentación del fracaso*).

Domingo, 8 de octubre

Días de ansiedad y bloqueo. Me voy ocho meses a Córdoba a escribir, en principio. Pero ya no es solo una idea o un vago deseo: ahora es una realidad. A falta de tres días para el viaje ya tengo la maleta hecha. Para ir mentalizándome, me digo, mientras la abro cada dos por tres porque no tengo ropa fuera. Ya no hay vuelta atrás

Miércoles, 11 de octubre

Me voy en unas cuantas horas para Córdoba. Al final llevo dos maletas. Demasiados libros: he metido todos aquellos que no había tenido tiempo de leer hasta ahora. No voy a la Fundación con las manos vacías para llenarlas, sino todo lo contrario. Voy con las manos llenas para vaciarlas por completo, para desescribir.

Jueves, 12 de octubre (viaje)

El barrio donde me quedo a dormir hoy no tiene luz por la noche. Apenas es posible distinguir las caras de los peatones que vienen en dirección contraria a mí. En algún momento han encendido las farolas y no me he dado cuenta, pues la frondosidad de los árboles impide que la luz llegue a la acera. Un barrio que no tiene luz a las nueve de la noche pero sí a las nueve de la mañana. No sé qué quieren que veamos de día, o qué quieren que no veamos de noche.

Me había imaginado muchas veces este momento: llegar a la última página del cuaderno. Empecé este diario porque me parecía un cuaderno adecuado para ello: sin anillas, con un gramaje un poco mayor al habitual (100g/m^2) y con las tapas gruesas para que no se doblasen con tanto transporte. Ahora que llego al final del cuaderno he de terminar el diario, por el mismo motivo por el que lo empecé: la exigencia del medio. No hay más cuadernos como éste, y al bolígrafo azul se le va acabando la tinta. Cada vez tengo que hacer más fuerza para dejar el mismo color de hace meses.

Es raro terminar un diario conscientemente. Un amigo editor me preguntó que por qué estaba escribiendo un diario si no había publicado nada antes ni pensaba morirme pronto, que lo estaba haciendo todo al revés.

Pero todo termina. Y de forma brusca, generalmente. Es inútil hablar más de lo necesario. Como igual de inútil resulta desaprovechar espacio. Los tres o cuatro finales que se me han ocurrido ya los he *malgastado*, pues no sé guardarme cosas cuando las sé²⁸.

²⁸ Se me acabó la tinta del bolígrafo en la última página. Parece una cosa premeditada o una mentira directamente, pero tengo pruebas de ello. Pédídmelas.

ÍNDICE

	página
- ESTO NO ES UN DIARIO. 2022	5
- AZUL. 2023	58
- AZUL SOBRE AZUL	117

